

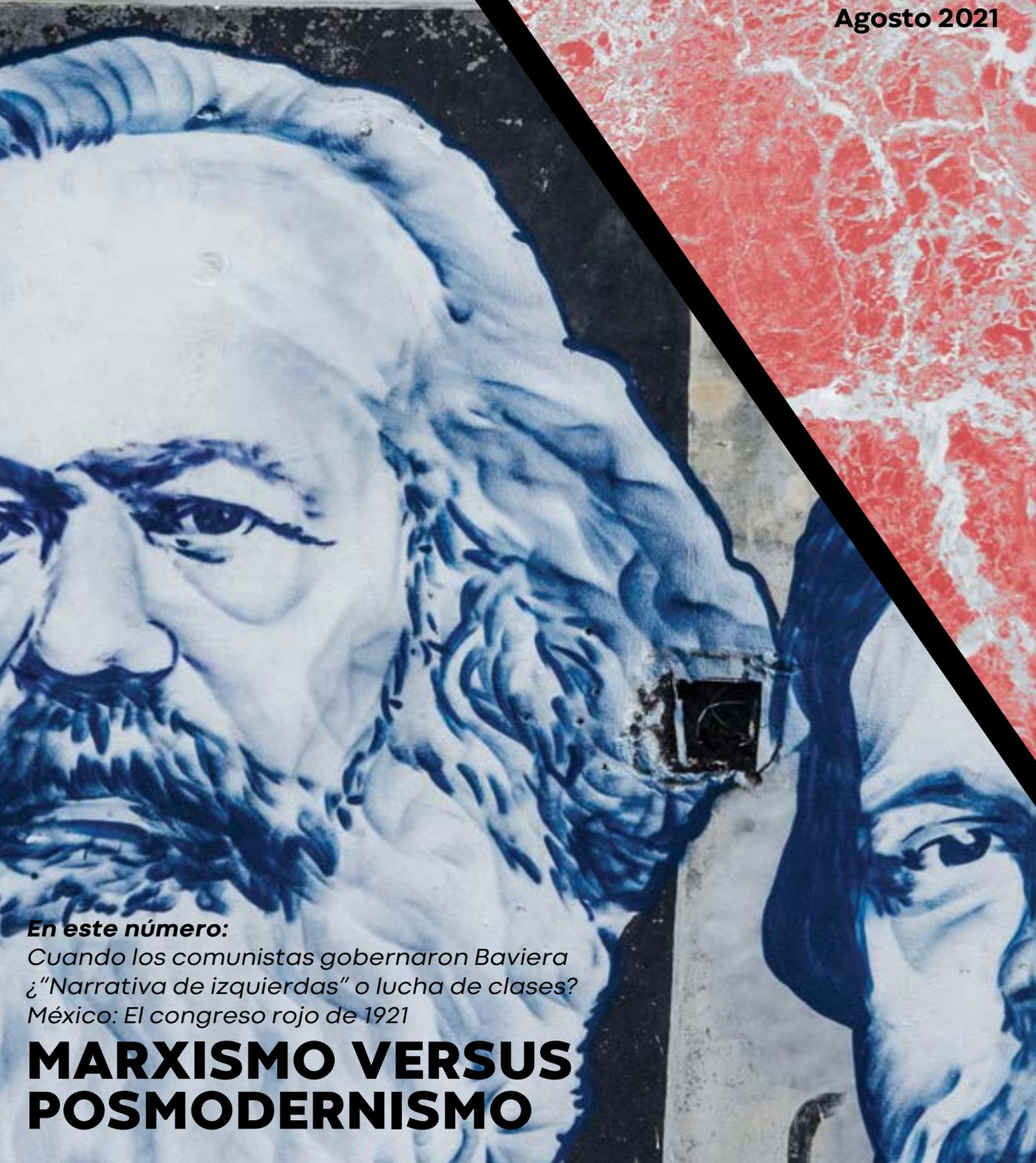
América

SOCIALISTA 24

en defensa del

MARXISMO

Agosto 2021



En este número:

*Cuando los comunistas gobernaron Baviera
¿"Narrativa de izquierdas" o lucha de clases?*

México: El congreso rojo de 1921

MARXISMO VERSUS POSMODERNISMO

Editores:
Alan Woods
(editor en jefe)
Rob Sewell
Hamid Alizadeh
Francesco Merli
Daniel Morley
Jorge Martín
(edición en español)

América **SOCIALISTA**

Revista
teórica de la
**Corriente
Marxista
Internacional**

Índice



p7

Marxismo versus Posmodernismo

En el primero de una serie de artículos, analizamos la filosofía posmoderna, una especie de idealismo subjetivo, que hoy ejerce una influencia funesta que se extiende más allá de los muros de las universidades.



p24

Cuando los comunistas gobernaron Baviera

Hace 100 años, se declaró una República Soviética en Baviera en medio de una ola revolucionaria que barrió Alemania. Su breve y heroica existencia contiene numerosas lecciones para los revolucionarios de hoy.



p4

Editorial: Una revista de combate filosófico

Alan Woods explica la nueva etapa de In Defence of Marxism, la revista teórica de la Corriente Marxista Internacional.



p17

¿"Narrativa de izquierdas" o lucha de clases?

Muchos en la izquierda argumentan que lo que necesitamos es una "nueva narrativa" para contrarrestar la narrativa dominante de la clase dominante. Pero, ¿puede esta idea hacer avanzar el movimiento obrero?



p34

México: El congreso rojo de 1921

Este año celebramos el centenario de la fundación de la CGT mexicana, un movimiento sindical revolucionario que escribió algunas de las páginas más gloriosas de la historia del proletariado mexicano.

Bienvenidos

Bienvenidos a una nueva edición de **América Socialista**, una que marca el inicio de una nueva etapa. La revista **América Socialista** se ha editado de manera ininterrumpida desde febrero de 2009. Han sido doce años de publicación como revista política de la Corriente Marxista Internacional en español, con distribución en todo el continente americano y también en una edición hermana en el Estado Español.

Ahora, la Corriente Marxista Internacional ha decidido lanzar una nueva etapa de la revista *In Defence of Marxism* (En defensa del marxismo), como parte de una campaña mundial en defensa de las ideas del marxismo en todos sus aspectos. Hemos decidido incorporar **América Socialista** a ese esfuerzo necesario y este número marca el inicio de esta nueva trayectoria. Esperamos conservar los lectores que nos han seguido en estos años y ampliar vastamente el alcance de **América Socialista - En defensa del marxismo**.

Contacto

REDACCIÓN

contacto@marxist.com

CANADÁ

Fightback

Correo: fightback@marxist.ca

www.marxist.ca

Tel: (416) 461-0304

La Riposte

Boîte Postale CP 2, SUCC. H
Montréal, Québec, H3G 2K5

Correo: lariposte@marxiste.qc.ca

www.marxiste.qc.ca

ESTADOS UNIDOS

Socialist Revolution

www.socialistrevolution.org

PO Box 1575

New York, NY 10013

MÉXICO

La Izquierda Socialista

www.marxismo.mx

Correo: contacto@marxismo.mx

Tel: +52 55 8561 3576

BRASIL

Esquerda Marxista

www.marxismo.org.br

Correo: contato@marxismo.org.br

Fone Brasil: (+55 11) 99965-5542

HONDURAS

facebook.com/IzquierdaMarxista

izquierdamarxista.wordpress.com

Correo:

izquierdamarxista.hn@gmail.com

GUATEMALA

cmiguatemala2020@gmail.com

COLOMBIA

Colombia Marxista

www.colombiamarxista.com

Correo: colombiamarxista@gmail.com

VENEZUELA

Lucha de Clases

Tel.: 0416-3094517 / 0416-6084457

www.luchadeclasses.org.ve

Correo: cmi.venezuela@gmail.com

BOLIVIA

Lucha de Clases

www.luchadeclasses.org.bo

Correo: info@luchadeclasses.org.bo

cel: (+591) 69620439

ARGENTINA

Corriente Socialista Militante

www.argentinamilitante.org

Correo: elmilitante.argentina@gmail.com

Tel: +54 9 3416 565104

CHILE

Corriente Marxista Internacional

Correo: chile@americasocialista.org

EL SALVADOR

Bloque Popular Juvenil

www.bloquepopularjuvenil.org

Correo:

redaccionmilitantebpj@gmail.com

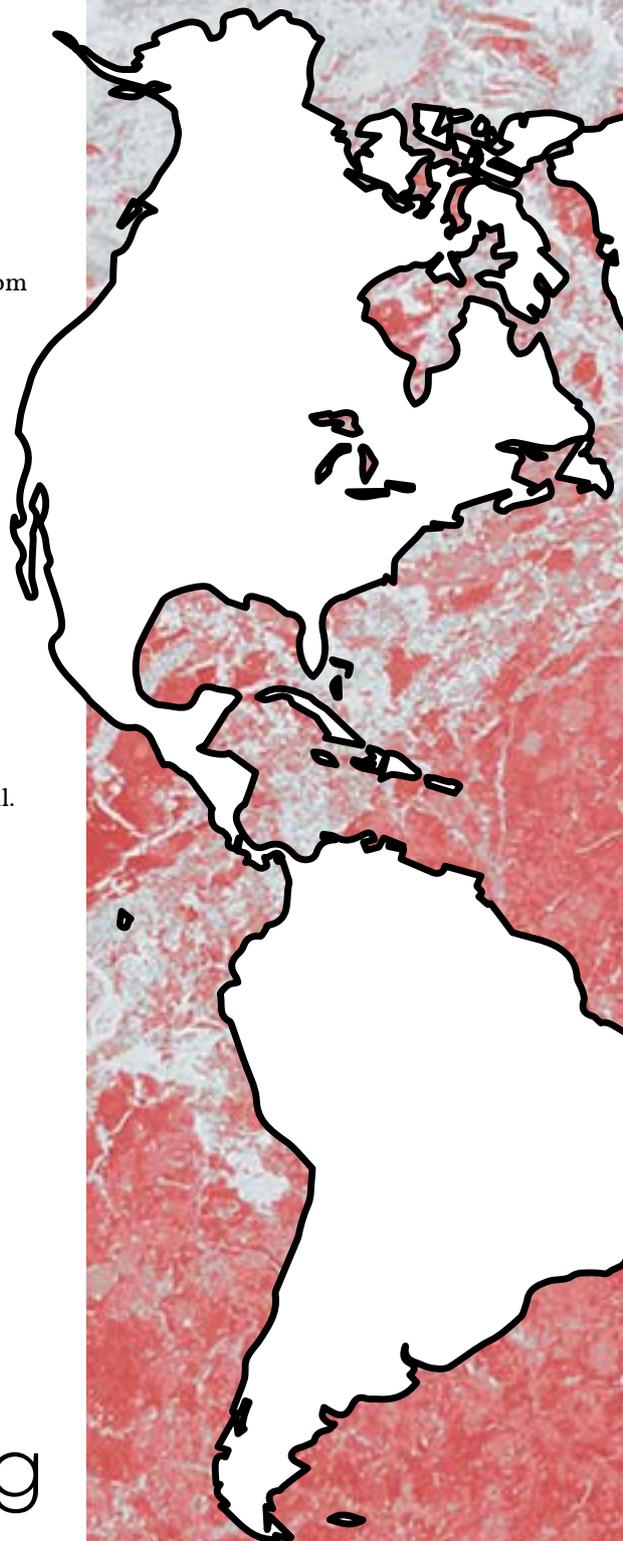
Tel: +503 7300-5356

ESTADO ESPAÑOL

www.luchadeclasses.org

Correo: contacto@luchadeclasses.org

Tel: 646 630 889



americasocialista.org

UNA REVISTA DE COMBATE FILOSÓFICO



“De lo expuesto se deduce que la revista, que quiere ser órgano de prensa del materialismo militante, debe ser, primeramente, un órgano combativo en el sentido del desenmascaramiento y persecución sin tregua de todos los ‘lacayos diplomados del clericalismo’ de nuestros tiempos, lo mismo si actúan en calidad de representantes de la ciencia oficial o en calidad de francotiradores que se tildan a sí mismos de publicistas ‘demócratas de izquierda o ideológicamente socialistas.’” (Lenin, Sobre el significado del materialismo militante)

Bienvenidos a la más reciente edición de En defensa del marxismo, que representa un nuevo y emocionante punto de partida para nuestra revista.

En los nueve años transcurridos desde que comenzó a publicarse, en la primavera de 2012, la revista *En defensa del marxismo* (IDoM) ha establecido una sólida reputación por sus análisis y comentarios marxistas serios sobre cuestiones teóricas y temas candentes del movimiento obrero.

Aunque inicialmente se lanzó como una revista británica, siempre ha tenido una fuerte orientación y audiencia internacional. Siguió de cerca la línea política de marxist.com, el conocido sitio web que se ha ganado una merecida reputación por su defensa constante e intransigente de la ideología y los principios del marxismo revolucionario.

Desde hace algún tiempo sentimos que la Corriente Marxista Internacional necesitaba una revista teórica y la candidata obvia para este papel era IDoM, que tenía

la ventaja de estar “confeccionada” y bien establecida.

La línea política de la revista no cambiará, salvo la nueva maquetación y presentación. Sin embargo, la nueva revista aparecerá ahora en varios idiomas además del inglés (ya se han planificado traducciones al español, portugués, alemán y sueco, y seguirán otros idiomas). Se publicará en decenas de países de todo el mundo, ya sea en papel o en formato digital.

Confiamos en que nuestros lectores actuales continuarán brindándonos el mismo apoyo entusiasta de siempre y esperamos dar la bienvenida a un gran número de nuevos lectores, convencidos que las ideas del marxismo seguirán siendo una fuente inagotable de inspiración para los trabajadores revolucionarios y jóvenes en todas partes.

LA IMPORTANCIA DE LA TEORÍA

El primer número de la revista IDoM renovada es un número especial dedicado principalmente al tema del marxismo frente al posmodernismo. Algunas personas pueden sorprenderse con esta decisión. ¿Por qué perder el tiempo discutiendo ideas abstractas y oscuras que no tienen relevancia para la clase trabajadora?

Pero esta crítica está totalmente fuera de lugar. El marxismo no se limita a la agitación sobre temas de interés inmediato para la masa de la clase trabajadora. El marxismo es mucho más que un programa político y una teoría económica. Es una filosofía, cuyo vasto alcance cubre no solo la política y la lucha de clases, sino toda la historia humana, la economía, la

sociedad, el pensamiento y la naturaleza. Con demasiada frecuencia se olvida que Marx y Engels comenzaron como filósofos y que una filosofía revolucionaria, el materialismo dialéctico, se encuentra en el corazón mismo de su pensamiento.

Como señaló Lenin en su clásico del marxismo, *¿Qué hacer?:*

“Sin teoría revolucionaria tampoco puede haber movimiento revolucionario. Jamás se insistirá bastante sobre esta idea en unos momentos en que a la prédica de moda del oportunismo se une la afición a las formas más estrechas de la actividad práctica.”²

La lucha revolucionaria de clases no se puede reducir a la lucha inmediata de la clase trabajadora. Entre las innumerables sectas en disputa que reclaman falsamente el título de marxistas, con frecuencia encontramos un desprecio apenas velado por la teoría y una adoración servil por lo que consideran ser “cuestiones prácticas”.

Los periódicos de las sectas están llenos de agitación barata, escrita en estilo “popular”, como si los trabajadores fueran niños pequeños incapaces de captar “ideas difíciles”. Esto simplemente muestra un desprecio esnobista por los hombres y mujeres de la clase trabajadora, un rasgo típico de la mentalidad pequeño-burguesa y una característica de aquellos que no tienen un conocimiento real de la clase trabajadora.

De hecho, los trabajadores pronto se cansan de que les digan cosas que ya saben muy bien. Son muy conscientes de que los patronos los explotan, de que viven en casas malas, que les pagan salarios demasiado bajos, que pagan demasiado por el agua y la luz, etc. Pero los trabajadores

pensantes, aquellos que ya han entendido la necesidad de un cambio fundamental en la sociedad, no se nutrirán de migajas tan rancias.

Los trabajadores más avanzados y combativos buscan una dieta más satisfactoria. Desean adquirir una comprensión seria del mundo en el que viven. Lejos de dejarse desanimar por la teoría, estos trabajadores tienen sed de conocimientos e ideas. Es tarea de los marxistas genuinos ayudarlos a adquirir esas ideas.

Sin teoría no tendríamos ninguna razón para existir como una tendencia política separada. Es lo que nos distingue, por un lado, de los reformistas tanto de izquierda como de derecha, y por otro lado de los absurdos sectarios. El papel de nuestra revista no es decirles a los trabajadores lo que ya saben, sino proporcionarles el arsenal teórico necesario que los prepare para las grandes tareas que están pendientes.

La lucha por la teoría es un requisito previo fundamental para preparar a los trabajadores para la lucha por el poder. Quien no comprende esto, no comprende qué es el marxismo. Junto a las luchas económicas y políticas, como explicó Engels, la clase obrera también debe librar una guerra contra las ideas dominantes en la sociedad burguesa. El *Anti-Dühring* de Engels y el libro de Lenin sobre empiriocriticismo fueron ejemplos clásicos de esa lucha.

Es nuestro deber pasar a la ofensiva contra las ideas burguesas reaccionarias que continuamente se están produciendo en las universidades. Debemos exponer sin piedad a los profesores burgueses por lo que realmente son: “lacayos graduados del clericalismo”, para usar la frase con la que Joseph Dietzgen describe a los profesores universitarios, los defensores idealistas del sistema capitalista.

El materialismo dialéctico sigue siendo una de las armas más importantes de nuestro arsenal revolucionario. Y dado que el materialismo dialéctico es la base y fundamento del marxismo, es bastante lógico que de todas las teorías de Marx ninguna otra haya sido tan atacada, distorsionada y calumniada.

En el período actual, el arma más destacada de la burguesía contra el marxismo ha sido el posmodernismo, que es la forma más cruda de idealismo subjetivo. El honor de luchar contra la corriente, de combatir estas ideas místicas e irracionales, recae en la vanguardia revolucionaria de la clase obrera.

Todas y cada una de las escuelas filosóficas de los últimos 150 años, por lo menos, son simplemente una regurgitación, de una forma u otra, de las ideas irracionales del idealismo subjetivo: las variedades de idealismo más crudas, absurdas e

inútiles. La última moda posmodernista es solo otra de estas variantes.

Una de las máximas principales del posmodernismo es la negación del progreso en la historia. Pero incluso la consideración más superficial de la historia indica claramente la existencia de períodos de gran avance y también períodos de evidente regresión. Estos períodos encuentran su reflejo inevitablemente en la historia del pensamiento en general y de la filosofía en particular.

En el período de su ascenso histórico, la burguesía jugó un papel muy progresista, no solo en el desarrollo de las fuerzas productivas y, por lo tanto, expandiendo poderosamente el poder de la humanidad sobre la naturaleza, sino también en la expansión de las fronteras de la ciencia, el conocimiento y la cultura.

Lutero, Miguel Ángel, Leonardo, Dürero, Bacon, Kepler, Galileo y muchos otros pioneros de la civilización brillan como una galaxia, iluminando la amplia carretera del avance científico y cultural humano abierta por la Reforma y el Renacimiento.

En su juventud, la burguesía fue capaz de producir grandes pensadores: Locke, Hobbes, Kant, Hegel, Adam Smith y Ricardo. En el período de su declive, solo es capaz de producir lo que Marx describió acertadamente como pedantes eclécticos.

Marx observó una vez: “Entre la filosofía y el estudio del mundo real media la misma relación que entre el onanismo y el amor sexual”.³ La filosofía burguesa moderna prefiere la primera al segundo. En su obsesión por combatir el marxismo (y el materialismo en general), ha arrastrado a la filosofía al peor período de su pasado viejo, gastado y estéril.

UN PERIODO DE DECADENCIA

Nuestra propia época es un período de decadencia. El sistema capitalista muestra claros síntomas de decadencia terminal. Aquí nos enfrentamos a una paradoja. Por un lado, la marcha de la ciencia ha llevado el conocimiento humano a alturas vertiginosas. Uno a uno, la naturaleza se ve obligada a revelar sus secretos. Los viejos misterios, que hombres y mujeres intentaron explicar a través de la religión y lo sobrenatural, han sido analizados y comprendidos.

Sin embargo, a pesar de todos estos avances, la filosofía ha llegado a un callejón sin salida. Ya no tiene nada de interés que decir. Su certificado de defunción ha sido emitido por el posmodernismo, que en sí mismo difícilmente merece el nombre de filosofía.

La degeneración de la filosofía burguesa es un reflejo del callejón sin salida del propio sistema capitalista. Un sistema que se ha vuelto irracional debe apoyarse en ideas irracionales. Un hombre al borde de

un precipicio no es capaz de pensar racionalmente. De manera vaga, los ideólogos de la burguesía sienten que el sistema que defienden está llegando a su fin. La difusión de tendencias irracionales, misticismo y fanatismo religioso refleja lo mismo.

La moda posmoderna que se hace pasar por filosofía en nuestro tiempo es en sí misma una confesión de la más abyecta bancarrota intelectual. El mero hecho de que esta “narrativa” posmodernista pueda tomarse en serio como una nueva filosofía es en sí mismo una condena aplastante de la bancarrota teórica del capitalismo y la intelectualidad burguesa en la época de la decadencia imperialista.

El posmodernismo niega el concepto de progreso histórico en general, por la sencilla razón que la sociedad que lo engendró es incapaz de ningún progreso. Esto no es un accidente. Millones de personas se enfrentan a un futuro incierto. La ruina general no afecta solo a la clase trabajadora, sino que se extiende a la clase media, a los estudiantes y profesores, a los investigadores y técnicos, a los músicos y artistas, a los profesores y a los médicos.

En estas condiciones, un clima de pesimismo se apodera de la intelectualidad, que ayer vio al capitalismo como una fuente inagotable de carreras y la garantía de un nivel de vida confortable. Hay un fermento generalizado en la clase media, que encuentra su expresión más aguda en la intelectualidad. Esta es la base material del estado de ánimo que aflige a la clase media, una clase que, aplastada entre los grandes capitalistas y la clase obrera, siente agudamente la precariedad de su situación.

APOSTASÍA

Los estados de ánimo radicales del intelectual pequeño burgués tienen un carácter muy inestable. Si bien puede ser infectado por el optimismo revolucionario de la clase trabajadora durante los tiempos de la lucha de clases en ascenso, rápidamente puede girar en dirección contraria. Los intelectuales radicales chic que habían coqueteado con la revolución en 1968 se desanimaron rápidamente. La gran mayoría, sobre todo en el mundo académico, quedaron dominados por el pesimismo y la incertidumbre.

Decidieron que la clase trabajadora los había defraudado y, por lo tanto, abandonaron todas las “metanarrativas” (especialmente el marxismo) y se volvieron en la dirección del escepticismo, que era simplemente un reflejo de su propio estado de ánimo. No es casualidad que las ideas que llevaron al posmodernismo se pusieran de moda en los años setenta, ochenta y noventa como reacción a las derrotas de una serie de revoluciones en todo el mundo, derrotas que se vieron agravadas por el colapso de la Unión Soviética. Este fue

el suelo en el que las raíces venenosas del posmodernismo florecieron y se fortalecieron.

El mismo fenómeno se puede observar después de cada revolución derrotada en la historia. Fue exactamente el mismo proceso que condujo al crecimiento de tendencias irracionales y místicas después de la derrota de la Revolución de 1905 en Rusia. En *Materialismo y empiriocriticismo*, Lenin mostró brillantemente que las filosofías de Mach y Avenarius eran malas copias de Berkeley, Kant y Hume.

La única diferencia es que los genios posmodernistas de hoy son simplemente malas copias de malas copias. Desesperados por parecer originales y esforzándose por ocultar su total falta de contenido real, se esconden detrás de una barrera impenetrable de lenguaje incomprensible, enrevesado e intencionalmente ambiguo.

PALABRAS, PALABRAS, PALABRAS...

Polonio: *¿Qué lee, mi señor?*

Hamlet: *Palabras, palabras, palabras.*

Hoy en día, los idealistas subjetivos se reducen a luchar en una desesperada acción de retaguardia, que equivale a la total disolución de la filosofía, reduciéndola por completo a la *semántica* (el estudio del significado de las palabras).

Los posmodernistas dotan al lenguaje de poderes extraordinarios. Argumentan que si cambiamos las palabras que usamos en el lenguaje cotidiano, teniendo cuidado de evitar ofender al usar términos “opresivos”, entonces aboliremos la opresión misma. Pero la verdadera opresión que sufren cada día millones de trabajadores, campesinos, mujeres y pobres no es causada por el mal uso del lenguaje, sino por las condiciones reales de una sociedad que está marcadamente dividida entre ricos y pobres, explotadores y explotados.

No se cambia la esencia de una cosa cambiando su nombre. Shakespeare escribió que una rosa con cualquier otro nombre olerá igual de dulce. Y el capitalismo con cualquier otro nombre siempre olerá tan mal. Aquí tenemos la prueba más sorprendente de la corrección del célebre dicho de Marx: el ser social determina la conciencia.⁴

Esta obsesión por las palabras es sólo un reflejo del modo de existencia del intelectual pequeño burgués que contempla la vida desde la comodidad de la sala de seminarios de la Universidad. Este modo de existencia está muy alejado del mundo real de los mortales ordinarios.

El carpintero produce mesas y sillas. El alfarero produce vasos y platos. El agricultor produce patatas y coles. Pero el intelectual sólo produce palabras, muchas, muchas palabras. Estas palabras son leídas por otros intelectuales, que producen

otras palabras para ser leídas por otros intelectuales. Y así sucesivamente, y así *ad infinitum*.

Normalmente, este es un pasatiempo bastante inofensivo, que sirve para llenar las existencias, por lo demás bastante vacías, de los monjes de la academia, proporcionándoles un sentido de propósito, que, sin embargo, sigue siendo un misterio para el resto de la humanidad sufriendo.

De cualquier manera, las cosas cambian sustancialmente cuando algunas de estas misteriosas palabras salen de los confines de la Universidad y comienzan a afectar el pensamiento de los seres comunes de una manera muy negativa.

Ya es bastante negativo que generaciones de estudiantes universitarios salgan de sus estudios aún más estúpidos y confundidos que cuando empezaron. Pero cuando la misma estupidez y confusión comienza a infectar a la sociedad y la política, deja de convertirse en un motivo de entretenimiento y se convierte en un asunto muy serio.

CONSECUENCIAS REACCIONARIAS

El posmodernismo es la forma más extrema de idealismo. Es un rechazo del materialismo, la característica compartida de la experiencia y la percepción humanas y un rechazo de la posibilidad de la solidaridad humana. En lugar de la solidaridad de clase, se nos ofrece una “alianza externa” superficial de luchas atomizadas.

Pero incluso esta noción confusa se derrumba cuando estos “aliados” inmediatamente comienzan a atacarse e insultarse los unos a los otros en las diatribas más violentas, cada uno gritando que son los oprimidos, mientras que los demás son todos opresores a los que hay que silenciar por completo.

Este tipo de “filosofía” claramente se adapta muy bien a los propósitos de los estrategias de la clase dominante. Pueden usarla para dividir y descarrilar la solidaridad de clase y al mismo tiempo blandirla como un arma contra el pensamiento racional y progresista en general, y el marxismo en particular.

De este pantano confuso de ideas a medias, inevitablemente fluyen ciertas conclusiones: un rechazo de la revolución a favor de las “pequeñas acciones” (como las discusiones mezquinas sobre palabras y “narrativas”), una retirada hacia la subjetividad y, por supuesto, una negación de la lucha de clases.

Este radicalismo terminológico puede hacer que algunos intelectuales de clase media duerman mejor en sus camas, pero no avanza ni un milímetro la lucha contra la opresión. De hecho, lo retrasa. Al elevar “mi” opresión particular sobre “la tuya”, llegamos inevitablemente a una compartimentación creciente y, en última

instancia, a una atomización del movimiento.

Todo esto ha servido para confundir y desorientar a toda una generación de jóvenes que han sido desviados de la causa de la revolución socialista y empujados a un pantano venenoso.

Algunas personas pueden objetar que el posmodernismo ya está pasado de moda. Dicen que representan tendencias completamente diferentes. Pero este argumento es falso y poco sincero. El posmodernismo es un monstruo con cabeza de hidra que muta constantemente, al igual que el coronavirus. Reaparece en una multiplicidad de disfraces: postestructuralismo, poscolonialismo, teoría queer y toda una serie de teorías de las llamadas políticas de identidad.

Todas estas variantes tienen un carácter reaccionario, sembrando confusión y dividiendo deliberadamente el movimiento en una miríada de tendencias y subtendencias en disputa, cada una proclamando en voz alta que solo ella tiene el derecho a ser considerada como la verdadera víctima de la opresión, y que todos los demás son opresores.

Y mientras el movimiento está ocupado destruyéndose a sí mismo con una serie de conflictos intestinos sin sentido, los verdaderos opresores - los banqueros, capitalistas e imperialistas - se sientan y se ríen de la estupidez de la gente que, consciente o no, está haciendo el trabajo sucio de la contrarrevolución.

En la medida en que estas ideas venenosas han logrado penetrar en el movimiento obrero, donde los burócratas de derecha y ciertos “izquierdistas” descarriados se apoderan de ellas con entusiasmo, juegan un papel altamente destructivo, distractor y divisivo.

¡Ya es hora de decir basta! Debemos declarar la guerra a esta filosofía reaccionaria y expulsar estas ideas del movimiento. Solo así se podrá abrir el camino para el avance del movimiento obrero y la unidad de todos los oprimidos bajo la bandera de la revolución socialista.

Alan Woods

Londres, 17 de junio de 2021

1 VI Lenin, “Sobre el significado del materialismo militante”.

2 VI Lenin, *What is to be done?*, (Londres: Wellred Books, 2018).

3 Karl Marx, Friedrich Engels, “C. El Liberalismo humano,” *La ideología Alemana*, (Marxists Internet Archive, 1959).

4 Karl Marx, “Prólogo a la Contribución a la Crítica de la Economía Política”.

MARXISMO VERSUS POSMODERNISMO

JUGANDO AL ESCONDITE CON LA VERDAD

El posmodernismo es una escuela de pensamiento filosófico amorfa que saltó a la fama en la posguerra. Comenzando como una tendencia marginal, desde entonces ha crecido hasta convertirse en una de las disciplinas dominantes de la filosofía burguesa, impregnando gran parte, si no la mayoría, de la academia de hoy en día. Aquí publicamos un análisis de **Hamid Alizadeh** y **Dan Morley**, el primero de una serie de artículos que analizan diferentes aspectos del posmodernismo desde una perspectiva marxista.



Imagen: John van Hulsen, Flickr

La historia de la filosofía ha conocido una amplia gama de escuelas, subescuelas y tendencias, que abarcan un rango diverso de perspectivas y puntos de vista del mundo. Pero dentro de esta miríada de tendencias, algunas de ellas racionales y materialistas, otras idealistas y tremendamente místicas, al menos existía un acuerdo general de que el sello distintivo de una gran teoría era la coherencia, la precisión y la cuidadosa atención al detalle. Independientemente de cómo se expresara la filosofía, en última instancia era una lucha por la verdad. Incluso los filósofos más reaccionarios tenían que admitir al menos esto. Personas como Agustín de Hipona, cuya teoría de la iluminación divina formó la columna vertebral ideológica de la reacción medieval en la Edad Media, al menos intentaron presentar sus argumentos como coherentes y razonables.

Cómo han cambiado las cosas. En el período de decadencia capitalista, la filosofía también ha experimentado un proceso de regresión. La expresión más clara de esta tendencia es el posmodernismo. Durante el último medio siglo o más, esta tendencia se ha extendido lentamente como un virus por todo el mundo, saltando de un país a otro, mutando constantemente en variantes nuevas y cada vez más extrañas. De ella se ha derivado una industria de subescuelas y tendencias como el poscolonialismo, la teoría queer, varias formas de feminismo y muchas más, que, en formas abiertas o disfrazadas, dominan las ciencias sociales y la academia de hoy.

En el campo de la filosofía posmoderna, las mentes más grandes de la historia son vistas con desdén y descartadas sin ceremonias. Se denuncia la razón, mientras que se elevan la irracionalidad y la ininteligibilidad al nivel de principio. La honestidad teórica y la búsqueda de la verdad se ahogan en interminables

consideraciones, ambigüedades y lenguaje incomprensible. El siguiente es un excelente ejemplo de este género:

“Más importante que el izquierdismo político, más cercano a una concurrencia de intenciones: un vasto movimiento subterráneo, vacilante, más como un alboroto en realidad, a consecuencia del cual la ley del valor está desafectada. Retenciones de la producción, incautaciones no compensadas como modalidades de consumo, rechazo al ‘trabajo’, comunidades (¿ilusorias?), acontecimientos, movimientos de liberación sexual, ocupaciones, casas okupas, secuestros, producciones de sonidos, palabras, colores, sin intención artística. Aquí están los ‘hombres de producción’, los ‘maestros de hoy’: marginales, pintores experimentales, pop, hippies y yippies, parásitos, dementes, locos de atar. Una hora de sus vidas ofrece más intensidad y menos intención que 300.000 palabras de un filósofo profesional”¹

No sabemos si una hora en la vida de marginales, pintores experimentales, pop, hippies y yippies, parásitos, dementes o locos de atar puede ofrecer más intensidad que las palabras de un “filósofo profesional” no especificado. Pero incluso a partir de este breve extracto, está ciertamente claro que solo cinco minutos de la vida de alguien valen considerablemente más que las 300.000 palabras de este filósofo en particular.

Sin siquiera sonreír, los posmodernistas plantean las afirmaciones y proposiciones más irrisoriamente absurdas. Jean Baudrillard, por ejemplo, afirmó que *la realidad ha desaparecido* y, con ella, *todo significado*. Para ilustrar su punto, parafrasea (y exagera) las palabras de Elias Canetti con aparente aprobación:

“Más allá de cierto momento preciso en el tiempo, la historia ya no es real. Sin darse cuenta, toda la raza humana de repente dejó atrás la realidad. Nada de lo que ha ocurrido desde entonces ha sido cierto, pero somos incapaces de darnos cuenta. Nuestra tarea y

nuestro deber ahora es descubrir este punto o, mientras no lo entendamos, estamos condenados a continuar en nuestro actual curso destructivo”²

El lector puede sentirse en el derecho a preguntar: ¿Qué significa esto? Pero esta pregunta ha sido respondida de antemano. Dado que *ahora la realidad ha desaparecido* y, con ella, *todo significado*, no tiene sentido pedir ningún significado en absoluto. Este es un método que tiene la indudable ventaja de descartar de antemano cualquier pregunta incómoda. Silencia toda crítica posible y, de hecho, elimina la base del pensamiento racional en general.

Esta línea argumentativa, que se presenta como algo nuevo, como todos los demás aspectos del posmodernismo, no es ni nueva ni original. Es simplemente una regurgitación del viejo argumento de Tertuliano en el siglo III, quien justificó los absurdos del dogma cristiano afirmando *Credo quia absurdum est*: “Lo creo porque es absurdo”.

De hecho, esta inclinación por el absurdo nos lleva al corazón mismo del pensamiento posmodernista, que rechaza todo pensamiento racional. Deleuze y Guattari, a menudo presentados como el “ala izquierda” del posmodernismo, llevan estos absurdos a un nivel completamente nuevo:

*“la esencia humana de la naturaleza y la esencia natural del hombre se vuelven una dentro de la naturaleza en forma de producción o industria, tal como lo hacen dentro de la vida del hombre como especie. Entonces, la industria ya no se considera desde el punto de vista extrínseco de la utilidad, sino desde el punto de vista de su identidad fundamental con la naturaleza como producción del hombre y por el hombre. No el hombre como rey de la creación, sino más bien como el ser que está en íntimo contacto con la vida profunda de todas las formas o todos los tipos de seres, que es **responsable incluso de las estrellas y la vida animal,***

y que incesantemente conecta un órgano-máquina en una máquina-energía, un árbol en su cuerpo, un seno en su boca, el sol en su culo: el eterno custodio de las máquinas del universo. Este es el segundo significado de proceso cuando usamos el término: el hombre y la naturaleza no son como dos opuestos...”³ (énfasis nuestro)

Michel Foucault, íntimo amigo de Deleuze y Guattari, casi se cayó de bruces en su prisa por colmar de elogios este disparate: *“se produjo una tormenta eléctrica que llevará el nombre de Deleuze: es posible un nuevo pensamiento; el pensamiento vuelve a ser posible”⁴*

¡Así que ahora lo sabemos! Aparentemente, era imposible siquiera pensar hasta que Monsieur Deleuze nos iluminó con estas perlas de sabiduría.

Toda la literatura posmodernista está repleta de esta retórica pomposa, engreída y burda que encubre ser teorías mal pensadas. Pero esta se lleva la palma. Ahora, después de leer las líneas anteriores, toda la humanidad puede respirar aliviada. *Todos podemos empezar a pensar.*

Pero aquí está el problema: ¿en qué se supone que debemos estar pensando exactamente?

DEFINIENDO LO INDEFINIBLE

Seguramente vale la pena prestar atención a una filosofía que hace afirmaciones tan grandiosas sobre sí misma. Por lo tanto, nos armaremos de paciencia y haremos todo lo posible por captar cualquier significado que se le pueda encontrar. ¿Qué es exactamente el posmodernismo y qué hay detrás del mismo? Aquí chocamos inmediatamente con el primer problema. Se nos dice que es indefinible. Es una idea que por definición se opone a las definiciones. Hasta ahora, todo confuso.

El término “posmodernismo” fue acuñado por primera vez por Jean-François Lyotard en 1979, que lo definió —en sus propias palabras, “simplificando al extremo”— *“incredulidad hacia las metanarrativas”⁵* El *Diccionario de inglés Oxford* define ‘metanarrativas’ como, *“Un relato o interpretación general de eventos y circunstancias que proporciona un patrón o estructura para las creencias de las personas y da significado a sus experiencias”*.

¡Espera un momento! ¿No es la propia definición de Lyotard también ... una meta-narrativa? Por supuesto, eso es precisamente lo que es. Cuando nos informa que debemos evitar a toda costa pensar de ciertas formas que desapruera, ¿no nos proporciona una teoría general, una “explicación o interpretación global de los eventos y circunstancias”? Y, al decirnos que hay que evitar ciertas ideas, ¿no nos proporciona también “un patrón o estructura

Ciertamente es verdad que, bajo el sistema capitalista en su período de decadencia senil, no es posible ningún progreso serio para la raza humana. Pero, ¿tenemos derecho a sacar la conclusión de que el progreso en general no existe o que la historia no ha experimentado tiempos en los que dio grandes pasos hacia adelante?

para las creencias de las personas, dando sentido a sus experiencias”?

La respuesta a ambas preguntas es inequívocamente afirmativa. Por lo tanto, Jean-François Lyotard queda acusado desde el principio de una contradicción absurda o de ser un fraude flagrante. Estamos en presencia de un tonto o de un pícaro. ¿O tal vez ambos? Es difícil de decir.

¿“NO HAY PROGRESO”?

Los posmodernistas también son conocidos por su rechazo de la noción de progreso en la historia. Afirman que el desarrollo de la ciencia y la filosofía no conoce el progreso y que solo hay diferentes formas de interpretar el mundo. Además, este es un mundo que ni siquiera corresponde a nuestras interpretaciones del mismo. Y, sin embargo, los posmodernistas presentan su escuela de pensamiento como la única que puede explicar esta situación. Si aceptamos este punto de vista, entonces cualquier idea es tan buena como la siguiente, independientemente que brote de la mente de un chamán de la edad de piedra, un Aristóteles, un Einstein o un Marx. En ningún momento la comprensión de la naturaleza y la sociedad por parte de la humanidad ha dado un solo paso adelante; de hecho, el “adelante” no existe para el posmodernista. ¡Nada es progresivo, excepto, por supuesto, el posmodernismo, que recién ahora ha emergido, triunfante, para desenmascarar esta vieja farsa de una creencia en el progreso!

En una cosa podemos estar fácilmente de acuerdo. Ciertamente es verdad que, bajo el sistema capitalista en su período de decadencia senil, no es posible ningún progreso serio para la raza humana. Pero, ¿tenemos derecho a sacar la conclusión de que el progreso en general no existe o que la historia no ha experimentado tiempos en los que dio grandes pasos hacia adelante? No, no tenemos derecho a hacer tal cosa. Cualquiera que estudie el pasado verá de inmediato que la sociedad humana ha conocido períodos de gran avance, caracterizados por el rápido desarrollo de las fuerzas productivas, la ciencia y la tecnología, y el florecimiento del arte y la cultura.

También conoce otros períodos caracterizados por el estancamiento, retroceso, decadencia e incluso recaídas en la barbarie. La caída del Imperio Romano fue el comienzo de cientos de años de retroceso en Europa, que con razón han sido descritos como el Oscurantismo. El Renacimiento marcó un punto de inflexión en el desarrollo de la cultura en todos los ámbitos. Arte, ciencia, literatura: todos experimentaron un notable renacimiento (el significado literal del término “Renaissance”). Esa fue la época del ascenso de la

La tarea de las ideas dominantes hoy es precisamente encubrir el abismo entre los intereses de las masas y el statu quo del capitalismo. Esa es la base subyacente de los trucos, las falacias y la deshonestidad extrema que caracteriza a la filosofía burguesa en general y al posmodernismo en particular.

burguesía, portadora de una etapa nueva y superior de la sociedad humana, una era de descubrimientos que rescató a la humanidad de las cadenas del feudalismo, junto con el oscurantismo irracional de la Iglesia y los fuegos de la Inquisición.

Más tarde, la burguesía revolucionaria de Francia produjo la Ilustración, que los posmodernistas miran con especial odio, precisamente porque defendió el pensamiento racional y la ciencia. Como su nombre indica, el posmodernismo cree que algo llamado modernismo ha llegado a su fin. El modernismo es el conjunto de ideas que surgieron de la Ilustración. Ésa fue la época heroica del capitalismo, cuando la burguesía aún era capaz de desempeñar un papel progresista. Pero la época actual presenta un cuadro de decadencia social, económica, política e ideológica. De hecho, el progreso humano se ha estancado. Las fuerzas productivas están paralizadas por la crisis más profunda en trescientos años. La cultura se estanca y los frutos de la ciencia, lejos de liberar a la humanidad, amenazan con el desempleo masivo y la catástrofe ambiental. La clase capitalista se ha convertido en un obstáculo colosal para el progreso.

Sobre la base del sistema actual, las perspectivas de la humanidad son realmente sombrías. Pero en lugar de concluir que es el sistema social del capitalismo el que impide el progreso, los posmodernistas concluyen que el progreso en sí está descartado, porque nunca ha existido. La clase dominante y sus parásitos de clase media en las universidades están impregnados de un espíritu de pesimismo. Se quejan del terrible estado de la sociedad, pero al rechazar la ciencia, el pensamiento racional y el progreso en general, simplemente reflejan la perspectiva de una clase dominante degenerada y decrepita.

DESHONESTIDAD

Joseph Dietzgen dijo una vez que la filosofía oficial no es una ciencia, sino “una salvaguardia contra la socialdemocracia”, y por socialdemocracia, Dietzgen se refería al movimiento revolucionario de la clase trabajadora. La tarea de las ideas dominantes hoy es precisamente encubrir el abismo entre los intereses de las masas y el statu quo del capitalismo. Esa es la base subyacente de los trucos, las falacias y la deshonestidad extrema que caracteriza a la filosofía burguesa en general y al posmodernismo en particular. Uno de esos trucos es la repetición constante de declaraciones contradictorias para ocultar sus huellas. En una entrevista de 1977, publicada con el título *Prison Talk*, Foucault se enfrentó a una pregunta incómodamente directa sobre su rechazo del concepto de “progreso”. Este es un extracto de esa entrevista:

“Encontré una frase en La locura y la civilización [en realidad, la cita es de La historia de la locura - ed] donde dices que debemos liberar cronologías históricas y ordenaciones sucesivas de todas las formas de perspectiva de progreso”.

Foucault respondió de la siguiente manera:

*“Esto es algo que les debo a los historiadores de la ciencia. Adopto la precaución metódica y el escepticismo radical pero no agresivo que hace que sea un principio no considerar el punto en el tiempo en el que nos encontramos ahora como el resultado de una progresión teleológica que sería asunto de uno reconstruir históricamente: ese escepticismo con respecto a nosotros mismos y a lo que somos, nuestro aquí y ahora, lo que impide asumir que lo que tenemos es mejor—o más que—en el pasado. Esto no significa no intentar reconstruir los procesos generativos, sino que debemos hacerlo sin imponerles una positividad o una valorización”.*⁶

Si hacemos el esfuerzo de penetrar en el oscuro mundo del lenguaje foucaultiano, vemos que su rechazo a la imposición de la «valorización» sobre los “procesos generativos” de la historia no es más que un rechazo al progreso. En un acto de cínico engaño, incluye el término “teleológico” para confundir el tema.

Cualquiera con el más mínimo conocimiento sobre filosofía sabría que hay un mundo de diferencia entre la teleología – una palabra con connotaciones religiosas, que significa propósito predeterminado, que Marx nunca apoyó – y la idea de que la historia humana no es una serie de accidentes sin sentido, sino se rige por ciertas leyes que se imponen independientemente de la voluntad subjetiva de hombres y mujeres individuales.

El entrevistador, que no suelta la presa tan fácilmente, le hace a Foucault la siguiente pregunta natural: “¿Aunque la ciencia ha compartido durante mucho tiempo el postulado de que el hombre progresa?”

Foucault responde:

“No es la ciencia la que dice eso, sino la historia de la ciencia. Y no digo que la humanidad no progrese. Digo que es un mal método plantear el problema como: ‘¿Cómo hemos progresado?’ El problema es: ¿cómo suceden las cosas? Y lo que sucede ahora no es necesariamente mejor o más avanzado, o mejor comprendido, que lo que sucedió en el pasado”.

Aquí vemos un caso clásico de mirar hacia todas las direcciones al mismo tiempo. Habiendo dicho claramente (o tan claramente como lo permite su lenguaje peculiar) que niega el progreso en la historia, luego afirma con calma lo contrario: que no dice “la humanidad no progresa”. Pero en el siguiente suspiro, añade que “lo que sucede ahora no es necesariamente mejor o más avanzado o mejor comprendido, que lo que sucedió en el pasado”. Entonces realmente no ha habido *ningún progreso*.

¿Ha quedado suficientemente claro?

Este es un muy buen ejemplo de cómo estas damas y caballeros se retuercen y giran, jugando con las palabras para ocultar su significado, como un calamar arroja nubes de tinta para confundir a sus enemigos. Por lo tanto, si alguien alguna vez acusa a Foucault de negar el progreso, el punto central de la mayoría de sus escritos, él siempre podría señalar hacia atrás y decir, “oh no, una vez dije que, no digo que la humanidad no progresa”.

La deshonestidad intelectual y la cobardía es un componente esencial del posmodernismo. Adopta toda una serie de maniobras para confundir y desorientar al lector, para distraerle de su verdadero carácter reaccionario. Lo asombroso es la desvergonzada arrogancia y audacia con que se presenta este engaño.

JUEGOS DE LENGUAJE

“Vaya, a veces he creído hasta en seis cosas imposibles antes del desayuno” (Lewis Carroll, Alicia a través del espejo).

El posmodernismo se basa en el principio de que los conceptos, las ideas y el propio lenguaje son “constructos” subjetivos y arbitrarios. Por tanto, todo pensamiento conceptual, incluida la ciencia, es también opresivo. No puede existir una verdad objetiva. Nada es verdadero o confiable. La única verdad radica en la experiencia individual, la “experiencia vivida” y eso sólo puede ser una verdad personal.

No contentos con enviar todo el pensamiento racional y las “metanarrativas” al basurero, algunos posmodernistas llegan hasta el punto de informarnos que, dado que el lenguaje es un constructo opresivo, la propia gramática debe ser abolida, ya que es opresiva para la libertad humana. Una vez que nos libramos de los grilletes opresivos de la gramática y la sintaxis, podemos elevarnos al cielo de la libertad absoluta, donde podemos comunicarnos entre nosotros de una manera completamente nueva.

Pero el lenguaje no es un constructo. Nadie lo ha inventado. Ha evolucionado gradualmente durante un período de tiempo muy largo, cientos de miles de años de hecho, como resultado del desarrollo de la sociedad humana. Lo mismo ocurre con las leyes del pensamiento, que los posmodernistas desean destruir. Pero, ¿con qué las van a reemplazar? Es posible que nos gusten o no las reglas de la gramática y la sintaxis, ya sea la gramática del idioma oficial que se enseña en las escuelas o la gramática no oficial, como los dialectos. Sin embargo, sin estas reglas, el habla se vuelve completamente ininteligible, o al menos, extremadamente incoherente. Por supuesto, los posmodernistas tienen un clavo para cada agujero.

Respondiendo a la acusación de ininteligibilidad, Judith Butler, una devota creyente del posmodernismo, denuncia el “aprendizaje [de] las reglas que gobiernan el habla inteligible”.⁷ Según Butler, aprender tales reglas es “una inculcación en el lenguaje normalizado, donde el precio de no conformarse es la pérdida de inteligibilidad en sí”. Continúa diciendo que “no hay nada radical en el sentido común. Sería un error pensar que la gramática recibida es el mejor vehículo para expresar puntos de vista radicales, dadas las limitaciones que impone la gramática al pensamiento, de hecho, a lo pensable en sí mismo”.

¡Así que ahora ya lo sabes! El “sentido común” no es radical, pero el sinsentido sí lo es. Sobre esta base, Butler emprende un viaje para inventar su propia gramática, una que de alguna manera no se “imponga” en sus pensamientos. Una vez hecho

esto, se embarca en todo tipo de aventuras, pensando en cosas que son completamente “impensables” para aquellos que estamos constreñidos por el lenguaje de los simples mortales.

Sin embargo, surge la pregunta: ¿cómo comunicará estos *postulados impensables* a los simples mortales, que todavía están sujetos a las limitaciones del “habla inteligible” y que no tienen la menor idea de lo que está hablando? El método de Butler es puro sofisma. En otras palabras, es un truco: “Mis ideas no son malas e incomprensibles; simplemente no estás lo suficientemente avanzado para entenderlas”.

Dicho esto, no es correcto ir tan lejos como para afirmar que los textos posmodernistas son incomprensibles. El propósito de la retórica intrincada es hacer que ideas que son muy antiguas, estúpidas y reaccionarias *suenen* originales, sofisticadas e incluso radicales. Es cierto que se requiere un poco de esfuerzo para descubrirla, pero definitivamente hay una intención oculta y no es tan difícil de entender una vez que se ha traducido de su “lenguaje especial” al habla de los mortales comunes.

“NO HAY ‘FUERA DE TEXTO”

Jacques Derrida, uno de los posmodernistas más influyentes, dijo que “no hay nada fuera de texto”.⁸ Con esto quiere decir que el significado, y por lo tanto el conocimiento, no está relacionado con la realidad objetiva, sino solo consigo mismo. Las palabras que usamos no están relacionadas de ninguna manera con las cosas que queremos decir. Más bien, cualquier palabra individual, según Derrida, solo se define por su relación con otras palabras. Por lo tanto, para entender algo, primero tenemos que entender todas las palabras que le dan contexto a nuestras palabras, y luego todas las palabras que le dan contexto a esas palabras, y así sucesivamente. Por supuesto, esto es imposible y, por lo tanto, se nos dice, esta cosa fugaz llamada “significado” será para siempre “diferida” y nunca entendida por completo.

Ciertamente es verdad que el significado del lenguaje de Derrida nunca se puede captar completamente, pero eso es otra cuestión. A lo que Derrida apunta es a socavar la noción de que podemos comprender la realidad objetiva misma. En otras palabras, no existe una realidad “fuera del texto”. Podríamos tener una palabra para perro o gato pero, según él, estos conceptos son meras creaciones abstractas y subjetivas de la mente humana y no tienen ninguna relación con ningún gato o perro real, y por lo tanto, pierden todo significado.

A pesar de estas observaciones “profundas”, durante muchos miles de años los hombres y las mujeres han seguido haciendo uso del lenguaje, sin preocuparse

por las verdades superiores que les informan que un perro no es realmente un perro, un gato no es realmente un gato y que, de hecho, el lenguaje no es capaz de decir nada inteligible en absoluto.

Lejos de ser una visión desde todos los lados de las cosas, como diría Derrida, su filosofía muestra una comprensión extremadamente unilateral del conocimiento humano. Si nuestros conceptos no reflejan ninguna verdad objetiva, y si los seres humanos pueden generar y “deconstruir” el “significado” a su capricho, ¿cómo puede la gente comunicarse, mediante textos o por cualquier otro medio? ¿Por qué Derrida se molesta en escribir textos cuando no hay una base objetiva o común para el lenguaje? ¿Y cómo podemos siquiera reconocer que todos estamos experimentando la misma realidad si, en la medida en que tal realidad siquiera existe, estamos vetados de acceder a ella?

Sin embargo, tales inconsistencias no parecieron molestar a Derrida. Como todos los auténticos posmodernistas, Derrida usa la inconsistencia como una insignia de honor. Su noción más famosa, “deconstrucción”, es, en todo caso, precisamente la proposición de que la “libertad” radica en romper la consistencia y coherencia de las ideas. De esta manera, cada individuo puede construir y ‘deconstruir’ su propia realidad. De hecho, eso es precisamente lo que afirma Judith Butler, la feminista posmoderna más influyente:

*“Conceder’ la innegabilidad del ‘sexo’ o su ‘materialidad’ es siempre conceder alguna versión de ‘sexo’, alguna formación de ‘materialidad’. **¿El discurso en y a través del cual ocurre esa concesión - y, sí, esa concesión ocurre invariablemente - no es en sí mismo formativo del mismo fenómeno que concede?** ... referirse ingenua o directamente a un objeto tan extradiscursivo siempre requerirá la delimitación previa de lo extradiscursivo.”⁹ (énfasis nuestro)*

El “discurso” es “formativo del mismo fenómeno que concede”. Pensar produce realidad. La realidad material, incluso el sexo biológico, es ‘discursiva’ y, naturalmente, puede cambiarse a través del discurso. Pero seguramente si el sexo biológico es solo un producto del ‘discurso’, entonces también lo es todo lo demás; tú también y yo también. ¿Pero entonces, no puedes tú simplemente construir o ‘deconstruir’ mi realidad, o yo la tuya?... Butler no nos lo dice.

Esta teoría no es ni moderna ni posmoderna, sino más bien antigua. Estamos tratando con el idealismo subjetivo, una tendencia que se remonta a los primeros días de la filosofía misma. El principio fundamental del idealismo subjetivo es que no hay una realidad objetiva que exista independientemente de los pensamientos y sensaciones de los seres humanos.

La forma de argumentación de Derrida es simplemente una copia burda de la noción presentada por Immanuel Kant en el siglo XVIII, de que la conciencia humana nunca puede conocer realmente la realidad material, o lo que él llamó la “cosa en sí”. Según Kant, la mente está provista de una serie de categorías de pensamiento “a priori”, como el espacio, el tiempo, la sustancia, etc., que nos permiten reconocer el mundo de las apariencias. Pero nuestras mentes no son capaces de conocer la realidad material como realmente es, “en sí”.

Derrida, sin embargo, va más allá que Kant y se burla de los conceptos en su totalidad. Todos los conceptos generales son, según él, productos de la mente humana sin relación con la realidad objetiva. Estas ideas son más antiguas incluso que Kant. A principios del siglo XVIII, el obispo George Berkeley expuso los mismos argumentos absurdos, aunque de una manera mucho más convincente:

“Ciertamente, es una opinión extrañamente prevaleciente entre los hombres, que las casas, las montañas, los ríos y, en una palabra, todos los objetos apreciables tienen una

*existencia, natural o real, distinta a la de ser percibidos por el entendimiento”.*¹⁰

Pero hay un problema con esta teoría, y uno que no se puede eliminar fácilmente. La lógica ineludible de este argumento es el solipsismo (del latín *solo ipsus*, solo yo mismo). Esta es la noción de que, dado que no podemos probar la existencia de nada ni de nadie más que nuestra propia mente con certeza, debemos resignarnos a ser nada más que los prisioneros solitarios de nuestros propios mundos internos y todo lo demás debe ser un producto de nuestra imaginación. Pero si ese es el caso, entonces Dios también debe ser solo una invención de nuestra imaginación.

Según esta idea, nada puede ser objetivo porque no se puede probar la existencia de nada. Todo es solo la creación (“constructo”) del pensamiento. Esto, por supuesto, está refutado por miles de años de experiencia y práctica humana. También está refutado por la historia de la ciencia durante al menos dos milenios y medio. Pero eso no preocupa a los posmodernistas que niegan que se haya producido ningún progreso.

El obispo Berkeley fue un reaccionario y un acérrimo defensor de la Iglesia. Su objetivo declarado era llevar a cabo una lucha contra la ciencia, el pensamiento racional, el ateísmo y el materialismo de la Ilustración. En todos menos uno de ellos (ateísmo), los posmodernistas están totalmente de acuerdo con él.



Imagen: John Smibert

Según Foucault, el posmodernista más destacado, no podemos aspirar a la verdad objetiva. Es decir, no podemos aspirar a ideas cuyo contenido no depende del ser humano.

El obispo Berkeley fue un reaccionario y un acérrimo defensor de la Iglesia. Su objetivo declarado era llevar a cabo una lucha contra la ciencia, el pensamiento racional, el ateísmo y el materialismo de la Ilustración. En todos menos uno de ellos (ateísmo), los posmodernistas están totalmente de acuerdo con él. Su principal argumento estaba dirigido contra el empirismo, una forma subdesarrollada de materialismo que predominaba en ese momento. Los empiristas sostenían que todo conocimiento se alcanza en última instancia a través de la experiencia sensorial. Esto es correcto, pero unilateral. Su argumento fue llevado a un extremo absurdo por el filósofo escocés, David Hume, quien terminó argumentando que debido a que solo podemos confiar en la experiencia sensorial, no podemos probar que exista nada más que nuestra propia experiencia sensorial.

Si aceptamos las premisas de los idealistas subjetivos, solo hay una salida a este absurdo: el camino propuesto por el obispo Berkeley. Es decir, que es la mente de Dios percibiendo las cosas lo que da a nuestras ideas objetividad y a los seres humanos un punto de referencia común. Pero hay otro camino: el del materialismo y la ciencia. A la premisa de que todo conocimiento se obtiene a través de la experiencia sensorial, debemos agregar otra premisa, que existe una realidad material objetiva independientemente de nuestras ideas y experiencias y que los seres humanos son capaces de investigar esta realidad y descubrir sus características y leyes internas de movimiento. Esto es precisamente lo que rechaza el posmodernismo.

¿ES POSIBLE LA VERDAD?

Se sabe comúnmente que una idea que es verdadera, es una idea que corresponde a la realidad. Un niño pequeño podría pensar que es divertido jugar con fuego. Pronto se dará cuenta de que esta no es una idea correcta. A partir de un doloroso proceso de prueba y error, con el tiempo se formará la idea de que, abordado de la manera correcta, el fuego podría ser, después de todo, muy útil y, en algunas situaciones, quizás incluso divertido. El fuego pasa de ser una "cosa en sí" desconocida, a una "cosa para nosotros". Ese es el camino

general de los seres humanos: de la ignorancia al conocimiento.

Los posmodernistas, sin embargo, rechazan esta noción. Rechazan por completo la proposición de que las ideas pueden ser verdaderas o falsas. Se burlan de las afirmaciones categóricas (aunque no siempre, como veremos) porque eso implicaría que algunas afirmaciones son más verdaderas que otras. Por tanto, llenan sus escritos de afirmaciones vagas y extremadamente equívocas, que están llenas de condicionalidades y largas explicaciones contradictorias.

Según Foucault, el posmodernista más destacado, no podemos aspirar a la verdad objetiva. Es decir, no podemos aspirar a ideas cuyo contenido no depende del ser humano. Sostiene que, en última instancia, la veracidad de las ideas - el conocimiento, en otras palabras - no se deriva de nuestra experiencia de la realidad material, sino más bien de lo que él llama 'poder'. Este no es poder en el sentido en que lo entendemos normalmente, como el poder estatal o el poder de una clase sobre otra. 'Poder' en el vocabulario de Foucault esencialmente significa simplemente conocimiento *en general*. Por tanto, el 'poder' produce conocimiento y el conocimiento produce 'poder'. O para decirlo de otra manera, el conocimiento produce conocimiento. Esta es una tautología pura que no explica absolutamente nada. Fundamentalmente, es el mismo principio propuesto por Derrida, que las ideas y los conceptos generales no reflejan la realidad objetiva, sino simplemente otras ideas y conceptos.

Luego, Foucault continúa diciéndonos que la verdad no es algo que podamos alcanzar poniendo a prueba nuestras ideas en el mundo real. En cambio, la verdad es 'producida' por el 'poder'. Y los "regímenes de la verdad"¹¹ son impuestos a la sociedad por el 'poder'. El 'poder' nos dice qué es verdadero y qué es falso. Sin embargo, según Foucault, en realidad estas categorías de verdadero y falso no existen. En consecuencia, nada es verdadero y nada es falso. Una de las formas en que podemos descubrir esto, nos informa, es tomando LSD:

"Podemos ver fácilmente cómo el LSD invierte las relaciones de mal humor, estupidez

y pensamiento: tan pronto como elimina la supremacía de las categorías, arranca el suelo de su indiferencia y desintegra el lúgubre espectáculo de la estupidez; y presenta esta masa unívoca y no categórica no solo como abigarrada, móvil, asimétrica, descentrada, espiroidal y reverberante, sino que la hace surgir, en cada instante, como un enjambre de sucesos-fantasmas".¹²

Si podemos intentar una traducción de este galimatías, lo que Foucault nos dice aquí es esencialmente que las alucinaciones inducidas por LSD nos revelan que la realidad no es la forma en que pensamos normalmente. Un día podría pensar que los elefantes son animales salvajes que viven en zoológicos y regiones tropicales, y al día siguiente pueden ser pequeñas criaturas rosadas volando en círculos alrededor de mi cabeza. ¿Quién puede decir cuál de estas ideas es verdadera y cuál es falsa?

No podemos hablar de la verdad en absoluto, ni de mi verdad ni de la tuya. Hay una excepción, por supuesto, un tipo de cosa que es absoluta y eternamente cierta, y son las declaraciones generales de Monsieur Foucault, como su rechazo del concepto de la verdad. Este es otro ejemplo más de autocontradicción posmodernista. Foucault ni siquiera se da cuenta de que está intentando proporcionarnos una prueba de la 'veracidad' de su concepto. ¿No era esto precisamente lo que se suponía que era imposible?

¿Podemos realmente afirmar, como hace esencialmente Foucault, que la verdad objetiva es una ficción? Veamos. Puedo creer que soy un pájaro y que puedo volar, pero si salto desde el borde de un acantilado, esa idea se derrumbará conmigo. Me imagino que soy multimillonario. Pero si entro en un banco exigiendo retirar un millón de euros, el gerente seguramente me preguntará cuánto LSD he consumido. Si algún posmodernista desea demostrar que estamos equivocados, lo invitamos cortésmente a que pruebe uno de estos dos experimentos. ¿La práctica pronto nos dirá quién tiene razón y quién no!

En Europa, a lo largo de la Edad Media y hasta el siglo XVIII, era una creencia común que la tierra había sido creada por Dios unos miles de años atrás. Pero la ciencia ha disipado esa creencia por completo. Hoy, esta idea solo existe sobre la base de la fe. Rechazar la verdad objetiva al final equivale a reducir todo el conocimiento humano al nivel de la fe y la superstición, es decir, nos devuelve al pantano de la religión.

A diferencia de la fe, toda la ciencia se basa en la proposición de que existe un mundo natural independientemente de nuestras ideas y que nuestras ideas son capaces de reflejar los fenómenos naturales. Por tanto, la verdad existe objetivamente, es decir, independientemente de

las mentes de los seres humanos individuales. Negar esto es lo mismo que negar la ciencia, que como veremos, es precisamente lo que hacen los posmodernistas.

CONOCIMIENTO SUBJETIVO Y OBJETIVO

El posmodernismo eleva la subjetividad a un principio absoluto. De esto deduce que el pensar en general es limitado y parcial, por lo que no puede llegar a la verdad objetiva. Para el académico de mente estrecha, el mundo termina en la punta de su nariz, o al menos en la puerta de la sala de seminarios. El profesor universitario solo produce palabras. Estas son la suma total de su mundo, su entorno natural, el único entorno que conoce. Esto es lo que explica la obsesión de los posmodernistas por las palabras y el lenguaje. También explica la extrema estrechez de su perspectiva y la pobreza de su pensamiento.

Pero el pensamiento va más allá del 'sujeto'. Las grandes teorías científicas y filosóficas de la historia no son simplemente el producto de grandes mentes individuales; son la máxima expresión del desarrollo del pensamiento humano en sus respectivas sociedades. Cuando hablamos del pensamiento humano, no hablamos de los meandros de una mente individual, más bien hablamos del pensamiento humano en general, colectivamente.

Es cierto que cada ser humano individual por naturaleza tiene una perspectiva parcial y limitada. Pero en su conjunto, la humanidad puede superar las limitaciones del individuo comprobando colectivamente la objetividad de cada proposición desde una miríada de ángulos diferentes y aplicándola en la vida real. Los pensamientos dentro de la cabeza de un individuo no le pertenecen solo a él; todas nuestras teorías y lenguaje son el producto del desarrollo social humano en su conjunto, transmitido de una generación a la siguiente. La relación entre sujeto y objeto tampoco es una mera cuestión de contemplación abstracta. La raza humana reacciona al mundo real de forma activa, no pasiva.

Los seres humanos transforman el mundo mediante el trabajo colectivo y, por lo tanto, se transforman a sí mismos. Es este proceso incesante de creación el que encuentra su máxima expresión en el avance de la ciencia, que los posmodernistas desean negar, pero que es un hecho evidente por sí mismo. Es una marcha incesante de la ignorancia al conocimiento. Lo que no sabemos hoy, seguramente lo sabremos mañana. En este sentido, el pensamiento humano no solo es capaz de objetividad, también es ilimitado y absoluto. Ningún conocimiento está fuera de su alcance.

Marx explicó en sus *Tesis sobre Feuerbach* que, "El problema de si al pensamiento humano

Las verdades particulares descubiertas por una sociedad determinada no se obtienen de forma arbitraria. ... En última instancia, el pensamiento – con el pensamiento científico como máxima expresión – refleja el nivel de desarrollo de la sociedad de su época.

se le puede atribuir una verdad objetiva, no es un problema teórico, sino un problema práctico. Es en la práctica donde el hombre tiene que demostrar la verdad, es decir, la realidad y el poderío, la terrenalidad de su pensamiento. El litigio sobre la realidad o irrealidad de un pensamiento que se aísla de la práctica, es un problema puramente escolástico".¹³

Plantear la cuestión de si la verdad puede ser objetiva o no, como hacen los posmodernistas, desconectada de la actividad humana real, equivale a una especulación vacía. El pensamiento es una expresión de la práctica y, en última instancia, es en la práctica donde se ponen a prueba las ideas. El desarrollo de ideas sirve para mejorar nuestra práctica. Asimismo, en el curso de esta actividad, los elementos objetivamente verdaderos de todas las ideas se determinan y separan de sus aspectos falsos o exagerados.

LA VERDAD RELATIVA Y ABSOLUTA

Pero, ¿el hecho de que las ideas puedan demostrarse objetivamente verdaderas significa que las ideas humanas agotan la verdad desde el momento en que son pensadas y para siempre a partir de entonces? ¡Claro que no! Desde un punto de vista materialista, no tiene sentido hablar de alcanzar la verdad absoluta en el sentido de un conocimiento último de la totalidad de nuestro universo. La humanidad es capaz de descubrir las leyes de la naturaleza a todos los niveles. Los constantes avances de la ciencia y la tecnología modernas son prueba de ello. Pero la humanidad nunca llegará a un punto en el que descubra todo lo que hay por descubrir. Por cada problema que resuelve la ciencia y cada nivel de la naturaleza que el hombre domina, surgen nuevas vías y nuevos problemas.

La historia de la ciencia nos muestra este proceso en una serie interminable de teorías, ahora en ascenso y ahora en declive frente a otras más avanzadas. Pero aquí, una vez más, el posmodernismo extrae una conclusión exagerada y unilateral a partir de una observación formalmente correcta. Deduce que, dado que todas las teorías son reemplazadas en

una determinada etapa, ninguna idea es verdadera; toda verdad es relativa y arbitraria.

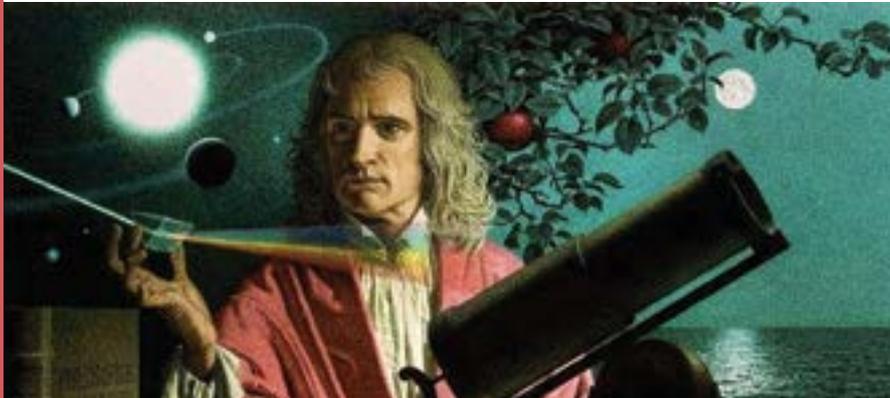
En sus libros *La locura y la civilización* y *La historia de la locura*, que pretenden ser tratamientos históricos de la psiquiatría, Foucault nos presenta una serie de ideas y métodos que se utilizaron en la psiquiatría en el pasado, pero que desde entonces han demostrado ser falsos. De hecho, se considerarían extremadamente reaccionarios si los aplicaran los psiquiatras de hoy. Sobre esta base, intenta socavar la afirmación de la ciencia de que existe una verdad objetiva en general.

Ésta es una tendencia general en todas las 'historias' de Foucault. Es como si esperara que la ciencia fuera el santo grial de la verdad absoluta y eterna desde el principio y, decepcionado con lo que encontró, concluyó que era necesario descartar por completo toda la ciencia y la noción de la verdad. Construye un muñeco de paja y luego lo derriba sin esfuerzo. Pero el objetivo de la ciencia nunca ha sido poseer la verdad absoluta. Se fija un objetivo mucho más modesto: descubrir la verdad paso a paso, mediante la aplicación paciente del auténtico método científico: observación y experimentación.

Los posmodernistas miran la ciencia de períodos anteriores con desdén. Por supuesto, es fácil criticar un período menos avanzado desde el punto de vista de nuestro propio período. Esto revela una actitud ignorante y cobarde, como el adulto que ridiculiza a un niño por no hablar de la misma manera refinada y segura que él. Pero las ideas de diferentes etapas históricas no son accidentales. Reflejan las capacidades de la sociedad humana en cada etapa y, como tales, son absolutas para ese período. Es decir, son las verdades más elevadas que la sociedad podría alcanzar en ese momento en particular.

Las verdades particulares descubiertas por una sociedad determinada no se obtienen de forma arbitraria. No era posible que Newton hubiera desarrollado la mecánica cuántica. La mecánica newtoniana formó un eslabón necesario de la cadena que más tarde condujo a los

Al oponerse a las metanarrativas, los posmodernistas se oponen precisamente a esta investigación sistemática y a la ciencia en general.



descubrimientos de la mecánica cuántica. En última instancia, el pensamiento —con el pensamiento científico como máxima expresión— refleja el nivel de desarrollo de la sociedad de su época. Pero a su vez también desarrolla la sociedad en su conjunto, de modo que en un momento determinado, este desarrollo en sí mismo conduce al surgimiento de formas de pensamiento nuevas, más complejas y más avanzadas. Este es el proceso interminable de la ignorancia al conocimiento; de las formas inferiores a las superiores de la verdad.

Esto no significa que las viejas ideas sean descartadas como pura tontería. Por el contrario, su núcleo racional se convierte en un elemento necesario para el siguiente avance de la ciencia. Para cada nivel de la naturaleza que los humanos aprenden a dominar, el camino se abre a un nivel más profundo. El desarrollo de la mecánica newtoniana fue una gran conquista para la humanidad. Fue uno de los primeros grandes avances introducidos por el surgimiento del capitalismo y jugó un papel importante en el desarrollo de la ciencia y la sociedad en su conjunto. Pero la ciencia no terminó ahí; después de la mecánica clásica vino la mecánica cuántica. La mecánica cuántica no invalida la mecánica clásica, por el contrario, la presupone, al igual que la mecánica cuántica formará la base de avances aún mayores para la ciencia en el futuro, y preparará el terreno para ir más allá de la propia mecánica cuántica. La mecánica cuántica seguirá siendo válida para un cierto nivel, pero más allá surgirán teorías más avanzadas.

A diferencia de lo que imaginan los posmodernistas, la historia del pensamiento científico no es una búsqueda

desafortunada de una verdad última evasiva, saltando de una teoría accidental a otra. Es un proceso interminable de comprensión cada vez más profunda de la naturaleza y las leyes que la gobiernan. A través de innumerables pruebas de ensayo y error, cada teoría se pone bajo prueba, se filtran sus elementos accidentales, subjetivos y falsos, se definen sus límites y se amontona su verdadero núcleo en la reserva de conocimiento humano, preparando el camino para que nuevas ideas más avanzadas ocupen su lugar.

Cada teoría no está aislada ni es diametralmente opuesta a las demás. Más bien, todos forman diferentes etapas del desarrollo dialéctico del conocimiento humano en su conjunto, una progresión infinita, desde las formas de verdad inferiores a las superiores.

“METANARRATIVAS”

Dado que los posmodernistas rechazan la noción de la verdad, identifican como enemigo número uno a aquellos que aceptan la verdad. Volvamos por un momento a *La condición posmoderna*, donde Jean-Francois Lyotard intenta definir el significado de “posmoderno”:

“Usaré el término moderno para designar cualquier ciencia que se legitime con referencia a un metadiscurso de este tipo que apela explícitamente a alguna gran narrativa, como la dialéctica del Espíritu, la hermenéutica del significado, la emancipación del sujeto racional o de trabajo, o la creación de riqueza.

“Simplificando al extremo, defino posmoderno como la incredulidad hacia las metanarrativas. Esta incredulidad es indudablemente producto del progreso de las ciencias; pero ese progreso a su vez lo presupone. A la obsolescencia del aparato de legitimación de

*las metanarrativas corresponde, sobre todo, la crisis de la filosofía metafísica y de la función universitaria, que en parte se apoyaba en ella. La función narrativa está perdiendo sus funciones, su gran héroe, sus grandes viajes, su gran objetivo”.*¹⁴

Aquí tenemos un ejemplo absolutamente inestimable de la jerga ininteligible del posmodernismo. Tengamos en cuenta que, para nuestro beneficio, Lyotard está “simplificando al extremo”. Eso está bien, porque de lo contrario correríamos un serio riesgo de comprender realmente lo que está tratando de decir, que es que el posmodernismo rechaza todas las escuelas de pensamiento que intentan desarrollar una cosmovisión única y coherente.

El rechazo de una cosmovisión coherente se deriva lógicamente del rechazo de la existencia de una realidad objetiva independiente de la mente. Si niegas la existencia independiente de nuestras mentes de una realidad objetiva, y por tanto una verdad objetiva, nunca podrá haber teorías que se apliquen de manera universal. Cada individuo desarrollará sus propias teorías aplicables a su realidad particular. En tal caso, las ‘metanarrativas’ de hecho equivaldrían al formalismo y esquematismo de imponer las leyes de mi mundo al tuyo o viceversa. Pero los peores infractores de este crimen en particular serían los propios posmodernistas.

El rechazo de las metanarrativas es en sí mismo la metanarrativa más cruda y radical posible. ¡Y se nos presenta sin una sola prueba o argumento real! Lo que esencialmente se nos exige es aceptar las metanarrativas posmodernistas sobre la base de la fe ciega. El posmodernismo es la única meta-narrativa verdadera. Todos los demás están equivocados, porque el posmodernismo lo dice. Este es precisamente el tipo de intimidación y “opresión” intelectual contra el que los posmodernistas protestan con tanta vehemencia. Y es la base de sus ataques histéricos contra cualquiera que plantee una objeción seria a lo que dicen. Esto no es diferente a cualquier otro dogma religioso.

Los posmodernistas critican a los marxistas por ser dogmáticos y opuestos a incorporar otras ideas a la teoría marxista. Para algunos, esto puede parecer una buena idea. ¿Por qué ceñirse a una filosofía cuando puedes elegir entre las mejores ideas que existen, independientemente de qué filósofo o escuela de pensamiento las desarrolló? Pero se trata justamente de eso. Los posmodernistas *no* dicen que debamos elegir las mejores ideas. No hay ideas buenas o malas, verdaderas o falsas, ¿recuerdas? No se trata de tener ideas correctas, sino de insistir en que nuestras ideas deben ser incoherentes. Por primera vez en la historia de la filosofía, “la bazonía ecléctica”, como lo llamó Engels, se

eleva al principio rector de una escuela de pensamiento.

Los posmodernistas culpan a los marxistas por no tener una "mente abierta" hacia otras escuelas de pensamiento. En realidad, aquí ocurre justo lo contrario. Estas damas y caballeros están obsesionados con ser nuevos y originales (aunque no lo son ni de lejos). Actúan como si la historia comenzara y terminara con ellos mismos. El marxismo, por otro lado, no pretende destacar como algo completamente ajeno a las filosofías anteriores. No afirmamos que las ideas del socialismo científico surgieran puramente del genio creativo particular de Carlos Marx y Federico Engels.

El marxismo es una síntesis del núcleo racional de todas las filosofías anteriores, cada una de las cuales se basa en los avances de épocas anteriores. Forma un todo unificado y armonioso. Contiene en sí mismo todos los elementos más valiosos y perdurables de las escuelas de pensamiento anteriores: la filosofía griega antigua, la filosofía clásica alemana, los materialistas franceses de la Ilustración, la economía política inglesa y las brillantes anticipaciones de los socialistas utópicos anteriores. Todos estos, de una forma u otra, contenían verdades y conocimientos valiosos, que reflejaban diferentes facetas y aspectos de la misma realidad objetiva única.

A lo largo de la historia del desarrollo de la ciencia y el pensamiento durante miles de años, la imagen que ha surgido, y que se vuelve más clara cada día, es la de un mundo material, único e interconectado, que opera de acuerdo con sus propias leyes inherentes de movimiento y desarrollo. Ésta es la base de la cosmovisión unificada del marxismo y de cualquier teoría científica real. La investigación sistemática de estas leyes en diferentes niveles de la naturaleza es el propósito principal de cualquier ciencia. Todo esto es un anatema para los posmodernistas que se oponen a todas y cada una de las formas de pensamiento sistemático.

"ANTI-CIENCIA"

Al oponerse a las metanarrativas, los posmodernistas se oponen precisamente a esta investigación sistemática y a la ciencia en general. Oigan cómo Foucault denuncia con desdén "la tiranía de los discursos globalizadores con su jerarquía y todos sus privilegios de una vanguardia teórica"¹⁵, y cómo llama a "la lucha contra la coerción de un discurso teórico, unitario, formal y científico".¹⁶ De hecho, Foucault define su método principal, la 'genealogía', como nada más ni menos que "anti-ciencia":

"Lo que [la genealogía] realmente hace es considerar los reclamos de atención de conocimientos locales, discontinuos, descalificados

e ilegítimos contra los reclamos de un cuerpo unitario de teoría que los filtraría, jerarquizaría y ordenaría en nombre de algún conocimiento verdadero y de alguna idea arbitraria de lo que constituye una ciencia y sus objetos. Por tanto, las genealogías no son retornos positivistas a una forma de ciencia más cuidadosa o exacta. Son precisamente anti-ciencias".¹⁷ (énfasis nuestro)

¿Qué es esto sino una declaración de guerra contra la ciencia y el pensamiento racional, y una defensa del oscurantismo? Lo que es peor, estas ideas reaccionarias se venden como la forma de pensamiento más radical. Luce Irigaray, por ejemplo, es notable por su rechazo de la teoría de la relatividad de Einstein, sobre la base de que es "sexista", presumiblemente porque Albert Einstein tuvo la desgracia de ser un hombre. Su ensayo de 1987 se titula *Le Sujet de la Science Est-il Sexué? (¿El sujeto de la ciencia tiene sexo?)*. Reflexionando sobre esta pregunta, escribe lo siguiente:

"Tal vez lo es. Hagamos la hipótesis de que sí lo es en la medida en que privilegia la velocidad de la luz sobre otras velocidades que nos son de vital importancia. Lo que me parece indicar la posible naturaleza sexuada de la ecuación no es directamente su uso por armas nucleares, más bien es haber privilegiado lo que va más rápido."¹⁸

En otra parte, Irigaray continúa su diatriba contra el desafortunado Einstein:

"Pero, ¿qué hace por nosotros la poderosa teoría de la relatividad, excepto establecer plantas de energía nuclear y cuestionar nuestra inercia corporal, esa condición necesaria de la vida?"¹⁹

Según el enrevesado razonamiento de Irigaray, la velocidad es una característica predominantemente masculina y, por lo tanto, la "fijación" de Einstein con la velocidad en su ecuación es "sexista". Precisamente por qué los machos deberían estar más obsesionados con la velocidad y las hembras no, es un misterio que solo Irigaray puede explicar. Por lo que sabemos, a un hombre le resultaría igualmente difícil

alcanzar la velocidad de la luz que a una mujer.

Aquí, la naturaleza anticientífica irracional del posmodernismo queda expuesta en todo su esplendor desnudo. La teoría de la relatividad, que es una de las piedras angulares más básicas de la ciencia moderna, se ridiculiza como "sexista", porque su autor, Albert Einstein, era un hombre.

Detrás del rechazo aparentemente inocente de las meras "metanarrativas" y los "discursos globalizadores" y envuelto en una retórica que suena radical, el posmodernismo ha establecido una verdadera inquisición global anticientífica y anticultural. Aquí se promueven "conocimientos locales, discontinuos, descalificados, ilegítimos", es decir, ideas místicas desacreditadas que yacen en el material de desecho de la historia de la filosofía, mientras que las más grandes teorías y mentes que la humanidad haya conocido son condenadas sin pestañear. Si estas ideas se implementaran alguna vez en la vida real, significaría la reversión completa de toda la civilización.

ANTIMARXISTA

Mientras que el posmodernismo se erige como el mayor desarrollo de la irracionalidad, el marxismo es la forma más elevada de pensamiento científico. Y precisamente porque es la filosofía más consistente y científica suscita la ira particular de los posmodernistas. Es interesante notar que la principal objeción de Foucault al marxismo es que es científico. Esto es lo que escribe: "Si tenemos alguna objeción contra el marxismo, radica en el hecho de que efectivamente podría ser una ciencia".²⁰

En otra parte del mismo texto afirma: "Tampoco importa en el fondo que esta institucionalización del discurso científico se materialice en una universidad, o, más en general, en un aparato educativo, en una institución teórico-comercial como el psicoanálisis o en el marco de referencia que es proporcionado por un sistema político como

Mientras que el posmodernismo se erige como el mayor desarrollo de la irracionalidad, el marxismo es la forma más elevada de pensamiento científico. Y precisamente porque es la filosofía más consistente y científica suscita la ira particular de los posmodernistas.

el marxismo; porque la genealogía debe librar su lucha realmente contra los efectos del poder de un discurso que se considera científico.²¹

Aquí vemos los verdaderos colores del posmodernismo: una ideología anticientífica y contrarrevolucionaria, que se opone al marxismo en el nivel más fundamental. A veces escuchamos que deberíamos combinar ideas posmodernas y marxistas. Pero ambas son radicalmente incompatibles. Foucault lo reconoce cuando escribe que, “No es que estas teorías globales no hayan proporcionado ni continúen proporcionando de manera bastante consistente herramientas útiles para la investigación local: el marxismo y el psicoanálisis son pruebas de esto. Pero creo que **estas herramientas solo se han proporcionado con la condición de que la unidad teórica de estos discursos se pusiera de alguna manera en suspenso, o al menos se redujera, dividiera, derrocará, caricaturizara, teatralizara, o lo que se quiera. En cada caso, el intento de pensar en términos de una totalidad ha resultado ser un obstáculo para la investigación**”.²² (énfasis nuestro)

El marxismo y el posmodernismo solo son compatibles en la medida en que se destruye la “unidad teórica” del marxismo; tan pronto como el marxismo deje de ser una ciencia, tan pronto como el marxismo deje de ser verdadero, y tan pronto como deje de ser materialista... en otras palabras, tan pronto como el marxismo deje de ser marxismo.

El marxismo se opone de manera irreconciliable al posmodernismo. Somos materialistas y nos basamos firmemente sobre la base de la verdad y la ciencia. Creemos que hay un solo mundo material interconectado, que siempre ha existido y que no es la creación de un dios ni del ‘poder’ de Monsieur Foucault. La vida es un producto de este mundo material y los humanos son la forma de vida más avanzada. A través de nuestra actividad, somos capaces de descubrir las leyes de la naturaleza y manipularlas para nuestro beneficio, pero también nosotros mismos estamos sujetos a estas leyes y, por lo tanto, al cambiar nuestro mundo también nos cambiamos a nosotros mismos.

La teoría materialista consistente del conocimiento sostiene que el conocimiento se deriva en última instancia de la experiencia sensorial. Nuestros sentidos son puentes hacia este mundo externo, no barreras. De lo contrario, ¿qué hace que nuestros sentidos alimenten nuestra mente con esta información y no con esa? No cambiamos el mundo cambiando el lenguaje o nuestros modos de pensar. No es en “el texto” o en el “discurso”, sino en el mundo material real donde se encuentra la verdad. Podemos cambiar el mundo de ciertas formas y nuestros sentidos nos

dicen si hemos tenido éxito. Interactuando con el mundo descubrimos, probamos y perfeccionamos nuestras ideas y finalmente les asignamos validez objetiva.

Estos son los principios básicos de la ciencia. Separarse de ellos equivale a tomar un rumbo hacia la religión y el misticismo. Los posmodernistas no solo se han apartado de la ciencia, sino que han lanzado una lucha contra la esencia misma de la ciencia. El hecho de que estas ideas reaccionarias se estén difundiendo como un evangelio en universidades, escuelas y a través de los medios de comunicación en todo el mundo, revela el estado podrido del capitalismo actual. Es un sistema cuya existencia ya no es compatible con los intereses de la gran mayoría de la raza humana.

Rechazar la noción de realidad objetiva y verdad objetiva en última instancia no conduce a nada más que a un blanqueo y una defensa del status quo. Porque si el progreso es imposible, es inútil luchar por una sociedad mejor. Y si no hay una verdad objetiva, no podemos decir que la explotación, la pobreza, la opresión y la guerra son “malas”; todo es solo una cuestión de perspectiva. Los defensores del posmodernismo terminan siendo apologistas del capitalismo. Una filosofía verdaderamente revolucionaria sólo puede ser una filosofía completamente científica y materialista, que mira la realidad directamente a la cara. Solo la comprensión más clara y precisa de las leyes de la naturaleza y la sociedad puede mostrar una salida al callejón sin salida del capitalismo y la sociedad de clases. En palabras de Carlos Marx, quien pronunció el aplastante veredicto final sobre toda la filosofía burguesa:

“Los filósofos no han hecho más que interpretar de diversos modos el mundo, pero de lo que se trata es de transformarlo.”

1 Jean-François Lyotard, “Notes on the Return and Kapital”, *Semiotext(e)*, Vol 3, No. 1, (1978), pág. 53.

2 Jean Baudrillard, *Cool Memories 1980-1985*, (Londres: Verso, 1990), pág. 67.

3 Gilles Deleuze y Félix Guattari, *Anti-Oedipus: Capitalism and Schizophrenia*, (Minneapolis: University of Minnesota Press, 1983), pág. 4.

4 Michel Foucault, “Theatrum Philosophicum,” in *Aesthetics, Method and Epistemology*, (New York: The New Press, 1998), pg 367.

5 Jean-François Lyotard, *The Postmodern Condition: A Report on Knowledge*, (Manchester: Manchester University Press, 1991), pág. Xxiv.

6 Michel Foucault, “Prison Talk: an interview,” *Radical Philosophy*, Vol 16, (1977), pg 14.

7 Judith Butler, *Gender Trouble: Feminism and the Subversion of Identity*, (Nueva York y Londres: Routledge, 1999), pág. xviii.

8 Jacques Derrida, *Limited Inc*, (Evanston, IL: Northwestern University Press, 1988), pág. 136.

9 Judith Butler, *Bodies That Matter: On the Discursive Limits of Sex*, (New York & London: Routledge, 1993), pg 10-11.

10 George Berkeley, *A Treatise Concerning the Principles of Human Knowledge*, (2002), pg 13.

11 Michel Foucault, *Power/Knowledge*, pg 131.

12 Foucault, “Theatrum Philosophicum”, pág. 363.

13 Karl Marx, “Theses on Feuerbach,” in *The Revolutionary Philosophy of Marxism*, (New York & London: Wellred Books, 2018), pg 51.

14 Jean-François Lyotard, *The Postmodern Condition*, pg xxiv.

15 Michel Foucault, *Power/Knowledge: Selected Interviews & Other Writings 1972-1977*, (New York: Pantheon Books, 1980), pg 83.

16 *Ibid.*, pág. 85.

17 *Ibid.*, 83.

18 Luce Irigaray y Carol Mastrangelo Bové, “Le Sujet de la Science Est-Il Sexué?/Is the Subject of Science Sexed?,” *Hypatia*, Vol. 2, No. 3, *Feminism & Science* 1, (1987).

19 *Ibid.*

20 Michel Foucault, *Power/Knowledge*, pg 84.

21 *Ibid.*

22 *Ibid.*, pág. 81

HABLAR MUCHO DE NADA

¿“NARRATIVA DE IZQUIERDAS” O LUCHA DE CLASES?

“La izquierda necesita una nueva narrativa”. Esa es la idea que se ha apoderado de las mentes de muchos en la izquierda en todo el mundo hoy, cuando se intenta construir alternativas a los partidos burgueses dominantes. ¿Cuál es el fundamento que subyace tras esta idea de una “nueva narrativa”? Y ¿puede de alguna manera ayudar a que la clase trabajadora y los jóvenes avancen? **Yola Kipcak** de la Corriente Marxista Internacional en Austria, explica que jugar con las palabras no sustituye a la lucha de clases.



La idea de que la izquierda necesita una “narrativa” mejorada y la noción conexas de que necesitamos algún tipo de “populismo de izquierda”, ha ocupado la atención de los partidos y organizaciones de izquierda en toda Europa y más allá. Para citar un ejemplo, Jörg Schindler, secretario general del Partido de Izquierda en Alemania, ha escrito: “Para estar a la vanguardia del movimiento contra el cambio climático, que es donde pertenecemos, necesitamos una narrativa de IZQUIERDAS convincente”.¹

Katja Kipping, presidenta del mismo partido, explicó: “Creo que necesitamos un populismo de izquierda para dejar claro que hay alternativas. Y debemos fortalecer los patrones de explicación alternativos y contrarrestar la

narrativa [de la canciller alemana Angela Merkel]... con una narrativa diferente”.²

Finalmente, en un evento en 2019 en Viena, organizado por “Transform Europe”, un proyecto del Partido de la Izquierda Europea que incluye a organizaciones como SYRIZA, Die LINKE, Rifondazione Comunista y Bloco de Esquerda, en el que los Jóvenes de Izquierda, el Partido Comunista de Austria y otros estuvieron presentes, el término “narrativa de izquierda” se usó abundantemente durante las dos horas de discusión. Estos son solo pequeños ejemplos que atestiguan hasta qué punto estas ideas han arraigado en la izquierda en una serie de países.³

La idea de una “narrativa de izquierda” ha estado flotando en los círculos

universitarios desde hace mucho tiempo. Sin embargo, solo comenzó a ganar popularidad con el repentino aumento del apoyo a nuevos partidos de izquierda como SYRIZA en Grecia y Podemos en España, que se convirtieron en puntos de referencia para gran parte de la izquierda a nivel internacional. Hace algunos años, destacados personajes de ambos partidos llenaron sus discursos de referencias a este concepto. Y de hecho, la idea tiene sus “teóricos”, uno de los más destacados es la académica belga Chantal Mouffe.

Junto con su difunto compañero, Ernest Laclau, Mouffe intentó desarrollar una teoría de un “populismo de izquierda” basado en la narrativa. En la lista de agradecimientos a su último libro, *Por un*

[Un] trabajador checo y uno de Estiria tienen mucho en común: ... son objetivamente parte de la clase trabajadora. Sin embargo, si se asume que nuestras identidades se construyen a partir de historias apasionantes y emocionales, la conclusión lógica es que el capitalismo no puede ser derrocado por la lucha de clases contra los capitalistas, sino solo escribiendo nuevas historias.

populismo de izquierda, Mouffe hace un reconocimiento tanto a Íñigo Errejón (Podemos) como a Jean-Luc Mélenchon (La France Insoumise) por sus contribuciones y conversaciones personales.

¿QUÉ HAY DETRÁS DE LA “NARRATIVA”?

La idea de que la realidad se compone de narrativas, es decir, de historias, es esencial para la teoría de Mouffe de que necesitamos construir un “populismo de izquierda” basado en una “nueva narrativa de izquierda”. De acuerdo con esta noción, si los políticos logran plasmar las experiencias de la gente en términos emocionantes, “enmarcando narrativas” de forma eficaz, esto a su vez, influirá en las acciones de la gente, produciendo así la realidad misma.

La realidad, entonces, no se compone de una existencia material objetiva que forma la base de nuestras ideas. Al contrario, son nuestras ideas las que moldean el mundo. Por tanto, el capitalismo no es un sistema económico del que surgieron una clase trabajadora y una clase capitalista, sino más bien una narrativa, una construcción. Mouffe llama a su enfoque teórico “anti-esencialista”. Esto significa que, según ella, no existe un mundo real objetivo (lo que ella llama “esencia”) que corresponda a nuestros conceptos. Considera que “la sociedad siempre está dividida y construida discursivamente a través de prácticas hegemónicas”, y que “nunca es la manifestación de una objetividad más profunda”.⁴

De esto se desprende que no hay clases reales en la sociedad. La clase trabajadora es solo una de las muchas identidades creadas por narrativas, discursos y lenguaje: “Es a través de la representación que se crean sujetos políticos colectivos; no existen de antemano”.⁵

El objetivo de una narrativa de izquierda, de un populismo de izquierda, es, por tanto, construir una identidad colectiva diciéndole a la gente que tienen intereses compartidos y que las “élites” son su enemigo. Es una “estrategia discursiva de construir una frontera política que divide a la sociedad en dos campos y llamar a la movilización de los ‘desamparados’ contra ‘los que están en el poder’”.⁶

En un libro publicado recientemente, *Deeply Red and Radically Colorful - For a New Left Narrative* de Julia Fritzsche, se nos dice que tal narrativa “debe, en primer lugar, conectarse con las experiencias diarias de las personas, ‘captarlas’. Debe dar la impresión de que la narrativa corresponde a experiencias compartidas. **No importa si realmente tuvieron estas experiencias**”.⁷ (énfasis nuestro)

No es de extrañar, entonces, que siempre que los defensores de las narrativas de izquierda hablan de cambios sociales, de la acción práctica, las luchas de clases o la acción de clases estén notoriamente ausentes. Si hablan de ellas, es solo como algo secundario, como un extra adicional más o menos agradable. En cambio, nos llaman a “articular”, “conversar”, “representar”, “mostrar”, etc.

Es en este contexto que debemos considerar los comentarios de un exponente de estas ideas en la socialdemocracia austriaca, Max Lercher. Lercher argumentó que la socialdemocracia necesita un nuevo congreso de fundación como un nuevo comienzo para el partido y escribió:

“¿Qué tienen en común un trabajador industrial checo y un trabajador minero de Estiria? ¿O un reformador social vienés y un socialista radical húngaro? ... Después de todo, todos somos personas diferentes y tenemos diferentes puntos de vista. Y eso es bueno. Pero en Hainfeld, [el lugar donde se fundó el Partido Obrero Socialista Democrático de Austria en 1888] logramos ponernos de acuerdo sobre algunas ideas centrales y comunes. Y se fundó un partido para hacer valer estas ideas.

“La nueva clase trabajadora son todos aquellos que no tienen un acceso justo a la prosperidad. Esto también incluye a las pequeñas y medianas empresas. Aquí, podemos **definir una nueva línea de conflicto**”. (énfasis nuestro)

Observemos aquí que, en primer lugar, para Lercher, la base de la unidad no son los intereses de clase compartidos, sino las ideas. Y en segundo lugar, que para él las líneas de conflicto en la sociedad no están dadas objetivamente, sino que pueden “definirse”, ¡de modo que de repente los capitalistas “pequeños y medianos” también forman parte de la clase obrera!

Desde un punto de vista marxista, un trabajador checo y uno de Estiria tienen mucho en común: ambos realizan trabajo asalariado, son explotados por un capitalista y, por lo tanto, son objetivamente parte de la clase trabajadora. Sin embargo, si se asume que nuestras identidades se construyen a partir de historias apasionantes y emocionales, la conclusión lógica es que el capitalismo no puede ser derrocado por la lucha de clases contra los capitalistas, sino solo escribiendo nuevas historias.

Esta historia entonces se vuelve poderosa (‘hegemónica’) en la mente de la gente. Como escribe Mouffe:

“[Todo] orden existente es, por tanto, susceptible de ser desafiado por prácticas contra-hegemónicas, prácticas que intentan **des-articularlo** para instalar otra forma de hegemonía”.⁸ (énfasis nuestro)

Y Fritzsche coincide:

“Las narrativas no serán la forma más rápida de salir de las molestas condiciones actuales ... Una nueva narrativa de izquierda tendrá fisuras y huecos, pero a la larga, es la única salida del presente opresivo”.⁹

En verdad, esto significa un rechazo a la revolución, un rechazo a la ruptura con el sistema dominante. Los defensores de la narrativa de izquierda, Lercher, Herr & co., conscientemente o no, adoptan una postura decididamente no marxista. Mouffe es una antimarxista consciente. Ella escribe que “el mito del comunismo... tiene que ser abandonado”, alegando que ya había fracasado en la práctica debido a su supuesto reduccionismo de clase, es decir, que reduce todas las luchas a luchas de clases, mientras que Mouffe y sus compañeros consideran a la clase obrera simplemente como uno entre otros movimientos como el feminismo, el ambientalismo, el activismo LGBT, etc.

Afirma además: “siempre habrá antagonismos, luchas y opacidad parcial de lo social”. Con esto, simplemente quiere decir que la desigualdad, la opresión, etc. son inevitables y nunca podrán superarse por completo. Sobre esta base pesimista propone su “práctica antihegemónica”. Es una alternativa al comunismo; aunque admite que “nunca lograría una sociedad

plenamente liberada y el proyecto emancipatorio ya no podría concebirse como la eliminación del Estado".¹⁰ En su apéndice teórico, afirma rotundamente que su enfoque "excluye la posibilidad de una sociedad más allá de la división y el poder".¹¹ En resumen, detrás de su lenguaje complejo y radical, rechaza la revolución y abraza el reformismo. La idea de oponer luchas como las de las mujeres y las personas LGBT a la lucha de clases es precisamente un intento de un enfoque colaboracionista de clases. Es decir, unirse con sectores de la clase media y capitalista, para luchar por una forma de capitalismo "más justo".

Algunos de los defensores más atrevidos de la idea de una "narrativa de izquierda" pueden abordar el capitalismo, pero la idea de eliminarlo sigue siendo lo más alejado de sus mentes. "La crítica inteligente del capitalismo es apropiada, tenemos que abordar este tema", dice Lercher, y en la misma entrevista expresa sus puntos de vista de manera más precisa: "Lo que necesitamos es un mercado laboral en parte estatal que se ajuste al mercado y sea sin fines de lucro."¹²

Esta mezcla confusa de capitalismo con medidas de control tibias es como intentar que un tigre se vuelva vegetariano. Esto es más utópico que cualquier idea socialista de una economía nacionalizada y planificada, controlada por la clase obrera.

Podemos ver aquí con bastante claridad cómo la base filosófica de estas ideas conduce a la justificación de que el capitalismo mismo es intocable. Por eso es tan importante para los marxistas mantenerse sobre una firme base filosófica, desenmascarando las medias tintas reformistas, y contraponiéndoles una respuesta revolucionaria.

"CONVERTIRSE EN EL ESTADO"

La principal orientación de los defensores de la llamada "narrativa de izquierda" no es hacia la lucha de clases contra el capitalismo, sino hacia las reivindicaciones democráticas. "Tenemos que atrevernos a más democracia", escribe Lercher en su artículo, ¿Para qué necesitamos la socialdemocracia hoy? La entonces presidenta de los Jóvenes Socialistas de Austria, Julia Herr, dijo:

"La socialdemocracia en la década de 1970 luchó por democratizar el sistema económico y distribuir la riqueza ganada de manera justa. Luego, de alguna manera, en algún momento, simplemente perdimos la confianza".¹³

El laboratorio de ideas Institut Solidarische Moderne (ISM), estrechamente asociado con el Partido de la Izquierda alemán, explica que las cuestiones sociales "deben plantearse radicalmente, en un sentido aún por definir, como cuestiones de democracia". Según el ideólogo del ISM y miembro de la junta de la Fundación Rosa Luxemburg

*"El objetivo de una narrativa de izquierda, de un populismo de izquierda, es, por tanto, **construir una identidad colectiva diciéndole a la gente que tienen intereses compartidos y que las "élites" son su enemigo.**"*



del Partido de Izquierda, Thomas Seibert, la verdadera lucha es por la "verdadera" democracia.

Y Mouffe escribe:

"El problema con las sociedades democráticas modernas, en nuestra opinión, fue que sus principios constitutivos de 'libertad e igualdad para todos' no se pusieron en práctica... La 'democracia radical y plural' que propugnamos puede, por lo tanto, concebirse como una radicalización de las instituciones democráticas existentes"¹⁴

La perspectiva que se presenta aquí es una de... ¡el statu quo! La superestructura existente de las instituciones "democráticas", que se ha demostrado una y otra vez que están manipuladas a favor de la clase dominante, no debería abolirse, se nos dice, sino solo "mejorar". Mientras tanto, la verdadera causa de tal desigualdad y explotación, el capitalismo, ni siquiera se reconoce como tal.

Una línea divisoria crucial aquí es nuestra concepción del Estado y sus llamadas instituciones democráticas. Para los revolucionarios, la claridad sobre la naturaleza del Estado es vital. Es una cuestión de vida o muerte para un movimiento revolucionario. Hay una diferencia decisiva entre querer abolir el Estado mediante la revolución y creer que el Estado puede transformarse y modelarse en función de los intereses de los oprimidos. Este último punto de vista se traduce invariablemente en colaboración con el Estado existente y, por tanto, con los intereses de clase a los que sirve.

Comparemos entonces una comprensión marxista del Estado con la de los

defensores de las "narrativas de izquierda". Mouffe y los otros "narradores de izquierda" entienden el Estado en los siguientes términos:

"... una cristalización de las relaciones de fuerzas y como terreno de lucha. ... Concebidos como una superficie para intervenciones agonísticas, estos espacios públicos pueden proporcionar el terreno para importantes avances democráticos. Por eso, una estrategia hegemónica debe comprometerse con los diversos aparatos estatales para transformarlos, de modo que el Estado sea un vehículo de expresión de las múltiples demandas democráticas. ... En cierto sentido, tanto la política revolucionaria como la hegemónica pueden denominarse "radicales", ya que implican una forma de ruptura con el orden hegemónico existente. Sin embargo, esta ruptura no es de la misma naturaleza y no es apropiado ponerlos en la misma categoría, etiquetados de 'extrema izquierda', como suele ser el caso. Contrariamente a lo que se suele afirmar, la estrategia populista de izquierda no es un avatar de la 'extrema izquierda' sino una forma diferente de concebir la ruptura con el neoliberalismo a través de la recuperación y radicalización de la democracia".¹⁵

Como vemos, Mouffe es muy clara al diferenciar entre un enfoque "revolucionario" y su propio enfoque, al que ella llama "hegemónico". Para ella, el Estado es una red de instituciones y "funciones" que no corresponden a un interés común. Por tanto, hay espacio para que el populismo de izquierda los influya, los transforme y los cambie.

Para los marxistas, por el contrario, el Estado no es un terreno neutral de lucha,

“Los revolucionarios, en cambio, ven la actividad de las masas como el elemento clave para superar estos límites y cambiar la sociedad. Los parlamentos y las elecciones son solo un elemento útil para fortalecer y fomentar su actividad.”



Imagen: Hossam el-Hamalawy, Flickr

sino un instrumento de la clase dominante que necesita ser aplastado y sustituido por un estado obrero. Habiendo suprimido el viejo orden capitalista y despejado el terreno para una sociedad comunista sin clases, *este Estado obrero se debilitará a medida que las clases en la sociedad también desaparezcan*. Teóricos posmodernos como Mouffe ridiculizan este punto de vista por ser “demasiado simplista”. Pero al analizar el surgimiento histórico del Estado y el propósito para el que se desarrollaron los estados, podemos decir con absoluta confianza que esta definición capta la esencia de lo que es el Estado.

Marx y Engels explicaron cómo apareció históricamente el Estado con el surgimiento de la sociedad de clases. La sociedad de clases surgió cuando la humanidad desarrolló las fuerzas productivas necesarias para producir más de lo que necesitaban para su supervivencia inmediata. Por primera vez en la historia, una pequeña capa de la sociedad no tenía que trabajar de la misma manera que antes. Pero la producción no era lo suficientemente avanzada para que toda la sociedad disfrutara de este privilegio. Esto creó las condiciones para las clases sociales. Surgieron clases dominantes que poseen los medios de producción y clases oprimidas que son explotadas y producen la riqueza de la que se apropia la clase dominante.

Sin embargo, estos intereses de clase antagonicos deben ser gestionados. Hay que hacer creer a los oprimidos que el orden actual de las cosas es intocable y quien se atreva a cuestionarlo debe ser

castigado. Al mismo tiempo, se debe evitar que los propios opresores se consuman a sí mismos mediante la guerra perpetua entre ellos. El Estado nació precisamente con ese propósito. Engels explicó:

*“Pero a fin de que estos antagonismos, estas clases con intereses económicos en pugna no se devoren a sí mismas y no consuman a la sociedad en una lucha estéril, se hace necesario un poder situado aparentemente por encima de la sociedad y llamado a amortiguar el choque, a mantenerlo en los límites del ‘orden’. Y ese poder, nacido de la sociedad, pero que se pone por encima de ella y se divorcia de ella más y más, es el Estado”.*¹⁶

En última instancia, el Estado es, por tanto, un órgano de opresión formado por cuerpos especiales de hombres armados (militares y policías), cárceles, juzgados, etc., que *parece* estar por encima de la sociedad pero que defiende fundamentalmente el sistema económico que le dio origen. Con el surgimiento de la burguesía como clase dominante y el capitalismo como modo de producción dominante a escala mundial, la burguesía también creó su propio Estado.

La “democracia liberal” que defiende Mouffe es producto de *revoluciones* que se llevaron a cabo en interés de la propia burguesía. Creer, como lo hacen ella y los otros “narradores de izquierda”, que esta forma de Estado es la definitiva, mejor y última institución que existirá, y que por lo tanto no debe ser tocada, es adoptar una visión completamente ahistórica. También significa defender el instrumento de la clase dominante actual: los capitalistas.

Por supuesto, el hecho de que el Estado es un instrumento de opresión de la clase dominante no siempre es claramente visible. Su verdadero carácter está conscientemente enmascarado por los capitalistas. Sería imposible, por no mencionar ineficaz, que los capitalistas gobernaran solo por la fuerza y la represión. Los oprimidos son la mayoría en la sociedad. Si la mayoría de los oprimidos entendiera este hecho, la sociedad capitalista se enfrentaría a su derrocamiento.

En tiempos normales, en la medida en que pueden permitírselo, la clase dominante intenta mantener una demostración de justicia, de “igualdad de oportunidades”, etc. Por lo tanto, los capitalistas generalmente prefieren Estados que tengan elecciones libres, que garanticen cierta libertad de prensa, varios partidos políticos, etc. Estos estados también permiten cierto margen de maniobra. Pero bajo ninguna circunstancia la clase dominante permitirá que se cuestione su papel fundamental como propietarios de los medios de producción. El Estado está ahí precisamente para defender este papel.

No es de extrañar que, literalmente, el único derecho consagrado en la Declaración Universal de Derechos Humanos de la ONU que no es constantemente ignorado y quebrantado, sino más bien protegido cuidadosamente con toda la fuerza de la ley, sea el artículo 17: “toda persona tiene derecho a poseer propiedad” y “nadie será privado arbitrariamente de su propiedad”. En última instancia, este es precisamente el propósito del Estado, sus leyes y todo el sistema de justicia. Esta es también la razón por la que los marxistas explican que el Estado burgués debe ser aplastado mediante la revolución. Está fundamentalmente vinculado a la burguesía y su dominio como clase.

Desde un punto de vista marxista, reconocemos la democracia como un régimen político, una superestructura política que se eleva sobre el sistema capitalista. El capitalismo produce diferentes tipos de regímenes: democrático-burgueses y dictaduras. Sin embargo, son todos variedades de estados capitalistas, conectados a través de mil hilos a la burguesía. Fue por una buena razón que Marx y Engels escribieron en el *Manifiesto Comunista*:

*“El ejecutivo del Estado moderno no es más que un comité para administrar los asuntos comunes de toda la burguesía”.*¹⁷

Por supuesto, la *forma* de un régimen, cómo se manifiesta concretamente el aparato estatal, ciertamente determina el alcance de nuestras libertades y los derechos que tienen las personas. Es por eso que la lucha por reivindicaciones democráticas como ‘una persona, un voto’ ha jugado un papel tan importante en la historia del movimiento revolucionario. Los marxistas avanzan y apoyan

consistentemente las reivindicaciones democráticas, que pueden movilizar a la gran mayoría de la sociedad contra la clase dominante y forjar la unidad de los oprimidos y explotados, facilitando así las mejores condiciones para el desarrollo de la lucha de clases.

Y los marxistas no ignoran ni menosprecian las elecciones democráticas. Pueden servir como un indicador importante del estado de ánimo en la sociedad, y la participación en ellas puede usarse como un medio en la lucha de clases. Pero las contradicciones centrales del capitalismo: la explotación de la clase trabajadora por parte de los capitalistas; las constantes crisis y guerras, continúan existiendo bajo todo tipo de régimen burgués, por democrático que sea. Esta es precisamente la razón por la que “libertad e igualdad para todos” *no se puede* implementar dentro del capitalismo.

Para los revolucionarios, las elecciones y la representación parlamentaria se pueden utilizar para presentar ideas políticas revolucionarias a una audiencia masiva. También se pueden utilizar para desmascarar la hipocresía de la clase capitalista y sus instituciones. Por ejemplo, si los revolucionarios en el parlamento exigieran que se estableciera una verdadera igualdad y justicia social expropiando la gran industria y los bancos, es decir, desafiando la propiedad de los capitalistas sobre los medios de producción, la clase dominante utilizaría todos los medios a su alcance para contrarrestar esta exigencia.

Si es necesario, como mostraremos a continuación, ignorarán la “democracia” y la mayoría parlamentaria, y olvidarán todas sus habladurías pasadas sobre la “libertad” para salvar el capitalismo. Si los revolucionarios simplemente se detuvieran allí, levantando las manos y diciendo: “bueno, no hay nada que podamos hacer al respecto, simplemente no hemos ganado la batalla hegemónica dentro del Estado todavía”, no serían revolucionarios en absoluto. Serían reformistas. Pero esto es exactamente lo que sugieren los “narradores de izquierda”. Aceptando el límite del sistema económico (capitalismo) y su superestructura política (democracia burguesa), *no pueden ir más allá*.

Los revolucionarios, en cambio, ven la actividad de las masas como el elemento clave para superar estos límites y cambiar la sociedad. Los parlamentos y las elecciones son solo un elemento útil para fortalecer y fomentar su actividad. Lenin señaló que “muchas, si no todas, las revoluciones muestran la gran utilidad de una combinación de acción de masas fuera de un parlamento reaccionario con una oposición que simpatiza con (o, mejor aún, apoya directamente) la revolución dentro de él”. Al mismo tiempo, explica: “[La acción] de las masas, una gran huelga, por ejemplo, es más importante que la actividad

parlamentaria en todo momento, y no solo durante una revolución o en una situación revolucionaria”.¹⁸

La visión de los marxistas del Estado se puede resumir de la siguiente manera: es un instrumento de opresión de la clase dominante. Debe ser abolido y reemplazado por un estado obrero. Después de una revolución socialista exitosa, eventualmente todas las formas de Estado desaparecerán, junto con las clases. Pero esto no significa que consideremos innecesarios los derechos y las libertades democráticas aquí y ahora. Al contrario, luchamos por estas libertades y las utilizamos. Pero al mismo tiempo, no nos hacemos *ninguna* ilusión de que la democracia pueda resolver la causa fundamental de la opresión, la pobreza y la desigualdad. Esto solo se puede lograr aboliendo el capitalismo.

Los teóricos de la “narrativa de izquierda” rechazan decididamente la teoría marxista del Estado y centran sus principales argumentos en cambio en la cuestión de la democracia. Según ellos: “*está claro que no existe una relación necesaria entre capitalismo y democracia liberal. Es lamentable que el marxismo haya contribuido a esta confusión al presentar la democracia liberal como la superestructura del capitalismo*”.¹⁹

La “lamentable confusión” reside, de hecho, enteramente en estos filósofos del lenguaje. Para ellos, los Estados son solo construcciones “discursivas”, instituciones que pueden ser cambiadas por “nuevas narrativas”. El Estado, dicen, es un “terreno de lucha”. Y para “re-articular” este “terreno” presumiblemente neutral e independiente de la clase, uno tiene que convertirse en parte de él. “*El objetivo no es la toma del poder estatal*”, nos dicen, “*sino el de ‘convertirse’ en [el] Estado*”.²⁰ (énfasis nuestro)

Una vez más es evidente *por qué* esta teoría es tan popular entre los reformistas. Convertirse en parte del aparato estatal, preferiblemente con la menor interferencia posible de las masas, es la razón de ser de los reformistas. En el “terreno de lucha” representado por el aparato estatal, el objetivo pasa a ser el de formar una alianza en igualdad de condiciones con los capitalistas para llegar a un acuerdo sobre mejoras para los votantes.

Max Lercher lo describe de la siguiente manera: “*La socialdemocracia debe mostrar al capital su lugar y domesticar los mercados. ... Tengo en mente un estado de bienestar social que distribuya la prosperidad de manera justa y deje cierto margen de maniobra*”.

¡Pero cuidado! En la confrontación con el enemigo de clase (un término que ellos no usarían) es importante “*que el conflicto cuando surja no tome la forma de un ‘antagonismo’ (lucha entre enemigos)*”, en cambio, “*el oponente no es considerado un enemigo a ser destruido, sino un adversario cuya existencia se percibe como legítima*”.²¹

Esto no es más que “colaboración social” y equilibrio entre los intereses de clase, traducidos al lenguaje académico. Si fuera posible lograr reformas y mejoras constantes a través del “trabajo paciente y pacífico sobre un nuevo paradigma” (cf. Fritzsche), la mayoría de la clase obrera ciertamente no tendría nada en contra.

Sin embargo, el problema es que el capitalismo, debido a sus propias contradicciones, es arrojado repetidamente a las crisis. La brutal austeridad de los “malvados” neoliberales no surge de un impulso repentino de su parte para infligir sufrimiento humano. Es el resultado de las presiones del sistema capitalista, en el que un aumento de las ganancias (y este es, después de todo, el único propósito de los capitalistas) solo es posible gracias a ataques más duros e intensificados contra la clase trabajadora.

No se trata, como dice Herr, de que la socialdemocracia haya “perdido la confianza” repentinamente desde la década de 1970. El reformismo se ha topado con los límites objetivos del capitalismo. Hoy en día, simplemente no hay margen para reformas duraderas y significativas dentro del capitalismo.

LA RESPONSABILIDAD DE LA DIRECCIÓN

Las masas griegas ya han vivido para ver la dolorosa realidad de los límites del reformismo. En respuesta a la crisis que golpeó al país con especial dureza después de 2012, las masas se involucraron en luchas feroces durante varios años. Primero, hubo ocupaciones masivas en plazas públicas. Luego, la clase obrera se lanzó a la lucha y dirigió numerosas huelgas y huelgas generales. Cuando todo esto no dio resultados (sobre todo por el papel obstructivo de la dirección sindical), las masas griegas expresaron su rabia a través de las urnas votando por el partido de izquierda, SYRIZA, que se presentaba con un programa anti-austeridad.

Sin embargo, en un corto período de tiempo, el dirigente de SYRIZA, Alexis Tsipras, subordinó el país a la dictadura de la UE y la austeridad impuesta por el FMI. Esto fue una traición abierta al resultado del referéndum de julio de 2015 que rechazó abrumadoramente los términos impuestos por la Troika para un rescate, con un 61 por ciento votando “No”. Esto significó la destrucción del nivel de vida de las masas. Contra la voluntad del pueblo griego, el capitalismo y sus fieles representantes en la UE impulsaron su agenda.

¿Qué tienen que decir los “populistas de izquierda” sobre esta derrota?

“*La lucha de SYRIZA se perdió porque solo una resistencia de proporciones significativas en los países centrales de la zona euro podría haber apalancado las ideas de SYRIZA. Solo de esta manera, podrían haber logrado un*

gran avance y transformar la crisis económica y política de Grecia en una crisis de toda la UE".²²

Y: "Desafortunadamente, SYRIZA no ha podido implementar su programa anti-austeridad debido a la brutal respuesta de la Unión Europea que reaccionó con un 'golpe financiero' y obligó al partido a aceptar los dictados de la Troika".²³

La "respuesta brutal" de la UE no era una sorpresa en absoluto. Sin embargo, Tsipras todavía pasó meses reuniéndose con el Papa y con importantes jefes de gobiernos europeos para ganarlos 'discursivamente' a su lado. Cuando no pudo "convencerles", procedió a capitular ante la Troika, traicionando las expectativas de la gran mayoría del pueblo griego que se movilizaba en apoyo del programa antiausteridad de SYRIZA. Los camaradas griegos de la Corriente Marxista Internacional, que formaban parte del comité central de SYRIZA en ese momento, escribieron lo siguiente inmediatamente después de las elecciones:

"¡Ninguna ilusión en la negociación con el capital europeo y sus instituciones! Nuestros oponentes son los intereses capitalistas, locales y extranjeros, que se esconden detrás de la troika y no sus empleados tecnócratas. ¡Nuestro único verdadero aliado es la clase trabajadora europea! ¡SYRIZA debe convocar a un programa europeo de acción masiva para hacer de Europa una gran 'Puerta del Sol'! [Una referencia al movimiento de los indignados que estalló en España en 2011-12]"²⁴

Sugirieron una serie de medidas para Grecia, como la cancelación de la deuda estatal y la nacionalización de los bancos, medidas que iban al meollo del asunto: romper con el capitalismo o someterse a la voluntad de la Troika.

La afirmación de que todo tipo de factores "desafortunados" son los culpables de la derrota de SYRIZA, todo menos la dirección del partido en sí, de hecho, es típica del reformismo. En situaciones políticas críticas, el papel de la dirección es decisivo. Los dirigentes tienen el oído de las masas y la autoridad para proponer y organizar los próximos pasos correctos. Después de la derrota de un movimiento de masas, es de vital importancia estudiar de cerca el papel de la dirección. ¿Tenía las ideas correctas? ¿Por qué no se atrevieron a dar los pasos necesarios? Si ignoramos estas preguntas, estamos encubriendo a los malos dirigentes y disfrazando el papel que jugaron en la derrota. El resultado es echar la culpa de las derrotas a las propias masas combatientes.

Fritzsche, por ejemplo, tiene lo siguiente que decir sobre los fracasos no solo del movimiento de los chalecos amarillos en Francia y del movimiento 'Occupy', sino incluso de la Primavera Árabe:

"[Fracasaron] porque las personas potencialmente interesadas pensaban que eran demasiado académicos, o porque pensaban que [sus] tiendas eran bonitas, pero que el capitalismo era de alguna manera mejor. Porque los ocupantes de las plazas se rindieron para volver a sus trabajos, o porque ocuparon lugares donde no molestaban a nadie. Y al final también, porque si eran disruptivos, la policía y los militares los echaban de las plazas, los golpeaban y los encarcelaban".²⁵

Esto es puro cinismo. Las masas en países como Egipto o Túnez arriesgaron literalmente sus vidas, superaron las divisiones sectarias y estuvieron dispuestas a darlo todo para lograr la libertad. Observemos también que el movimiento de los chalecos amarillos no solo logró su objetivo inicial de derrotar el aumento regresivo del impuesto al combustible de Macrón, sino que los trabajadores y los jóvenes involucrados aprendieron más sobre el papel del Estado y la "democracia" burguesa a través del movimiento de lo que hubieran podido deducir de todos los libros sobre "narrativa de izquierda" juntos. La línea de argumentación de Fritzsche es extremadamente conveniente para los políticos que no quieren enfrentarse a los capitalistas. Es muy reconfortante para aquellos que desean buscar excusas para su propia inacción y vacilación traidoras culpando a la "falta de hegemonía en la sociedad".

PRÁCTICA REVOLUCIONARIA

El concepto de narrativa de izquierda es un buen ejemplo de la conexión entre las ideas filosóficas y la práctica política. La "narrativa" aparentemente radical de las figuras discutidas aquí es en realidad una tapadera para políticas reformistas que no representan ninguna amenaza para el capitalismo. Como este concepto asume que no hay realidad fuera de la narración, la "narrativa de la izquierda" lleva justamente a hablar mucho, y poco más.

Los defensores de la necesidad de una nueva "narrativa de izquierda" quieren "hablar sobre" los problemas de los explotados y oprimidos y conseguir votos para los partidos reformistas, pero al fin y al cabo tienen pocas sugerencias o reivindicaciones concretas. Las pocas reivindicaciones que plantean se limitan a cuestiones exclusivamente democráticas o constituyen poco más que piadosas esperanzas de un estado de bienestar social. Estas no son necesariamente erróneas en sí mismas, pero no hay ningún énfasis en la necesidad de la lucha de clases contra los capitalistas para lograrlas. Cuando estas demandas dócilmente redactadas se estrellan ante la oposición real de la clase dominante, como vimos tan claramente con SYRIZA, se hace recaer la responsabilidad sobre los hombros de las masas; o

bien, se culpa a la "hegemonía del neoliberalismo" por el resultado.

Que los defensores de la "narrativa de izquierda" promuevan conscientemente las premisas filosóficas de su teoría (como lo hace Mouffe), o si inconscientemente recogen este concepto como útil para justificar sus propias (in)acciones, es irrelevante. La tarea de los revolucionarios es desenmascarar tales ideas y la práctica que emana de ellas, y contraponer soluciones reales a la miseria del capitalismo. Por este motivo los marxistas damos tanta importancia a las cuestiones filosóficas.

En última instancia, las ideas son una expresión de los intereses de clase en la sociedad y una guía para la acción. Debemos preguntarnos: ¿ciertas ideas ayudan a la clase dominante, arrojan polvo a los ojos de los trabajadores y activistas de izquierda? ¿O nos ayudan a cambiar la sociedad?

Afrontemos la realidad con los ojos abiertos. Luchemos por un mundo sin explotación y opresión, por un derrocamiento revolucionario del capitalismo.

1 Jörg Schindler, "Warum der Klimawandel ein linkes Thema ist", *Die Linke*, 9 de julio de 2019.

2 Katja Kipping y Bernd Riexinger, "Wir brauchen einen linken Populismus", entrevista de Ingo Stützle y Jan Ole Arps, *Analyse & Kritik*, 21 de septiembre de 2012.

3 "About us", Transform Europe, consultado el 3 de junio de 2021.

4 Chantal Mouffe, *For a Left Populism*, (Londres y Nueva York: Verso, 2018), pág.12.

5 *Ibid.*, Pág. 35.

6 *Ibid.*, Pág. 13.

7 Julia Fritzsche, *Tiefrot und Radikal Bunt: Für eine neue linke Erzählung*, (Hamburgo: Edition Nautilus, 2019), pág.20.

8 Mouffe, *For a Left Populism*, pág.49.

9 Fritzsche, *Tiefrot und Radikal Bunt*, págs. 177-8.

10 Mouffe, *For a Left Populism*, pág. 9.

11 *Ibid.*, Pág. 49.

12 Max Lercher, "Wir müssen ein System zerschlagen", entrevista de Florian Gasser, *Zeit*, 10 de octubre de 2019.

13 Julia Herr y Josef Cap, "Julia Herr und Josef Cap über die Defizite der Sozialdemokratie", entrevista de Rosemarie Schwaiger, *Profil*, 25 de septiembre de 2019.

14 Mouffe, *For a Left Populism*, pág. 27.

15 *Ibid.*, Pág. 30-1.

16 Frederick Engels, *The Origin of the Family, Private Property and the State*, (Londres: Wellred Books, 2020).

17 Karl Marx y Frederick Engels, "The Communist Manifesto", en *The Classics of Marxism: Volume One*, (Londres: Wellred Books, 2013), pág. 5.

18 Vladimir Lenin, "'Left-Wing' Communism: an Infantile Disorder" in *The Classics of Marxism: Volume Two*, (Londres: Wellred Books, 2015).

19 Mouffe, *For a Left Populism*, pág. 31.

20 *Ibid.*

21 Mouffe, *For a Left Populism*, pág. 51.

22 Thomas Seibert, "Erste Notizen zum Plan A einer neuen Linken (nicht nur) in Deutschland", *Marxistische Linke*, 8 de diciembre de 2015.

23 Mouffe, *For a Left Populism*, pág. 17.

24 Communist Tendency of Syriza, "The ruling class is terrified of 'the virus' of SYRIZA - Time to move forward!", *In Defence of Marxism*, 9 de febrero, 2015.

25 Fritzsche, *Tiefrot und Radikal Bunt*, pág.25.

LA HISTORIA DE LA FILOSOFÍA

DESDE UN PUNTO DE VISTA MARXISTA

POR ALAN WOODS



El libro de Alan Woods sobre la *Historia de la Filosofía* es una mirada única al desarrollo del pensamiento filosófico desde los antiguos griegos, a través del Renacimiento y más allá, hasta la aparición final del materialismo dialéctico, la perspectiva filosófica del marxismo, todo desde un punto de vista abiertamente marxista.

A medida que la sociedad ha ido evolucionando, la ciencia ha hecho avanzar el conocimiento humano. A medida que ese acervo de conocimientos ha ido creciendo, ha quedado muy claro que el enfoque filosófico que adoptamos puede ayudarnos a lograr una mayor claridad y comprensión, o bien puede ofuscar la realidad.

La filosofía en el verdadero sentido de la palabra realmente comenzó con los griegos. Fue un intento de liberarse de la superstición y el mito que se habían apoderado de las mentes de los seres humanos primitivos y de entender el mundo como realmente es.

Desde esa época, los filósofos se han dividido en aproximadamente dos campos. Por un lado, estaban los materialistas. Los primeros filósofos griegos se adhirieron a esta perspectiva. El materialismo toma como punto de partida la visión de que existe una realidad material independiente de la mente humana: una realidad que puede ser conocida y analizada. Más tarde surgieron los que se adhieren, por el contrario, a una perspectiva idealista. Ellos veían el mundo material como irreal y sólo como un producto de la mente —en última instancia, la mente de Dios— que da existencia a todo lo demás.

En su libro, Alan Woods analiza las diferentes corrientes dentro de las tendencias materialistas e idealistas. Los antiguos materialistas griegos hicieron algunos descubrimientos sorprendentes gracias a su enfoque filosófico: desde la idea de que toda la materia está formada por átomos, hasta el hecho de que el mundo es un globo terráqueo, que nuestro planeta orbita alrededor del sol, etc.

Todo este conocimiento se perdió y se olvidó tras el colapso de las civilizaciones antiguas. En la época medieval, Europa avanzó muy poco bajo la dominación de la Iglesia Católica y el idealismo extremo que predicaba.

Durante este período, las ideas mucho más avanzadas de los materialistas griegos antiguos se conservaron en el mundo islámico, de donde más tarde resurgieron de nuevo, proporcionando las ideas que contribuyeron a un renacimiento en Europa. Con el Renacimiento y más tarde la Ilustración, hubo una ruptura con el misticismo, y un retorno a una perspectiva genuinamente científica, que permitió un inmenso progreso en la ciencia y la técnica.

Este libro también explica el desarrollo del enfoque dialéctico de la realidad. La dialéctica explica que el mundo está en constante cambio y movimiento. Este fue un punto de vista ya presente entre algunos de los filósofos griegos antiguos, más tarde resurgiendo en las obras de Hegel. Se convertiría en un elemento clave en el desarrollo del marxismo.

El problema con Hegel era su enfoque idealista. Para él, la dialéctica aparecía como una característica del pensamiento humano. Finalmente, fue con Marx y Engels que se llegó a la conclusión de que el desarrollo dialéctico es una característica fundamental de la materia. La dialéctica se combinó así con el materialismo —que hasta entonces tenía un enfoque mecánico, estático, de entender la realidad— produciendo lo que se conoce como “materialismo dialéctico”: la filosofía del marxismo.

El libro explica cómo más de 2.000 años de pensamiento humano de diversas escuelas filosóficas finalmente produjeron la perspectiva marxista. Marx y Engels tomaron lo mejor de las obras de generaciones pasadas de grandes pensadores, produciendo un método que nos permite ver cómo eran las cosas, cómo se han transformado y cómo es más probable que se desarrollen en el futuro.

Hasta la época de Marx y Engels, la historia de la filosofía representaba una búsqueda genuina de un enfoque científico y racional para el desarrollo de la comprensión humana. Desde los días de Marx y Engels, la filosofía burguesa ha dedicado todas sus energías a negar las conclusiones finales de miles de años de pensamiento humano. Esto implica inevitablemente una negación del pensamiento racional y su reemplazo por un pensamiento no científico.

Así se explica la aparición del ‘posmodernismo’. Los partidarios de esta supuesta filosofía tratan de presentarla como algo nuevo. En realidad, simplemente contiene un refrito de todas las viejas ideas del campo idealista. Un enfoque genuinamente científico del desarrollo de la sociedad conduce inevitablemente a la conclusión de que el capitalismo no es el objetivo final de la historia, sino simplemente una fase que debe dar paso a una forma superior, el socialismo. Por esta razón, toda la filosofía burguesa de los últimos días se dedica a negar el pensamiento racional. Es esto lo que explica el crecimiento de la escuela del posmodernismo, con todas sus variantes como el postestructuralismo, el poscolonialismo, la teoría queer y toda una serie de supuestas teorías basadas en la política de identidad.

Desesperado por disfrazar su contenido real y por parecer original —que no lo es—, utiliza todo tipo de lenguaje incomprensible, enrevesado e intencionalmente ambiguo. En realidad, el posmodernismo es una filosofía burguesa que refleja el callejón sin salida del propio sistema capitalista. Al tratar de justificar su propia existencia, la burguesía de hoy se ve obligada a abandonar la perspectiva filosófica de su propio pasado revolucionario, volviéndose en contra de las mejores tradiciones de la Ilustración.

[La edición española saldrá después de la edición inglesa del libro, prevista para setiembre 2021]

Fred Weston

CUANDO LOS COMUNISTAS GOBERNARON BAVIERA

En noviembre de 1918, la revolución estalló en Alemania. En la primavera de 1919, la clase trabajadora logró tomar el poder y declarar una República Soviética en Baviera. En su breve y heroica vida, la república tuvo que luchar no solo contra la contrarrevolución abierta, sino también contra los resultados de su propia inexperiencia. Sin embargo, como explica **Florian Keller**, de la Corriente Marxista Internacional en Austria, estos acontecimientos representan uno de los episodios más inspiradores de la Revolución Alemana de 1918-1923. Las lecciones que se pueden extraer no tienen precio para los revolucionarios de hoy.



En noviembre de 1918, después de años de derramamiento de sangre y miseria durante la llamada “Gran Guerra”, los trabajadores y soldados alemanes habían llegado al límite de lo que podían soportar. Un levantamiento de los marineros en la ciudad portuaria de Kiel, en el norte del país, provocó un levantamiento generalizado que se extendió por Alemania. El 9 de noviembre, las masas habían derrocado al

odiado Káiser y el capitalismo alemán fue sacudido hasta la médula. La “Revolución de noviembre” era un hecho. Estos acontecimientos prepararon el escenario para la toma del poder por parte de los trabajadores del estado sureño de Baviera cinco meses después.

LA REVOLUCIÓN EN BAVIERA

Días antes de que la revolución se apoderara de Berlín, se extendió por Baviera.

La clase dominante ya estaba nerviosa. Contaba con los líderes del SPD (Partido Socialdemócrata de Alemania) para frenar a la clase obrera. El 6 de noviembre, en una reunión del último ministerio designado por el rey de Baviera, hablando sobre una manifestación planificada que desencadenaría la revolución, el diputado socialdemócrata, Erhard Auer, envió un mensaje tranquilizador a los ministros burgueses: “No presten mucha atención

a [Kurt] Eisner: *Eisner está acabado. Pueden contar con eso. Tenemos control sobre nuestra gente. Yo mismo me uniré a la demostración. No pasará nada en absoluto.*"⁷¹

Los acontecimientos, sin embargo, dieron una sorpresa a Auer, el SPD y la clase dominante. Al día siguiente, la monarquía bávara fue derrocada y Kurt Eisner, dirigente del centrista USPD (Partido Socialdemócrata Independiente), se convirtió en el primer jefe de gobierno republicano en Baviera.

El 7 de noviembre, cientos de miles de personas, la mayoría trabajadores, respondieron a los llamamientos del SPD y del USPD para marchar en la Theresienwiese de Munich por "paz y libertad". Una sección de los trabajadores reunidos fue conducida a la ciudad detrás de una banda de música, dirigida por el propio Auer. Esta marcha fue en gran parte simbólica, diseñada por los líderes del SPD para desactivar el creciente estado de ánimo revolucionario y, en consecuencia, se disolvió poco después.

Sin embargo, Eisner se dirigió a otra sección de obreros. Hablando a decenas de miles de ellos, exigió una paz inmediata, la jornada laboral de ocho horas, ayudas para los trabajadores desempleados y la abdicación del rey de Baviera, Luis III, y del emperador alemán, Káiser Wilhelm II. También pidió la formación de consejos de obreros y soldados, antes de marchar con una parte de la multitud a los cuarteles del ejército.

Los soldados cansados de la guerra se unieron con entusiasmo al movimiento *en masa* y los trabajadores se armaron. Los presos políticos fueron liberados por los revolucionarios que ocuparon puntos estratégicos de la ciudad. Se fundó un consejo de obreros y soldados y Eisner fue elegido presidente. Más o menos al mismo tiempo, el rey Luis huyó de noche a su finca cerca de Chiemsee. Unos días después abdicó. En tan solo unas horas, la revolución había puesto fin a 738 años de reinado de la dinastía Wittelsbach sobre Baviera.

En toda Alemania, la vieja monarquía había sido derrumbada por el movimiento revolucionario de las masas. La pregunta era: ¿qué lo reemplazaría? La respuesta no era del todo clara. La Revolución Rusa, en la que los trabajadores habían tomado el poder a través de los soviets ("soviet" es la palabra rusa para "consejo" o "comité"), fue un ejemplo impresionante para las masas de Baviera y de toda Alemania. Los trabajadores alemanes también organizaron consejos de obreros y soldados (*Arbeiter- und Soldatenräte*), que eran equivalentes a sus homólogos rusos. De hecho, mientras que el régimen de poder obrero establecido más tarde en Baviera se denomina en alemán "Bayerische Räterepublik" [República de los Consejos

de Baviera], en español se traduce como "República Soviética de Baviera". Y eso es precisamente lo que eran los *Arbeiterräte*: soviets.

En Baviera, en mayor medida que en cualquier otro lugar de Alemania, también se formaron consejos de campesinos. Esto freflejaba la profundidad con la que la revolución llegó a la sociedad bávara, aunque también le debía mucho al liderazgo de los dos hermanos Gandorfer, líderes del ala izquierda de la Unión Campesina de Baviera (Bayerischer Bauernbund, BBB). En diciembre de 1918, ya había alrededor de 7.000 consejos activos en Baviera, muchos de los cuales eran responsables de organizar la vida pública.

En ese momento, el impulso estaba claramente del lado de las masas. En Nuremberg, Augsburg, Rosenheim, Passau y Bayreuth, como en Munich, los edificios oficiales fueron ocupados por trabajadores y soldados revolucionarios. Los presos políticos fueron liberados. Sólo en Ratisbona, por miedo a las masas revolucionarias, el propio alcalde tomó la iniciativa de convocar al ayuntamiento a los representantes de los partidos burgueses, la socialdemocracia y los sindicatos para formar un 'comité de orden' conjunto.

Sin embargo, junto a estos consejos, las viejas estructuras estatales, que representaban los intereses de la burguesía, permanecieron intactas. Se trataba esencialmente de una situación de doble poder, similar al período posterior a la revolución de febrero en Rusia de 1917, donde el poder organizado de la clase obrera coexistió temporalmente con el de la burguesía. Tal situación no podría durar indefinidamente. Tarde o temprano, una clase tendría que salir victoriosa.

EL PAPEL DEL SPD Y DEL USPD

Tras la conmoción inicial, las viejas élites —los capitalistas, aristócratas y generales— en Baviera, como en el resto de Alemania, miraron a su alrededor y se dieron cuenta de que habían perdido el control sobre la situación. No podían chocar de frente con las masas obreras en este momento. Por lo tanto, tenían que basarse ante todo en los dirigentes del SPD para garantizar "la paz y el orden".

El SPD era uno de los dos principales partidos de la clase obrera en Alemania en este momento, siendo el otro el USPD (Partido Socialdemócrata Independiente), que se había separado del primero durante la guerra. Antes de la guerra, el SPD había prometido en repetidas ocasiones oponerse a cualquier conflicto imperialista. Sin embargo, al estallar la guerra, dio un giro de 180 grados y apoyó plenamente los objetivos bélicos del imperialismo alemán.

A medida que se desarrolló la guerra, creció la oposición de izquierda hacia la

línea oficial. Una parte de los parlamentarios del SPD se vieron obligados por la presión desde abajo a oponerse a la guerra desde una postura pacifista. Expulsados del partido, formaron el USPD en 1917.

Aunque los obreros que formaban la base del USPD avanzaban en una dirección revolucionaria, la dirección del partido vacilaba constantemente entre el reformismo y la revolución.

Con el estallido de la Revolución de noviembre, el SPD buscó conscientemente sofocar la revolución. Cuando la revolución llegó a Berlín, el líder del SPD, Philipp Scheidemann, se sintió obligado a declarar la república, pero solo lo hizo para tomar el control sobre la dirección del movimiento.

En Baviera, dirigido por Erhard Auer y otros, el SPD desempeñó el mismo papel. Las masas habían entrado en escena y ni el aparato estatal ni los líderes de la socialdemocracia pudieron oponerles resistencia. Los dirigentes del SPD habían perdido gran parte de su autoridad entre los trabajadores. El 8 de noviembre, al día siguiente de la revolución, el propio Auer describió en el *Münchner Post* cómo la dirección de los socialdemócratas no había querido una revolución, ni siquiera una dirigida contra la monarquía:

*"Bajo la presión de la terrible angustia de la patria alemana, sin nuestra participación, la manifestación de ayer se convirtió en un acto de voluntad política que ahora todos los sectores de la población deben tener en cuenta."*⁷²

Pero la revolución era ahora un hecho establecido. Se estaban formando consejos de obreros y soldados en toda la región y la burguesía estaba a la defensiva. La dirección del SPD cambió rápidamente de rumbo y se puso una careta pro-revolucionaria. Hacer lo contrario habría significado perder completamente su influencia sobre la clase trabajadora. En lugar de eso, los líderes del SPD intentaron arrebatar el control de los consejos recién formados y ponerlo en sus propias manos. En general, inicialmente tuvieron éxito, especialmente fuera de Munich.

En la propia Munich, sin embargo, el consejo de obreros y soldados, conocido como el Consejo Obrero Revolucionario (Revolutionärer Arbeiterrat, RAR), resultó ser un semillero de la izquierda. En representación de la clase trabajadora de Munich, el RAR se convirtió en el consejo más importante de Baviera y, sobre esta base, hizo un llamado a la formación de un consejo central de delegados de toda la región.

Eisner fue elegido formalmente como líder del RAR y fue declarado ministro-presidente de la nueva república. Pero no tenía perspectivas claras para la revolución y constantemente vacilaba bajo las presiones contradictorias de las masas por un lado y de la burguesía por el otro.

La burguesía estaba de rodillas, pero en lugar de derribarla, Eisner utilizó su autoridad y la de los consejos para protegerla.

Ya en la primera sesión del Consejo Nacional provisional (compuesto por una mezcla de representantes de los consejos de obreros y soldados, miembros del parlamento estatal, predominantemente socialdemócratas, y representantes sindicales), Eisner impulsó la elección de ciertos socialdemócratas como ministros del gobierno de transición. Auer, por ejemplo, fue nombrado ministro del Interior. También se incorporaron al gobierno dos ministros burgueses. Estos hombres eran odiados por la capa más activa de la clase obrera debido a su papel en la guerra. Pero en última instancia, en lugar de llevar a la clase obrera al poder, Eisner estaba poniendo sus esperanzas en ganar a la vieja burocracia estatal monárquica para apoyar una “república democrática” burguesa.

Mientras daba ciertas concesiones para aliviar la enorme presión desde abajo, el nuevo gobierno hizo todo lo posible para encauzar la revolución por un camino inofensivo de democracia burguesa. Cinco días después del levantamiento, el gobierno trató de controlar la formación de los consejos de soldados, que estaban surgiendo en todas partes. Se aprobaron leyes que otorgaban a los consejos de soldados derechos que iban más allá que en otras partes de Alemania. El poder de los oficiales fue severamente restringido. A los consejos de soldados se les otorgó el derecho de destituir a ciertos suboficiales, solicitar la destitución de otros y hacer sus propias recomendaciones para los reemplazos. En la superficie, parecía como si la revolución hubiera roto por completo el poder de los oficiales sobre “sus” soldados en Baviera. Pero en último análisis, con estas medidas, el gobierno de Eisner redujo los consejos de soldados, que tenían el poder de facto en sus unidades, a órganos consultivos. Mientras tanto, el poder de los altos mandos del ejército finalmente permaneció intacto.

Al final, el programa de Eisner fue un callejón sin salida para la revolución en Baviera. Planeaba crear una “democracia viva” de las masas, antes de establecer una “democracia formal” (es decir, convocar un parlamento estatal). Fue un intento utópico de reconciliar los consejos de obreros, soldados y campesinos con el parlamentarismo burgués.

Su posición reflejaba las presiones a las que estaba sometido, por parte la burguesía por un lado y de los trabajadores de Munich organizados en los consejos por el otro. En una reunión del Consejo de Ministros, Eisner explicó cómo, “... incluso si la Asamblea Nacional no resulta como esperamos, el parlamento ya no puede desempeñar el papel que solía desempeñar, ya que ya no



Apenas se había fundado el Partido Comunista de Alemania, cuando dos sus dirigentes más destacados, Rosa Luxemburg y Karl Liebknecht, fueron asesinados.

es posible gobernar contra el consejo de obreros en Munich, o de lo contrario habrá una segunda revolución.”³

Eisner se quedó a un paso de apoyar la democracia obrera real, es decir, el establecimiento de un Estado soviético similar al de Rusia. En última instancia, estaba intentando reconciliar los intereses de la clase obrera y de la burguesía en una especie de acuerdo de poder compartido, una formalización de la situación de doble poder que existía en Baviera. Pero estas dos clases tienen intereses irreconciliables, el gobierno de una excluye el gobierno de la otra. La idea de Eisner de mediar entre estas dos clases solo podría conducir a la desmoralización y desorientación entre los trabajadores, permitiendo que la contrarevolución se reagrupara y pasara al contraataque.

Eisner no era en absoluto un marxista. La idea de una revolución socialista real, de la expropiación de las grandes propiedades y la industria a gran escala, le era ajena. Así, durante este período, el poder económico y político permaneció en manos de la burguesía, mientras que el establecimiento de una “democracia viva” siguió siendo una utopía. No obstante, Eisner se situó a la izquierda de la socialdemocracia, que, con el apoyo de la burguesía, se propuso promover las elecciones parlamentarias en toda Alemania como un medio para socavar y, en última instancia, destruir los consejos obreros.

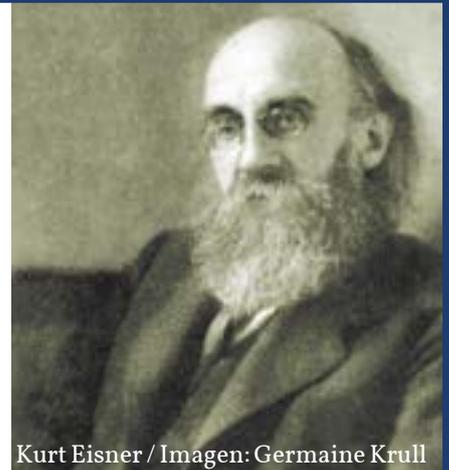
Sin embargo, las tensiones sociales iban en aumento. Después del armisticio, decenas de miles de veteranos se quedaron sin hogar y el desempleo masivo abundaba. Solo una revolución socialista basada en los consejos podría haber resuelto los problemas de los trabajadores. Pero Eisner no logró romper con la burguesía, lo que provocó una decepción generalizada con su gobierno entre los trabajadores.

En toda Alemania, la primera ola de la revolución terminó en traición. Los trabajadores, habiendo derrotado con éxito a la clase dominante, dieron el poder a los socialdemócratas. Sus dirigentes, sin embargo, devolvieron inmediatamente ese poder a la burguesía y, en colaboración con ellos, organizaron una contrarevolución sangrienta. El levantamiento espartaquista en Berlín en enero de 1919, que representó un intento desesperado desde abajo para detener esta traición, fue brutalmente reprimido y sus dirigentes, Rosa Luxemburg y Karl Liebknecht, fueron asesinados. Esto marcó el final de la primera ola de la Revolución Alemana.

También en Baviera, el estado de ánimo estaba cambiando rápidamente. Eisner finalmente cedió bajo la presión de la burguesía y los socialdemócratas. Convocó a elecciones al parlamento estatal para el 12 de enero, bajo el impacto directo de la represión del levantamiento Espartaquista que finalmente fue sofocado ese mismo día. En la medida en que Eisner y el USPD no tomaron la iniciativa, y ante la ausencia de un partido alternativo, la desmoralización comenzó. Las elecciones dieron la victoria al conservador BVP (Bayerische Volkspartei, Partido Popular de Baviera). Como en 1912, había emergido como el partido más fuerte, pero con una votación muy reducida. Mientras tanto, el SPD ganó el 33 por ciento, casi el doble de los votos que recibió en las elecciones estatales de 1912. El USPD, por otro lado, recibió solo el 2,5 por ciento de los votos.

Este resultado también mostró que las áreas rurales apenas habían comenzado a sentir los efectos de la revolución hasta ese momento, y que la conciencia de las masas estaba rezagada con respecto a los acontecimientos, a pesar de su tremenda victoria sobre el antiguo régimen. En el campo existía una contradicción de clase

“Bajo el impacto del asesinato de Eisner, un nuevo estado de ánimo revolucionario se apoderó de la clase obrera bávara. Inmediatamente estalló una huelga general y los reaccionarios, que se habían envalentonado con las vacilaciones de los dirigentes obreros, se vieron completamente paralizados.”



Kurt Eisner / Imagen: Germaine Krull

particularmente aguda entre los trabajadores agrícolas, los agricultores pobres y los grandes terratenientes. 230.000 de los agricultores más pobres cultivaban apenas un total de 170.000 hectáreas. Las 584 fincas más grandes, por otro lado, ¡cubrían 100.000 hectáreas! El gobierno de Eisner ni siquiera planteó la cuestión de la reforma agraria y, por lo tanto, no logró ganar el apoyo de la población rural pobre.

Pero el resultado también reflejó el hecho de que una gran capa de obreros, que habían sido despertados a la vida política por primera vez por la revolución, consideraron que apoyar al partido tradicional de los trabajadores, el SPD con su retórica de izquierda recién descubierta, como la forma más fácil de lograr sus objetivos. Mientras tanto, los dirigentes del USPD, mucho más pequeño, no lograron presentarse como una alternativa al SPD y, por lo tanto, el partido recibió una pequeña fracción de los votos. En última instancia, el programa del USPD no era decisivamente diferente al del SPD, y Eisner no pudo resolver los problemas sociales de Bavaria. En esa situación, la lucha de clases continuó expresándose dentro del SPD. Sus miembros estaban abiertos a sacar conclusiones revolucionarias bajo la influencia de los eventos. Sin embargo, sus dirigentes desempeñaron un papel conscientemente contrarrevolucionario.

LA REVOLUCIÓN ESTALLA DE NUEVO

A pesar de que se habían celebrado elecciones parlamentarias, la presión de las masas seguía siendo tal que el parlamento estatal no pudo reunirse durante más de un mes. Los acontecimientos en Bavaria se desarrollaban a un ritmo vertiginoso en esos días y semanas. El 12 de febrero, el ministro del Interior del SPD, Auer, sin avisar al gobierno, emitió un comunicado sobre la convocatoria del parlamento estatal. Esto provocó una manifestación masiva el 16 de febrero, que se reunió en la Theresienwiese de Munich. En la

manifestación se planteó la exigencia de una República Soviética.

El anarquista Erich Mühsam describió la protesta:

“Frente a los edificios públicos de Munich se izaron las banderas rojas, lo mismo sucedió con muchas casas particulares, por donde pasó la marcha. Pueden haber sido 15.000 participantes. El bloque del KPD por sí solo formó una manifestación entera. Varios regimientos de la guarnición de Munich formaron formaciones cerradas. Los heridos graves fueron transportados en carretas. Asistieron muchos miembros del congreso de consejos y varias fábricas estuvieron representadas por delegaciones. El Consejo Obrero Revolucionario, como principal organizador, portaba un enorme emblema revolucionario al frente y fue recibido con entusiasmo. Pero aunque Eisner condujo a la cabeza de esta marcha, lo hizo en contra de sus propias convicciones políticas. Se sintió tan fuera de lugar que dio media vuelta con su coche y esperó con los ministros Unterleitner y Jaffé en el Teatro Alemán a la delegación de las masas, cuyo portavoz, Landauer, presentó demandas en nombre del proletariado.”⁴

Ante estos eventos, Auer se echó atrás y pospuso la convocatoria del parlamento, mientras seguía trabajando entre bastidores para socavar los consejos. El 19 de febrero, durante el congreso de los consejos bávaros, el SPD finalmente logró presionarle para que alejara su lugar de reunión del edificio del parlamento, despejando el camino para la reunión inaugural del parlamento estatal. Mientras tanto, las fuerzas reaccionarias se estaban impacientando con Eisner y decidieron tomar el asunto en sus propias manos.

El 21 de febrero de 1919, Eisner se dirigía a la sesión inaugural del parlamento estatal donde planeaba anunciar su renuncia. Nunca llegó tan lejos. Antes de llegar al edificio del parlamento estatal, un tal teniente conde Arco-Valley le disparó dos veces a la cabeza por detrás y lo mató. Antes del asesinato, su asesino escribió una nota: *“Eisner es un bolchevique, es un judío, no es alemán, no se siente alemán, [él]*

socava todos los pensamientos y sentimientos patrióticos, [él] es un traidor.”⁵

El asesinato había sido preparado en la prensa burguesa con una repugnante campaña de difamación que exhibía abiertamente los sentimientos reaccionarios de la vieja nobleza, oficiales y capitalistas. Para ellos, Eisner, aunque de ninguna manera era un bolchevique, representaba una espina clavada en su costado con su “postura poca clara sobre la ley y el orden” y su capacidad de respuesta a la presión de los trabajadores.

Mientras la burguesía se regocijaba en secreto con su muerte, la consternación y la ira se extendieron por la clase obrera de Munich. Un miembro del RAR de izquierda, un cocinero llamado Alois Lindner, irrumpió en el parlamento estatal y disparó contra Auer, después de que este último decidiera convocar una sesión del parlamento estatal sin tener en cuenta el asesinato. En la confusión que siguió, una persona no identificada disparó y mató al diputado conservador, Osel. Los miembros del parlamento estatal se dispersaron sin haber elegido un gobierno.

Bajo el impacto del asesinato de Eisner, un nuevo estado de ánimo revolucionario se apoderó de la clase obrera bávara. Inmediatamente estalló una huelga general y los reaccionarios, que se habían envalentonado con las vacilaciones de los dirigentes obreros, se vieron completamente paralizados. El 25 de febrero se reunió un congreso regional de consejos de obreros y soldados y respondió a estos hechos transfiriendo el poder legislativo al ejecutivo central de los consejos de Baviera (el “Consejo Central de la República de Baviera”) y decidió armar a la clase obrera. El 26 de febrero, cientos de miles de trabajadores acompañaron el cortejo fúnebre de Kurt Eisner. El 1 de marzo, el congreso de consejos proclamó su propio gobierno.

Los acontecimientos habían llegado a un punto de ebullición, pero la clase trabajadora todavía carecía fundamentalmente de una dirección revolucionaria clara. La dirección reformista y centrista

del SPD y del USPD se mantuvo a la cabeza de los trabajadores. El Partido Comunista de Alemania (KPD) apenas se acababa de fundar. Sus miembros eran pocos y tenía una base débil en la clase obrera.

A diferencia del Partido Bolchevique Ruso, que se había formado como una organización de cuadros marxistas en el transcurso de una década y media antes de la Revolución Rusa, el KPD se formó al calor de la Revolución Alemana. Aunque Rosa Luxemburg había desarrollado una crítica incisiva de la dirección del SPD antes de la Primera Guerra Mundial, la Liga Espartaquista solo fue fundada, por ella misma y por otros, *después* del estallido de la guerra.

Siguió siendo una red poco disciplinada de revolucionarios hasta la fundación del Partido Comunista en el congreso del 30 de diciembre de 1918 al 1 de enero de 1919. Tan pronto como el partido emergió parpadeando a la luz del día, sus líderes más destacados, Luxemburgo y Liebknecht, fueron asesinados en Berlín.

A pesar de su inexperiencia y sus raíces poco profundas en la clase obrera, el programa del KPD —de una República Socialista Soviética— gozaba de un apoyo enorme y generalizado en Baviera, como había demostrado la manifestación masiva contra la apertura del parlamento estatal el 16 de febrero. El presidente del partido en Baviera, Max Levien, era una figura popular y reconocida en el movimiento obrero y presidía el Consejo de Soldados de Munich. Pero esto no se tradujo en una membresía numerosa o una organización fuerte para el KPD.

Karl Retzlaw, un trabajador de 23 años y organizador del KPD de Berlín, describe una reunión con Levien, que contrasta vívidamente la audiencia masiva de la que disfrutaban las ideas del partido con el diminuto tamaño del partido en sí:

*“La reunión tuvo lugar en una de las grandes cervecerías de Munich. La sala estaba abarrotada, con muchos sentados en sillas y mesas, y de pie en los pasillos. Supongo que unas 3.000 personas debieron haber estado en la sala. Aunque faltaba una hora para la hora prevista de inicio de la reunión, la sala estaba terriblemente abarrotada. La mesa del orador se elevó sobre el podio, desde el cual la música resonaba en la sala. El servicio de orden mantuvo el podio despejado. Max Levien apareció con un séquito considerable. Como aprendería más tarde, este séquito representaba a casi todo el Partido Comunista de Munich.”*⁶

Incluso comparado con el resto del partido alemán, los miembros y cuadros del Partido Comunista en Baviera eran muy inexpertos. Como tal, el partido cometió muchos errores. Boicoteó las elecciones para el parlamento estatal y la Asamblea Nacional. También se negó a realizar un trabajo paciente en los sindicatos, lo que

dificultaba mucho establecer una base estable en la clase obrera y ampliar el alcance del partido. Tampoco hubo ningún intento de llevar a cabo una lucha sistemática para obtener la mayoría en el movimiento obrero y los consejos. Por lo tanto, aunque el partido disfrutó de una amplia influencia, no tuvo la fuerza organizativa para liderar a la clase obrera cuando llegó el momento crucial. Más tarde, esto demostraría tener consecuencias desastrosas.

En lugar de adoptar métodos pacientes, muchos miembros abrigaban ilusiones en el USPD y los anarquistas. Simplemente, se descuidó durante mucho tiempo la tarea de la construcción sistemática de un partido independiente. La situación empeoró tanto que la dirección nacional del KPD decidió enviar a varios cuadros experimentados a Munich para ayudar a construir el partido. El primero y más importante de ellos fue Eugen Leviné, Retzlaw, a quien hemos mencionado anteriormente, y más tarde Paul Frölich. La construcción sistemática de células del partido en las fábricas y cuarteles solo comenzó después de su llegada, a mediados de marzo de 1919.

LA REPÚBLICA SOVIÉTICA A LA ORDEN DEL DÍA

El brusco giro hacia la izquierda provocó una crisis dentro del SPD. Tras el asesinato de Eisner, muchos miembros del partido dimitieron disgustados y, en cambio, se unieron al USPD o al KPD. Sin embargo, ninguno de estos partidos logró asumir decisivamente el protagonismo del movimiento. La presión desde abajo se hacía notar sobre la dirección del SPD, que respondió promoviendo a líderes que, al menos en palabras, habían abogado por el “poder soviético”.

Este no fue un giro genuino hacia la izquierda, sino una maniobra para mantener la autoridad del partido y usarla para frenar la revolución. Los dirigentes del SPD se estaban preparando con todas sus fuerzas para resistir una “segunda revolución”. Esto quedó claramente ilustrado por el hecho de que, aunque el congreso de los consejos había declarado un nuevo gobierno, los líderes del SPD se aseguraron de que ese “gobierno” nunca se reuniera. ¡El SPD no lo apoyó, a pesar de que se había propuesto a un miembro del SPD (Martin Segitz) como su primer ministro! Por lo tanto, siguió siendo un gobierno solo sobre el papel.

La burguesía tampoco pudo estabilizar la situación, a pesar de todos sus intentos y del apoyo explícito del SPD. No fue hasta el 17 de marzo que el parlamento estatal se atrevió a reunirse una vez más y Johannes Hoffmann (del SPD) fue elegido primer ministro. Pero su gobierno no tenía una base real de apoyo en la sociedad, especialmente en Munich: la cuna de la

revolución. Ni siquiera tenía a su disposición una fuerza armada en la que pudiera confiar.

Pero la burguesía no podía esperar más. Para que las ganancias volvieran a fluir, necesitaban “paz” y “orden”. Bajo Phillip Scheidemann (del SPD), el gobierno federal había silenciado temporalmente a la clase obrera en toda Alemania mediante el uso de los Freikorps de derecha para masacrar a los trabajadores. Por lo tanto, la burguesía estaba presionando al gobierno bávaro para que siguiera al resto del país y estableciera el “orden” en este estado rebelde. Bajo esta presión, el consejo de ancianos del parlamento estatal convocó una sesión el 8 de abril para finalmente permitir el funcionamiento del gobierno.

Pero para la clase obrera organizada, esto fue una provocación abierta. Este movimiento comunicó claramente la dirección en la que se dirigían los acontecimientos: hacia la liquidación total de la revolución y sus conquistas. Mientras estos acontecimientos se desarrollaban en Baviera, el 2 de marzo de 1919 se declaró en Hungría una República Socialista Soviética. La idea de una nueva revolución para establecer una República Soviética, basada en los consejos de soldados y obreros, gozaba de un apoyo creciente en Baviera.

Los dirigentes socialdemócratas podían ver con bastante claridad que otra colisión directa con las aspiraciones de los obreros probablemente los barrería por completo y el control sobre el movimiento se les escaparía de las manos. Por lo tanto, una sección de la dirección del partido decidió “montar el tigre” para domesticarlo. En varios eventos del SPD se aprobaron resoluciones a favor de la proclamación de una República Soviética. En una reunión en la noche del 4 al 5 de abril, en la que participaron el “Consejo Central de la República de Baviera”, los líderes del USPD, el SPD, la BBB y algunos anarquistas, se decidió proclamar la República Soviética. Sin embargo, para sorpresa de todos, el representante del KPD, Eugen Leviné, emitió el único voto en contra de su proclamación. Vale la pena citar extensamente su explicación:

“Los comunistas albergamos la mayor desconfianza contra una República soviética cuyos patrocinadores son los ministros socialdemócratas Schnepfenhorst y Dürr, que en todo momento combatieron la idea de los consejos por todos los medios posibles. Sólo podemos explicar esto como un intento de los dirigentes en bancarrota de unirse a las masas mediante una acción aparentemente revolucionaria o como una provocación deliberada.”

“Sabemos por ejemplos en el norte de Alemania que la mayoría de los socialistas [un nombre común en ese entonces para el SPD] a



El líder del USPD, Ernst Toller, jugó un papel lamentable en los últimos días de la República Soviética de Baviera.

menudo se esforzaron por desencadenar una acción prematura para sofocarla con mayor éxito. Todo su enfoque requiere la mayor vigilancia. Una República Soviética no se proclama por una decisión de sillón, es el resultado de serias luchas del proletariado y su victoria. "El proletariado de Munich todavía se enfrenta a tales luchas. Nos estamos preparando para [la República Soviética] y tenemos tiempo. En la actualidad, la proclamación de una República Soviética es extremadamente desfavorable. Las masas en el norte y centro de Alemania están derrotadas y recién ahora están reuniendo sus fuerzas para nuevas batallas, y Baviera no es un área económicamente independiente que pueda mantenerse de forma independiente durante mucho tiempo. Tras la primera oleada, sucedería lo siguiente: los socialistas mayoritarios se retirarían con el primer buen pretexto y traicionarían conscientemente al proletariado. El USPD se uniría, luego cedería, comenzaría a vacilar, negociar y, por lo tanto, se convertiría en traidores inconscientes. Y nosotros, los comunistas, pagaríamos sus actos con la sangre de nuestros mejores."

Esta predicción se confirmó trágicamente en cada detalle, como veremos. El verdadero motivo de los líderes del SPD al pedir el establecimiento de una República Soviética era empujar a los trabajadores de Munich a un levantamiento prematuro, a fin de separar las capas más avanzadas de la clase trabajadora de la masa más amplia de trabajadores y campesinos. De esta forma, estaban preparando políticamente el terreno para la movilización de la contrarrevolución. Esto es exactamente lo que había sucedido en Berlín: las capas avanzadas de la clase trabajadora fueron empujadas a un levantamiento, sin que las masas a nivel nacional estuvieran convencidas de su necesidad, y sufrieron una sangrienta derrota. Los dirigentes del SPD

ahora miraban a Berlín como su modelo para derrotar a la clase obrera bávara.

Por ejemplo, según varios testigos, el ministro de Guerra de Baviera, Schneppenhorst del SPD, defendió con extrema energía la proclamación de la República Soviética. Antes de que se proclamara, y el antiguo gobierno se declarara depuesto, ¡incluso abogó por una demora de un par de días para convencer a otras ciudades de la idea! A continuación, partió de Múnich hacia el norte de Baviera para, según su propio comunicado, "promover la idea de una república de consejos". En realidad, se unió inmediatamente al gobierno de Hoffmann, que había huido de Munich a Bamberg y había comenzado a reunir tropas contrarrevolucionarias (los 'blancos') y Freikorps cuasi-fascistas.

LA "REPÚBLICA PSEUDO-SOVIÉTICA"

El llamado gobierno soviético fue finalmente proclamado el 6 de abril y fue recibido con entusiasmo por los obreros de toda Baviera. El 8 de abril, en una ola de entusiasmo inicial, casi todos los consejos más importantes del sur de Baviera y las grandes ciudades, con la excepción de Nuremberg, se habían unido a él. Pero ya el 9 de abril, este proceso comenzó a desmoronarse. En algunas ciudades, como Ingolstadt y Würzburg, soldados y estudiantes contrarrevolucionarios derrocaron el gobierno de los consejos con el apoyo de la burguesía.

Mientras tanto, los líderes del SPD que habían estado presionando con tanta fuerza a las organizaciones de izquierda en Munich para que declararan la República Soviética, dieron un giro y pidieron la defensa del parlamento y del gobierno oficial. En muchos consejos, esta nueva posición abiertamente contrarrevolucionaria de la dirección del SPD significó que la mayoría a favor de una República Soviética fue derrocada. Esto agudizó la contradicción entre la dirección del SPD y las bases del partido. En la confusión, el gobierno del SPD y los reaccionarios lograron mantenerse en el poder en ciudades importantes, especialmente en el norte de Baviera.

Después de que los líderes del SPD en Munich huyeron o simplemente cruzaron sus brazos, una serie de personajes accidentales permanecieron en la "dirección" del gobierno soviético. Estos incluían anarquistas como Erich Mühsam y Gustav Landauer. Eran aventureros y figuras literarias de café, y nada más. No tenían una base de apoyo en la clase obrera. Sin embargo, albergaron una reserva interminable de nociones románticas y utópicas.

Paul Frölich (KPD), que luego escribiría un libro sobre los acontecimientos de la República Soviética, describió a estos personajes así:

*"Los caballeros que participaron en la conspiración votaron los unos por los otros. No se tomó en cuenta la experiencia política. Así surgió una selección de personajes frágiles y mentes poco claras."*⁸

El 'Diputado del Pueblo para Asuntos Exteriores', Lipp, que incluso fue elegido presidente del Consejo Ejecutivo (y por tanto del gobierno) por sugerencia de Mühsam, pero a quien nadie conocía, resultó ser un enfermo mental. Después de intentar, entre otras cosas, declarar la guerra a Wurtemberg y Suiza por su negativa a prestar trenes a Baviera, fue depuesto e ingresado en un hospital psiquiátrico.

El USPD, como había previsto Levíné, estaba paralizado. Después del asesinato de Eisner, el pacifista Ernst Toller se convirtió en su presidente. Tenía solo unos meses de experiencia política y, sin embargo, asumió la dirección del consejo central y del gobierno.

Bajo su liderazgo, precisamente *nada* pasó. En lugar de construir el nuevo orden social, se declaró el 7 de abril como fiesta nacional. En lugar de movilizar y armar a la clase obrera para que ocupara los puntos centrales de tráfico y comunicación, para organizar la defensa de la república, para asegurar el abastecimiento de todas las necesidades de la vida y socializar las industrias grandes, el 7 de abril, estos señores "socializaron" la universidad! Frölich escribe:

*"En las esquinas de las calles había un cartel rojo púrpura: ¡Dictadura del proletariado! La burguesía había sido derribada, con un cartel. La clase obrera se había subido a la silla de montar sin haber hecho lo más mínimo, a través de un romance de aventureros políticos. La dictadura del proletariado consistió en una sola cosa: se le dio una fiesta."*⁹

La clase obrera miraba con simpatía hacia esta nueva "República Soviética". Pero en la práctica no había tomado las riendas de la sociedad en sus propias manos tras la proclamación palaciega del nuevo régimen. Mientras tanto, la propaganda burguesa difundió historias de terror sobre la situación en Munich, especialmente entre los campesinos, que en ese momento constituían casi el 40 por ciento de la población de Baviera. Toda una serie de consejos de campesinos, que estaban cada vez más dominados por agricultores ricos y, por lo tanto, estaban bajo la influencia del ala derecha de la BBB, anunciaron una prohibición de alimentos para Munich, lo que agravó la terrible situación alimentaria. La República Soviética estaba en grave peligro.

No fue sino hasta el 10 de abril que el gobierno soviético comenzó a armar a los trabajadores, e incluso entonces, solo pudo encontrar 600 rifles en total. Emitió un decreto que pedía a la burguesía contrarrevolucionaria que entregara sus armas. Pero sin los instrumentos de poder

para hacer cumplir tal decreto, los resultados fueron patéticos.

EL GOLPE DEL DOMINGO DE RAMOS

La contrarrevolución estaba ganando ahora confianza. La parálisis, que duró días y días, llevó a la contrarrevolución a concluir que un solo golpe firme era todo lo que se necesitaba para derrocar a la nueva República Soviética. Después de consultar a los líderes del SPD en Munich, Alfred Seyffertitz, comandante de la contrarrevolucionaria 'Fuerza de Protección Republicana', que todavía operaba sin control en la ciudad, viajó a Bamberg. Allí, recibió el permiso del primer ministro en el exilio, Hoffmann, para derrocar al gobierno soviético.

El golpe se lanzó la mañana del Domingo de Ramos, 13 de abril de 1919. Aparecieron carteles a nombre de "toda la guarnición de Munich", declarando que el consejo central había sido depuesto. La Fuerza de Protección Republicana ocupó el local del consejo central y arrestó a varios de los líderes de la República Soviética, entre ellos Erich Mühsam, que fueron trasladados fuera de Munich.

El KPD había rechazado inicialmente la proclamación de una república soviética en el "tablero de dibujo". En esto, tenía razón. La toma del poder fue una aventura que fortaleció la contrarrevolución. El curso de acción real y necesario era, en primer lugar, conquistar a las masas amplias, en particular a los campesinos. Ahora, sin embargo, la República Soviética era un hecho y contaba con el apoyo de vastas capas de la clase trabajadora. Una derrota de la República Soviética significaría una derrota de la revolución, y la clase trabajadora se dio cuenta de esto.

Sin embargo, el KPD vacilaba ante la contrarrevolución. Con la sangrienta experiencia del fallido levantamiento espartaquista y los asesinatos de Karl Liebknecht y Rosa Luxemburg todavía frescos en la mente de los miembros del partido, la dirección contemplaba la posibilidad de admitir la derrota. Paul Frölich informa que la dirección del partido al principio discutió si "[reconocer] el cambio [es decir el golpe -ed] como un hecho consumado, al que había que adaptar la acción del partido."¹⁰

Pero en el terreno, la atmósfera era completamente diferente. Incluso antes del intento de golpe, se había acumulado una enorme presión en las fábricas y los cuarteles para que el joven KPD se uniera al gobierno soviético, e incluso que tomara control del mismo. Ahora, con el espectro del terror contrarrevolucionario que se avecinaba, las masas comenzaron a movilizarse y estaban preparadas para luchar. Este resurgir de la revolución tomó a los dirigentes del KPD completamente por sorpresa. Retzlaw informó que "se ha mostrado ahora un ímpetu revolucionario que

nos sorprendió. No solo los miembros de nuestro partido, sino miles de trabajadores se han puesto a disposición para la lucha. Mientras tanto, por todas partes en la ciudad había enfrentamientos armados con tropas blancas."¹¹

El KPD sabía que la proclamación original de la República Soviética había sido mitad aventura, mitad provocación. Pero ahora que era un hecho establecido y los obreros —frente a la contrarrevolución abierta— se movilizaban para defenderla, el partido no podía quedarse al margen.

Por lo tanto, el partido llamó al establecimiento de unidades de obreros armados. Muchos soldados también se unieron a ellos, aumentando la presión sobre las tropas contrarrevolucionarias, que se retiraron a la estación principal de Munich. Finalmente, la estación fue asaltada y Seyffertitz, junto con otros contrarrevolucionarios, escaparon de ser asesinados o capturados después de huir en tren. A pesar de los muchos errores y errores de cálculo de su dirección, y los recursos en manos de la contrarrevolución, los trabajadores de Munich derrotaron fácilmente a la contrarrevolución burguesa y pusieron el poder en manos del Partido Comunista.

EL KPD EN EL PODER

El 13 de abril, un congreso de consejos de obreros y soldados declaró disuelto el antiguo consejo central. Se formó un nuevo comité de acción de 15 personas como nuevo gobierno. El nuevo gobierno estaba compuesto por miembros del SPD, el USPD y el KPD, pero estaba firmemente bajo el control de los comunistas, con Leviné a la cabeza. El programa del nuevo gobierno soviético fue de hecho un programa de revolución social completa.

El Ejército Rojo de Baviera se estableció alrededor del núcleo de tropas revolucionarias que habían derrotado el golpe. Estaba dirigido por el marinero de 24 años, Rudolf Egelhofer. Los bancos quedarían bajo control estatal. Los retiros de efectivo solo se permitían con un permiso de los consejos obreros. En el caso de sumas superiores a 1200 Mk, incluso se requería el permiso del Comisario de Finanzas del Pueblo. La administración pública quedó bajo el control de los consejos obreros, que podían despedir a los funcionarios que trabajaran contra el poder soviético. Para asegurar los suministros, se confiscaron grandes cantidades de alimentos a los especuladores. Se pusieron en marcha planes para que los consejos de fábrica controlaran la producción. Por primera vez en la historia, los obreros de Munich y sus alrededores eran dueños de su propio destino.

La victoria contra la contrarrevolución había dado a las capas más activas de la clase trabajadora un enorme impulso de confianza y había aclarado la situación. Las ilusiones que muchos trabajadores

habían albergado en el papel de los líderes del SPD se evaporaron y los trabajadores de Munich giraron bruscamente hacia la izquierda. Sin embargo, en otros lugares, las condiciones objetivas no eran tan buenas. La República Soviética estaba aislada en el sur de Baviera, alrededor de Munich, y las tropas contrarrevolucionarias marchaban contra ella.

El gobierno soviético inmediatamente comenzó a construir una defensa decidida, a pesar de las condiciones desfavorables. Se entregaron 20.000 rifles a las fábricas, donde se formaron guardias rojas. Se estableció un Ejército Rojo, formado por soldados y voluntarios revolucionarios. Estaba empapado de un espíritu internacionalista. Se unieron prisioneros de guerra rusos e italianos, al igual que muchos austriacos. La burguesía y los contrarrevolucionarios fueron desarmados. Pero siguieron surgiendo nuevas amenazas. Retzlaw informa:

*"Los cuarteles todavía estaban llenos de soldados, que estaban desmovilizados, pero que no querían volver a casa. Nos enteramos de que sus oficiales les habían convencido para que se quedaran. Fueron pagados desde Berlín y de fuentes incontrolables. ... Diariamente teníamos que contar con un golpe de Estado por parte de algunas partes de la tropa. Por este motivo, hicimos un llamamiento a los trabajadores para que se reunieran a diario en los grandes salones de Munich y también al aire libre. Como tal, los trabajadores siempre estaban dispuestos a intervenir y los oficiales contrarrevolucionarios no se atrevieron a intentar un golpe."*¹²

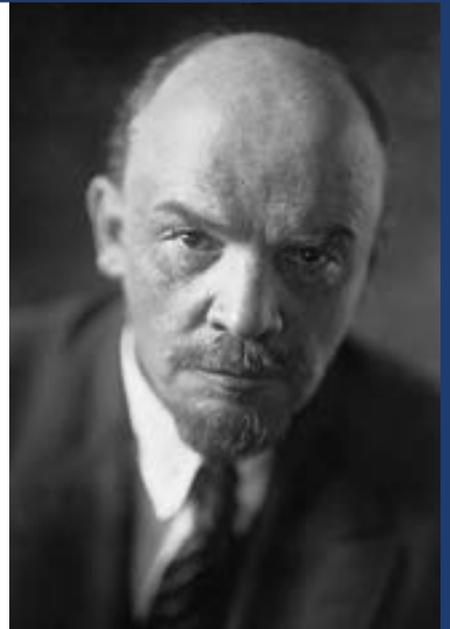
Para movilizar a los trabajadores y organizar defensas, se declaró una huelga general de 10 días. Pero esta decisión paralizó completamente la economía de la República Soviética, exponiendo la base inestable sobre la que descansaba.

SALUDOS DE LENIN

La noticia de la conquista del poder por parte de los trabajadores generó entusiasmo en todo el mundo. Mucho más allá de las fronteras de Baviera, la declaración de otra república soviética, junto con las repúblicas rusa y húngara, fue recibida como un paso más en el camino de la revolución socialista internacional, que en ese momento parecía imparable. El KPD esperaba que la noticia del establecimiento de una República Soviética en Baviera reviviera la voluntad de los trabajadores de luchar en el resto de Alemania.

La noticia también llegó a la Rusia soviética, a la que Leviné había enviado un saludo revolucionario. En ese momento, la guerra civil rusa se encontraba en una fase crítica y la joven potencia soviética estaba amenazada de destrucción. Sin embargo, Lenin, que había vivido en Munich durante dos años a principios del siglo XX, encontró tiempo para responder.

“Lenin era plenamente consciente de que, tras las derrotas en el resto de Alemania, la situación de la República Soviética de Baviera era extremadamente peligrosa. En su mensaje, por lo tanto, trató de esbozar, lo mejor que pudo, cómo podría tener éxito la revolución. ... Lo que este breve documento representa es un plan de cómo una revolución podría tener éxito a pesar de las circunstancias más difíciles.”



Su mensaje a Leviné vale la pena citarlo en su totalidad:

“Saludo a la República Soviética de Baviera, “Agradecemos su saludo y, por nuestra parte, saludamos de todo corazón a la República Soviética de Baviera. Les pedimos encarecidamente que nos den información más frecuente y más concreta sobre ¿Qué medidas han tomado para luchar contra los verdugos burgueses, los Scheidemann y compañía; ¿Se han formado consejos de trabajadores y servidores en las diferentes secciones de la ciudad? ¿Se han armado los trabajadores? ¿Ha sido desarmada la burguesía? ¿Se ha aprovechado las existencias de ropa y otros artículos para la ayuda inmediata y extensa de los trabajadores, y especialmente de los peones y pequeños campesinos? ¿Se han confiscado las fábricas capitalistas y la riqueza de Munich y las granjas capitalistas de sus alrededores? ¿Se han cancelado los pagos de hipotecas y alquileres de los pequeños campesinos? ¿Se han duplicado o triplicado los salarios de los trabajadores agrícolas y de los trabajadores no calificados? ¿Se han confiscado todas las reservas de papel y todas las imprentas para permitir la impresión de folletos y periódicos populares para las masas? ¿Se ha introducido la jornada laboral de seis horas con instrucción de dos o tres horas en la administración estatal; ¿Se ha obligado a la burguesía en Munich a ceder las viviendas excedentes para que los trabajadores puedan ser trasladados inmediatamente a pisos cómodos? ¿Se han hecho cargo de todos los bancos? ¿Han tomado rehenes de las filas de la burguesía? ¿Ha introducido raciones más altas para los trabajadores que para la burguesía? ¿Se han movilizado todos los trabajadores para la defensa y la propaganda ideológica en los pueblos vecinos? La implementación más urgente y más amplia de estas y similares medidas, unida a la iniciativa de los obreros, jornaleros agrícolas y actuando al margen de ellos los

pequeños consejos campesinos, debería fortalecer su posición. Es necesario gravar a la burguesía con un impuesto extraordinario y asegurar en seguida y a cualquier precio un mejoramiento efectivo en la situación de los obreros, los peones agrícolas y los pequeños campesinos.

“Con los mejores saludos y deseos de éxito. “Lenin”¹⁵

A pesar de la velocidad fulgurante de los acontecimientos y la información parcial a la que tuvo acceso Lenin, estas líneas son un testimonio de su aguda comprensión de las tareas de la República Soviética y las debilidades de sus medidas. De hecho, la cuestión de la tierra nunca fue resuelta por la República Soviética. Lenin era plenamente consciente de que, tras las derrotas en el resto de Alemania, la situación de la República Soviética de Baviera era extremadamente peligrosa. En su mensaje, por lo tanto, trató de esbozar, lo mejor que pudo, cómo podría tener éxito la revolución. Su mensaje no llegó a Munich hasta el 27 de abril, momento en que la derrota ya estaba sellada.

Lo que este breve documento representa es un plan de cómo una revolución podría tener éxito a pesar de las circunstancias más difíciles. Las propuestas de Lenin contrastan fuertemente con el comportamiento de los estalinistas, que luego defenderían, en medio de la Guerra Civil española, el desmantelamiento de las demandas sociales de los campesinos y obreros para forjar una alianza con la “burguesía progresista”.

Por el contrario, la República Soviética solo podría tener éxito si implementaba medidas radicales para mejorar los niveles de vida, lo que podría despertar a las capas más pobres y desorganizadas de la clase trabajadora y del campesinado en toda la región. Esas medidas eran vitales

para darles algo por lo que valiera la pena luchar y animarlos a actuar. Sin ilusiones en las intenciones de los capitalistas, que pretendían ahogar en sangre a la República Soviética, la revolución debía avanzar decidida y despiadadamente contra la reacción.

LA LUCHA CONTRA LA CONTRARREVOLUCIÓN

Después del triunfo sobre el golpe del Domingo de Ramos, la República Soviética había conseguido algunas victorias importantes contra el gobierno de Hoffmann, que intentó quebrar el poder de la clase trabajadora mediante la fuerza militar. Rápidamente se hizo evidente que era imposible utilizar eficazmente al ejército bávaro regular contra la revolución. El 15 de abril, en la ciudad de Freising, por ejemplo, 1.200 soldados del Primer Batallón de Fusileros decidieron entregar sus armas y trasladarse a Ratisbona después de discutir con los revolucionarios. Los oficiales no tuvieron más remedio que obedecer la voluntad de los soldados. Incluso en los primeros enfrentamientos físicos, el Ejército Rojo salió victorioso. El 15 de abril expulsó a los blancos de los distritos de Allach y Karlsfeld en el norte de Munich. El 16 de abril, el Ejército Rojo obligó a la Guardia Blanca a retirarse por completo de Dachau donde, un día antes, los trabajadores de la fábrica de pólvora habían tomado por sorpresa a cientos de soldados blancos y los habían desarmado.

Sin embargo, estas victorias iniciales pasaron rápidamente y los revolucionarios no las aprovecharon. El presidente del USPD, Ernst Toller, que había sido depuesto recientemente del gobierno, jugó un papel lamentable. Ahora al mando de las tropas del Ejército Rojo en Dachau, presionó para entablar negociaciones en lugar de perseguir a los blancos, que

“Nosotros, los comunistas, somos todos cadáveres de permiso. Soy plenamente consciente de ello. No sé si prorrogará mi permiso o si tendré que unirme a Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo. En cualquier caso, espero su veredicto con compostura y serenidad. Porque sé que, sea cual sea su veredicto, los acontecimientos no se pueden detener.” – Eugene Leviné, ejecutado el 5 de junio 1919



estaban a la defensiva. Esta no fue la última vez que interpretaría un papel tan miserable. Sus acciones permitieron al gobierno de Hoffmann recuperar el aliento y preparar un contraataque. Después de sus reveses iniciales, y con la revolución sin lograr un apoyo decisivo más allá de Munich, se habían vuelto las tornas y comenzó la contraofensiva.

A diferencia del Ejército Rojo, las fuerzas de Hoffmann eran tropas contrarrevolucionarias endurecidas por la batalla sin ilusiones en las negociaciones. Al frente de ellas estaban los Freikorps movilizados de toda Alemania. Estos últimos eran veteranos de la contrarrevolución, que ya habían ahogado en sangre varias revueltas obreras en el norte y centro de Alemania. La más infame de estas bandas asesinas fue la ‘Marine-Brigade Erhardt’, que luego ganó notoriedad como el pilar principal del intento de golpe de Wolfgang Kapp en 1920, el llamado Kapp Putsch.

Los capitalistas bávaros invirtieron mucho en esta defensa empapada de sangre de su riqueza. El Alto Mando de las Fuerzas Armadas en Baviera, Arnold Ritter von Möhl, escribió a Hoffmann: “Círculos de banqueros transfirieron 690.000 Mk al alto mando del ejército provisto para las tropas”.¹⁴ Con estos recursos, el gobierno de Hoffman pudo movilizar aproximadamente a 60.000 hombres armados, que ahora avanzaban rápidamente.

El 20 de abril, Augsburg fue conquistada por los blancos. Sin embargo, en los suburbios, una resistencia amarga continuó durante tres días más. Augsburg no se había unido inicialmente a la República Soviética, sin embargo, los trabajadores no estaban dispuestos a aceptar la rendición incondicional y el desarme negociado por el comandante de la ciudad del USPD con el Freikorps.

EL FIN DE LA REPÚBLICA SOVIÉTICA DE BAVIERA

La situación empeoraba con cada hora que pasaba. La derrota ahora era solo una cuestión de tiempo. El KPD estaba formado por los revolucionarios más decididos, pero todavía tenía solo unos meses de existencia. En realidad, no llevó a la clase trabajadora al poder, sino que fue empujado a tomar el poder por las capas avanzadas de la clase obrera. No contaba con los cuadros necesarios para dirigir la lucha en el terreno y tenía que apoyarse en comunistas sin experiencia o elementos completamente oportunistas como Ernst Toller. Además, no era un partido probado y con raíces profundas entre los trabajadores. Esto dio a los últimos días del gobierno soviético un carácter muy caótico.

Aunque muchos trabajadores quisieron luchar hasta el amargo final, otros elementos más vacilantes esperaban poder llegar a un compromiso con los blancos. Fue en estas circunstancias que Toller volvió a tomar ventaja. Ya había estado trabajando detrás de la escena para sabotear el gobierno del KPD, en un intento de revertir su destitución como jefe del soviét. Sobre la base de suscitar esperanzas de una solución negociada, logró que la mayoría de los consejos obreros lo respaldaran el 27 de abril y expulsó a los comunistas del poder. Las esperanzas de los trabajadores se evaporaron rápidamente. El llamado a negociaciones había desarmado por completo a la clase trabajadora frente al avance de los blancos. Por tanto, Hoffmann no tenía ningún interés en entablar negociaciones. Los reaccionarios calcularon que había llegado el momento de que la contrarrevolución ejerciera su brutal venganza contra los trabajadores. Querían, de una vez por todas, desterrar de la mente de los trabajadores el último pensamiento de revolución.

Con los comunistas expulsados del gobierno, los defensores más decididos

de la República Soviética se habían ido y el nuevo gobierno planeaba poner fin a toda resistencia. El 1 de mayo, Munich fue completamente rodeada y el 2 de mayo, completamente conquistada. La última ciudad en caer fue Kolbermoor en el distrito de Rosenheim (Alta Baviera) el 3 de mayo. Los horrores de la contrarrevolución ahora arrasaban con toda su fuerza.

Los revolucionarios fueron perseguidos y asesinados sin piedad. Según declaraciones oficiales, 38 soldados del gobierno y 93 miembros del Ejército Rojo murieron en los enfrentamientos. Pero varias otras fuentes informaron que las tropas reaccionarias asesinaron hasta 2.000 trabajadores y soldados del Ejército Rojo. En las estadísticas, estas muertes aparecen como ejecuciones sumarias, accidentes mortales o no aparecen en absoluto. Por ejemplo, 21 miembros de una Asociación de Jornaleros Católicos fueron capturados mientras planeaban una función teatral. Fueron torturados y algunos fueron asesinados a golpes. Los ‘afortunados’ fueron fusilados. Entre muchas otras víctimas, también fueron asesinados el marinero Rudolf Egelhofer, comandante del Ejército Rojo, y Kurt Landauer. Eugene Leviné también fue capturado y juzgado. Leviné sabía que se le había acabado el tiempo y hizo un discurso desafiante desde el estrado:

“Nosotros, los comunistas, somos todos cadáveres de permiso. Soy plenamente consciente de ello. No sé si prorrogará mi permiso o si tendré que unirme a Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo. En cualquier caso, espero su veredicto con compostura y serenidad. Porque sé que, sea cual sea su veredicto, los acontecimientos no se pueden detener.

“Y sin embargo sé que, tarde o temprano, otros jueces se sentarán en esta sala y luego serán castigados por alta traición, [los] que han transgredido la dictadura del proletariado.

“Pronuncie su veredicto si lo considera apropiado. Sólo me he esforzado por frustrar su intento de manchar mi actividad política, el nombre de la República Soviética con la que me siento tan ligado y el buen nombre de los trabajadores de Munich. Ellos, y yo junto con ellos, todos nosotros hemos intentado, con nuestro mejor conocimiento y conciencia, cumplir con nuestro deber hacia la Internacional, la Revolución Mundial Comunista.”¹⁵

Unos días después, fue condenado a muerte y ejecutado, decisión sancionada por el gobierno del SPD de Baviera.

Max Levien pudo huir a Austria, donde el gobierno, encabezado por el socialdemócrata Renner, decidió encerrarlo durante más de un año, contemplando la cuestión de enviarlo de regreso a Baviera, donde probablemente habría compartido el destino de Leviné. Al final fue liberado y emigró a la Unión Soviética. Allí, en 1937, fue víctima de las sangrientas purgas de Stalin. Uno de los líderes de la República Soviética de Baviera fue fusilado por “pertenencia a una organización terrorista antisoviética”. La trágica ironía de esto sin duda se habría perdido para los carniceros de Stalin.

Después de la derrota, la reacción abierta no tardó en tomar el poder en Baviera. En 1920, Gustav Ritter von Kahr se convirtió en primer ministro, gobernando Baviera como una dictadura cuasi militar. Se permitió que las bandas fascistas se desarrollaran y deambularan libremente, como lo demostró el fallido intento de golpe de Hitler en 1923. Pero aunque la clase trabajadora fue derrotada, las tradiciones revolucionarias y los recuerdos de estos poderosos eventos perduraron. Los trabajadores bávaros habían luchado y perdido, pero durante estas batallas, habían aprendido valiosas lecciones y continuaron participando en los acontecimientos revolucionarios que se desarrollaron en Alemania en los años siguientes.

En 1871, Karl Marx describió cómo los trabajadores de París habían “tomado el cielo por asalto” cuando establecieron la Comuna y mantuvieron el poder durante varias semanas. Al principio, podría parecer apropiado comparar la experiencia de la República Soviética de Baviera con los acontecimientos de la Comuna de París. Ambos fueron intentos heroicos, pero finalmente infructuosos, de llevar a cabo una revolución proletaria.

Pero entre 1871 y 1919, muchas cosas habían cambiado. La clase trabajadora de Europa ya no era la misma que antes. París en 1871 era considerada la ciudad más revolucionaria del mundo. Baviera en 1919 era considerada como una de las regiones más conservadoras de Alemania, y lo sigue siendo hasta el día de hoy. Lejos de estar aislada en una ciudad, la República Soviética de Baviera fue un episodio inspirador en la lucha épica del proletariado

alemán, europeo y mundial enormemente fortalecido.

En resumen, la clase trabajadora era mucho más fuerte de lo que había sido 50 años antes. En estas circunstancias, incluso una organización marxista pequeña y muy joven como el KPD pudo desempeñar un papel importante. Dicho esto, al final, las tareas planteadas por la historia estaban más allá de sus pequeñas fuerzas. La lección más importante de la República Soviética de Baviera, y de toda la Revolución Alemana, es que no se puede formar un partido de vanguardia capaz de llevar a la clase trabajadora a la toma del poder en el fragor de la batalla. Debe construirse con paciencia antes de que comience la revolución.

Cuando se formó el Partido Comunista Alemán en diciembre de 1918, tenía ante sí la experiencia reciente del evento más trascendental de la historia de la humanidad: la Revolución Rusa. Trágicamente, sus cuadros jóvenes e inexpertos carecieron de tiempo para absorber las profundas lecciones de aquellos poderosos eventos antes de que ellos mismos fueran arrojados al torbellino de la Revolución Alemana.

Un siglo después, se prepara una nueva época de revolución mundial. Una nueva generación, libre del peso de las derrotas del pasado, está saliendo a la palestra y está tomando el camino de la lucha. La fuerza incomparable de la clase obrera significa que, a diferencia de la década de 1920, la clase dominante no podrá asaltar rápidamente un golpe rápido y mortal contra el movimiento obrero. Por tanto, disponemos de cierto tiempo para prepararnos. Debemos usarlo sabiamente.

En el tiempo que tenemos ante nosotros, es imperativo que construyamos una organización marxista templada, con raíces en la clase trabajadora. En la construcción de una organización de ese tipo, tenemos ante nosotros una gran cantidad de lecciones, que nos han otorgado los sacrificios de los luchadores de clase de las generaciones pasadas: de la Revolución Rusa, de la Revolución Alemana y de la República Soviética de Baviera. Hoy, la tendencia marxista preserva la heroica memoria de la República Soviética de Baviera como parte de la preciosa herencia de la clase obrera.

Es nuestro deber con esa generación de revolucionarios estudiar y aprender, tanto de sus victorias como de sus errores, y que construyamos a tiempo el partido revolucionario capaz de conducir a la clase obrera a la toma del poder y la reconstrucción socialista de sociedad.

1 Hans Beyer, *Die Revolution in Bayern 1918/1919*, (Berlín: Deutscher Verlag der Wissenschaften, 1988), pág.14.

2 *Ibid.*, pág. 17.

3 *Ibid.*, pág. 34.

4 Erich Mühsam, *Von Eisner bis Leviné. Die Entstehung der bayerischen Räterepublik*, (Berlín: Hofenburg, 2013).

5 Ralf Höller, “Der Jude Eisner”, *Zeit*, 6 de febrero de 2019.

6 Karl Retzlaw, *Spartakus: Aufstieg und Niedergang, Erinnerung eines Parteiarbeiters*, (Frankfurt: Verlag Neue Kritik, 1976), pág.130.

7 Beyer, *Die Revolution in Bayern*, pág. 75.

8 Paul Frölich, *Die Bayerische Räterepublik: Tatsachen und Kritik*, (Leipzig: Franke, 1919), pág.19.

9 *Ibid.*, pág. 22.

10 *Ibid.*, pág. 31.

11 Retzlaw, *Spartakus*, pág. 141.

12 *Ibid.*, pág. 147.

13 Vladimir Lenin, “Message Of Greetings To The Bavarian Soviet Republic”, 27 de Abril de 1919, *Marxist Internet Archive*, consultado el 3 de junio de 2021.

14 Beyer, *Die Revolution in Bayern*, pág. 131.

15 Rosa Leviné-Meyer, *The Life of a Revolutionary*, (Londres: Saxon House, 1973), pág. 217-8.

EL CONGRESO ROJO DE 1921

LA CREACIÓN DE LA CGT DE MÉXICO Y LA LUCHA POR LA INDEPENDENCIA DE CLASE

Históricamente, el Estado mexicano ha combinado la más salvaje represión para contener la lucha de clases con el soborno y la domesticación de los movimientos sociales y sindicales. De esta táctica surge el fenómeno del charrismo sindical. El proletariado consciente de nuestro país siempre ha enarbolado la bandera de la democratización de los sindicatos y la purga de los elementos charros vinculados al Estado, requisito previo para poder librar una batalla efectiva contra el capital. Como explica en este artículo **Sebastián San Vicente**, este año se cumple el centenario de la fundación de la Confederación General del Trabajo (CGT), que, inspirada por el bolchevismo y extrayendo conclusiones importantes de la experiencia de la Revolución mexicana, representó un inspirador esfuerzo por dotar a los obreros de México de una organización sindical democrática y socialista, independiente de los gobiernos populistas surgidos de la revolución.



En la etapa decisiva de la Revolución mexicana, en 1914-1915, el joven movimiento sindical mexicano se encontraba dividido y desorientado. La tradición más combativa de nuestro obrerismo, el Partido Liberal de Flores Magón, había quedado desbaratada por la represión y por sus propios equívocos. Magón adoptó una actitud marcadamente sectaria contra Madero que dividió a su movimiento, pasándose muchos de sus seguidores a las filas del antirreeleccionismo. A su vez, la corriente anarcosindicalista predominante en la capital, organizada en la Casa del Obrero Mundial, mostró desinterés hacia la batalla contra el porfirismo. Todavía peor, dos años más tarde asumieron una actitud de neutralidad durante el golpe de Estado reaccionario de Victoriano Huerta, postura barnizada con una pátina de antipoliticismo libertario. En realidad, las relaciones entre la Casa del Obrero Mundial y el régimen huertista fueron bastante cordiales y sólo se rompieron en vísperas de la caída del dictador.

La tendencia a la cooptación es un rasgo distintivo del régimen burgués surgido de la victoria de los constitucionalistas en la Revolución mexicana. Al calor de la lucha con el villismo y el zapatismo en 1914-1919, los hombres de Carranza aprendieron a dominar el arte de la demagogia. Desde un primer momento, sectores del constitucionalismo, en particular las facciones de Álvaro Obregón y Plutarco Elías Calles, se aliaron con los elementos más oportunistas del joven movimiento

sindical. Esta alianza fue aceptada con numerosas dádivas a los sindicatos y con promesas grandilocuentes a los obreros que rara vez se cumplían.

Los caudillos de la Casa del Obrero Mundial, sedicentes anarquistas, respondieron a estos halagos con un pacto con Obregón y Carranza en febrero de 1915, formando batallones rojos dentro del ejército constitucionalista y comprometiendo a los anarquistas a hacer campaña a favor del constitucionalismo entre los trabajadores de toda la república. Así se frustró la natural alianza entre los obreros de la ciudad y los campesinos organizados bajo las banderas de la convención de Aguascalientes. Huelga decir que la falta de un programa social y económico coherente de los villistas y los zapatistas en 1914-1915 ahondó el cisma con el movimiento obrero. Los cuadros más clarividentes de la Casa del Obrero Mundial, hombres como Soto y Gama o Rafael Pérez Taylor, rechazaron esta política y se unieron al zapatismo, aunque esta corriente fue minoritaria.

Aplastados los ejércitos campesinos, Carranza se tornó contra sus aliados, pisoteando sus promesas y reprimiendo el activismo sindical. En los primeros meses de 1916, diversos activistas de la Casa del Obrero Mundial fueron apresados. Los batallones rojos fueron disueltos. La huelga de los ferrocarriles de comienzos de ese año fue duramente reprimida, quedando el sector sometido a disciplina militar. Estos ataques y la hiperinflación que erosionaba los ingresos de los asalariados empujaron a la Casa del Obrero Mundial a amenazar con la huelga general. La comisión que visitó a Carranza para tratar de solucionar el conflicto fue arrestada. La huelga general de agosto de 1916 fue consecuencia de este divorcio entre los sindicatos y el constitucionalismo. Como es bien sabido, el paro fue duramente reprimido. Emiliano Zapata explicó con perspicacia la tragedia del obrero mexicano durante la revolución, al ser enfrentado contra su hermano campesino:

“La emancipación del obrero no puede lograrse si no se realiza a la vez la liberación del campesino. De no ser así, la burguesía podría poner estas dos fuerzas la una frente a la otra, y aprovecharse, verbigracia, de la ignorancia de los campesinos para combatir y refrenar los justos impulsos de los trabajadores ciudadanos; del mismo modo que, si el caso se ofrece, podría utilizar a los obreros poco conscientes y lanzarlos contra sus hermanos del campo. Así lo hicieron en México Francisco Madero, en un principio, y Venustiano Carranza últimamente.”

LA CROM

Sin embargo, estos acontecimientos no acabaron con las prácticas oportunistas de los dirigentes sindicales. Tampoco

modificaron la estrategia corporativista del nuevo Estado mexicano establecido por el constitucionalismo. Los artículos de contenido social de la asamblea constituyente de Querétaro, aprobados contra los designios de Carranza, muestran la predisposición reformista de muchos de los dirigentes de la revolución triunfante. Sin salir de los márgenes del capitalismo y la propiedad privada, y sin abandonar los resortes de la represión, estos dirigentes, frecuentemente de origen pequeñoburgués, buscaban sofocar la agitación social que venía sacudiendo México desde 1910 mediante las concesiones y las reformas, dando de paso al nuevo Estado el importante papel de árbitro bonapartista del conflicto de clases. El más notable representante de esta tendencia a nivel nacional era sin duda el General Álvaro Obregón. El reformismo demagógico de Obregón y sus seguidores chocaba con la hostilidad a la reforma de Carranza, gran propietario de temperamento conservador con una visión estrechamente liberal y política, y no social, de la revolución. Esta será la raíz de la pugna que conducirá al derrocamiento del caudillo de Cuatro Ciénegas.

Al encuentro de Obregón acudió un grupo de jefes obreros que, lejos de escarmentarse por la debacle de 1916 de la Casa del Obrero Mundial, sacaron la conclusión de que habían de buscar a un mecenas más fiable que Carranza. Luis Morones, Samuel Yúdice, Celestino Gasca y otros (ex)obrero oportunistas, se coaligaron en mayo de 1918 en Saltillo, Coahuila, para formar la Confederación Regional Obrera de México (CROM). Estos dirigentes cuestionaron la táctica anarcosindicalista de la acción directa, propugnando la “acción múltiple” que preveía la participación electoral y la colaboración con el Estado burgués para obtener concesiones. Es significativo que la iniciativa de fundar la CROM no vino de los sindicatos, sino de un político constitucionalista, el gobernador de Coahuila, Gustavo Espinosa Mireles, quien organizó y financió el congreso fundacional. Luis Morones y otros elementos oportunistas de la maltrecha Casa del Obrero Mundial aprovecharon este apoyo para proyectarse a nivel nacional.

Como la alusión regionalista de su nombre y su bandera rojinegra indican, los dirigentes de la CROM provenían del anarquismo y utilizaron una retórica anarquizante para granjearse apoyos entre un movimiento sindical que era abrumadoramente de orientación libertaria, teniendo todavía el marxismo en México una escasa implantación. Los anarcosindicalistas no son inmunes a las tentaciones oportunistas. De hecho, su desinterés por la batalla política, su negativa a contraponer una nueva autoridad al Estado burgués, su reticencia a utilizar la lucha

como palanca para la formación de un poder obrero, actitudes que verbalmente suenan muy radicales, tienden en la práctica a empujarles hacia el economicismo, que, en su obsesión por las cuestiones exclusivamente sindicales, abre la puerta a la adaptación al Estado y a la patronal.

En 1918-1920, los líderes de la CROM pudieron engañar a muchos obreros honestos porque, enfrentados con el régimen de Carranza, podían adoptar una actitud de confrontación con el gobierno y la patronal, a la espera de recibir las dádivas de Obregón tras su anticipado triunfo. De hecho, en estos años dirigen diversas huelgas y se postulan como una organización de combate. El objetivo era utilizar la radicalización obrera para espolear a Carranza desde la izquierda y preparar así la victoria de Obregón. Su intervención más importante en este periodo fue la participación en la huelga de maestros de la Ciudad de México de mayo de 1919, que condujo al arresto de la plana mayor de la CROM por la policía carrancista. Así pues, esta organización se consolidó como una fuerza importante, con 50.000 afiliados a mediados de 1919, incluyendo sectores como los textiles de Orizaba y agrupaciones de ferrocarrileros, electricistas y mineros. En este momento se trataba, sin embargo, de un movimiento fuertemente descentralizado, donde los caudillos oportunistas de su dirección, el llamado Grupo de Acción, ejercían un control bastante tenue sobre las bases. Paralelamente, Morones fundó un Partido Laborista para hacer campaña por Obregón, partido análogo a otras formaciones de izquierdas de carácter regional formadas por generales populistas para captar el voto obrero. Sin embargo, este partido, una mera máquina electoral, jamás devino una fuerza de masas.

La hipertrofia de radicalismo verbal y de promesas embaucadoras que caracterizan la política mexicana en estos años contribuyó a engañar y desorientar a un sector importante del proletariado mexicano. Obregón llegó a seducir a socialistas genuinos de la talla de Felipe Carrillo Puerto, dirigente de las Ligas de Resistencia yucatecas, que se alió con el general tras haberse acercado al comunismo. A pesar de que la CROM contaba con numerosos luchadores genuinos entre sus filas, los jefes del Grupo de Acción eran oportunistas compinchados con Obregón, y corrompidos hasta la médula no sólo ideológicamente sino materialmente. Numerosos son los testimonios del escandaloso tren de vida de Luis Morones. En palabras del comunista Charles Phillips, Morones era “gordo, perfumado, vestido con un elegante traje a medida y con un anillo de diamante.”⁷¹

La contraparte a la fusión del sindicalismo con el Estado burgués mexicano

“La hipertrofia de radicalismo verbal y de promesas embaucadoras que caracterizan la política mexicana en estos años contribuyó a engañar y desorientar a un sector importante del proletariado mexicano.”



Alvaro Obregón
Imagen: Library of Congress

era la adaptación al imperialismo estadounidense, verdadero amo del capitalismo mexicano. Luis Morones y sus hombres establecieron estrechos vínculos de amistad con la Federación Americana del Trabajo de Samuel Gompers, jefe sindical gringo oportunista, reuniéndose en diferentes ocasiones en 1918-1921 y proyectando la creación de una Federación Panamericana de sindicatos. La CROM se convirtió, a través del lazo entre Morones y Gompers, en una correa de transmisión del imperialismo estadounidense en México. Como explica el historiador Barry Carr, el creciente interés de Gompers por México *“parecía motivado principalmente por el deseo de alejar al bisonño movimiento obrero mexicano de las doctrinas socialistas y anarquistas, guiándolo hacia el sindicalismo responsable.”*² Este concordato con el sindicalismo imperialista de Gompers generó fuertes polémicas en el seno de la CROM y ayudó a galvanizar la oposición contra Morones.

LOS PRIMEROS DISIDENTES

Los elementos más inteligentes y honestos del obrerismo mexicano supieron ver el peligro que entrañaba el colaboracionismo de la CROM con los generales constitucionales. La disidencia a la CROM era al principio minoritaria y no tenía aún una política coherente. La componían sectores heterogéneos, algunos venidos de la extrema izquierda del agrarismo y el sindicalismo, como Primo Tapias o Úrsulo Galván, a menudo fogueados en el magonismo y en contacto con los sindicalistas gringos del IWW; cosmopolitas radicales impresionados por la Revolución rusa, como los desertores estadounidenses refugiados en México Charles Phillips o Mike Gold y el exiliado indio Manabendra Nath Roy; militantes feministas que viraron hacia la izquierda, como Elena Torres o Evelyn Trent; anarcosindicalistas españoles y latinoamericanos como Sebastián San Vicente, José Rubio o el peruano Leopoldo Urmachea; o una nueva generación de jóvenes rebeldes cercanos al anarquismo pero interesados también por el bolchevismo, como José Valadés o Manuel Díaz Ramírez. No menos importantes fueron las voces discordantes que surgieron dentro de la propia CROM.

A finales de 1918, elementos disidentes fundaron el Gran Cuerpo Central de Trabajadores, de orientación anarcosindicalista (aunque partidario de la Revolución rusa). Esta organización estaba presente principalmente en la Ciudad de México y se granjeó el apoyo de panaderos, tranviarios, telefonistas y a varias organizaciones de obreros textiles. Dirigió huelgas importantes durante su efímera existencia.

Esta oposición embrionaria se fue articulando a lo largo de 1919. En agosto, tuvo lugar una Conferencia Nacional Socialista, que reunió a una treintena de activistas sindicales. Morones y Yúdice trataron de intervenir, pero acabaron siendo marginalizados y obligados a retirarse. El tono de la conferencia fue nítidamente filo-soviético, revolucionario y contrario a la colaboración con el Estado. Algunos de los participantes en la conferencia, encabezados por el gringo Charles Phillips y el indio Roy formarían el Partido Comunista Mexicano unas semanas más tarde, en noviembre de 1919, bajo la égida del agente soviético Mijaíl Borodin. El partido se propuso a combatir el colaboracionismo con los caudillos constitucionalistas, llegando a rechazar la participación electoral como antídoto a la cooptación por el Estado nacionalista mexicano. Durante sus primeros meses de existencia, falto de cuadros y de una implantación verdadera, el partido comunista vagó por el desierto. Para más inri, su secretario general, José Allen, era un agente del servicio secreto estadounidense. A mediados de 1920, estuvo a punto de desaparecer. Sin embargo, la llegada a México a finales de 1920 y comienzos de 1921 de los organizadores de la Internacional Comunista Sen Katayama, Louis Fraina y Charles Phillips (regresado a México tras un largo viaje a Europa y la Rusia soviética) permitió enderezar la labor del partido, al tiempo que entraban en él muchachos entusiastas provenientes de la Juventud Igualitaria.

LA CAÍDA DE CARRANZA

El triunfo de Obregón en mayo de 1920 marca una nueva fase en el desarrollo de la CROM. Morones y su camarilla recibieron importantes prebendas por parte del gobierno provisional de De la Huerta, incluyendo el Departamento de

Establecimientos Militares y los Talleres Gráficos del gobierno, que engrasaron la red clientelar de la CROM. Bajo Obregón estos privilegios fueron ampliados, llegando a su culminación grotesca bajo la presidencia de Calles. Si hasta la caída de Carranza la CROM había sido libre de atacar al gobierno, ahora había de cumplir su parte del trato y fungir como brida para el obrerismo mexicano. Esto, sin embargo, resultaba difícil en las circunstancias del momento.

La derrota de Carranza fue acogida por entusiasmo por la clase trabajadora mexicana. Se había levantado el dique que obstruía la movilización obrera desde 1916. Obregón era percibido como un dirigente más cercano al pueblo, que no reprimiría a los sindicatos y que estaría predispuesto a satisfacer sus demandas. Este clima de confianza y optimismo animó a cientos de miles de trabajadores a organizarse e ir a la huelga. En 1920 se produjeron 173 huelgas en la república; en 1921 la cifra ascendió a 310. Tan sólo algunos de estos conflictos se produjeron bajo el liderazgo nominal de la CROM, muchos otros fueron luchas espontáneas o eran dirigidas por grupos ácratas o por el Gran Cuerpo de Trabajadores.

Inicialmente, tanto la CROM como el gobierno trataron de canalizar este torrente de movilización. Numerosos conflictos fueron resueltos en interés de los trabajadores. Precisamente, la dificultad de controlar el radicalismo obrero hizo conscientes a Obregón y a la “dinastía sonorenses” de la necesidad de construir un movimiento sindical corporativista que contuviera las luchas dentro de márgenes seguros. A su vez, Morones no tuvo problema en potenciar determinadas huelgas para destacar su protagonismo y postularse como un árbitro eficaz del conflicto social. La CROM creció notablemente tras la caída de Carranza, aprovechando su sólida estructura nacional y la desorientación de sus adversarios rojos para cooptar a muchas de las asociaciones obreras que surgieron en este periodo.

El riesgo a ojos de Morones y Obregón era que esta radicalización desbordara a la CROM y condujera a la creación de un movimiento sindical independiente de masas. Este peligro quedó claro a finales

de 1920, cuando Morones se enfrentó a una oposición furiosa por parte de delegados anarquistas en el congreso panamericano de trabajadores celebrado en la Ciudad de México. Las apariciones públicas de los charros del Grupo de Acción eran a menudo interrumpidas por elementos radicalizados de las bases de la CROM. A su vez, la CROM intervino a través de su frente electoral, el Partido Laborista, con nueve candidatos en las elecciones de septiembre de 1920. Ninguno de ellos, ni siquiera el propio Morones, fueron electos, lo cual denotaba que la supuesta autoridad que la CROM afirmaba ejercer sobre la clase obrera era exagerada, y que su control sobre la oleada de huelgas era nominal. Paco Ignacio Taibo (1986, p. 81) resume: *“una larga serie de funcionarios cromistas llegarían a puestos públicos en estos meses, utilizando la presión del movimiento y [su] función esencial sería tratar de frenarlo y canalizarlo.”*³

Si tras la Revolución mexicana los elementos más oportunistas del movimiento obrero extrajeron la lección de que había de plegarse ante el Estado y aprovechar las (cicateras) ventajas que ofrecía nuevo régimen, otra corriente, más amplia pero menos organizada, concluyó que era necesaria la independencia de clase frente a la demagogia de los políticos pequeño-burgueses y los sobornos de los ministros y generales. En este sentido, la influencia radicalizadora de la Revolución rusa jugó un papel espoleando a este sector hacia la izquierda. Como explicaba desde México Charles Phillips en 1919 (citado en Spenser y Ortiz, 2006, p. 72):

*“[Los obreros] parecen estar amargamente decepcionados con el fracaso de lo que ellos habían creído confiadamente que era “su” revolución. Peor aún, una organización espuria ha venido a dividirlos, la llamada Federación Regional Obrera Mexicana, organizada bajo los auspicios del gobierno del estado de Coahuila que pagó todos los gastos del Congreso de la federación en Saltillo en 1918. Afortunadamente, no todas las secciones ... están bajo el dominio de la Oficina Central [de Morones]; algunas de ellas, como la de Orizaba, tienen mucha conciencia de clase.”*⁴

La ruptura era inevitable. Alcanzada una determinada temperatura en la lucha de clases, la diferencia entre los métodos conciliadores de la CROM y la intransigencia de los militantes obreros de base quedaría de manifiesto.

EL FRENTE ÚNICO DE LOS ROJOS

En palabras de un militante de la época (Valadés, 1985, p. 101), a comienzos de 1920, “sólo existían dos clases, dos frentes, dos contradicciones”, entre el capital y su Estado y el trabajo.⁵ La Confederación General del Trabajo de México nació de la confluencia de corrientes disidentes comunistas y anarquistas. A lo largo

de 1920, al calor de las luchas obreras, hubo un acercamiento entre las diferentes corrientes radicales libertarias y comunistas, tanto internas como externas a la CROM, y tanto de tipo sindical como círculos de propaganda y afinidad. Todo gran proceso de movilización produce una tendencia a la unidad, facilitada, en este caso, por la actitud pro-bolchevique de los anarquistas mexicanos. Había un ambiente de solidaridad y de optimismo. *“Parecía como si estuviéramos a las puertas de una revolución proletaria”*, recuerda Valadés.⁶

En agosto de 1920 se fundó la Federación Comunista del Proletariado Mexicano, que, a pesar de su nombre, era un frente sindical de ácratas y marxistas. El choque con los cromistas se produjo en septiembre durante la huelga de los cigarreros de El Buen Tono, en el que el frente único entre los activistas de la CROM y la Federación Comunista acabó resquebrajándose al cabo de pocos días. En el otoño, esta oposición, aglutinada en la Federación, fue tomando forma y endureciendo su actitud hacia Morones y sus hombres. Se libraba una batalla encarnizada para conquistar los sindicatos y comités de huelga que surgían por doquier en la capital y más allá.

La influencia del PCM, ahora reconstruido con la ayuda de los jóvenes Díaz Ramírez y Valadés, crecía notablemente. En estrecha colaboración con los anarquistas, la política de disputar la dirección a los reformistas dentro y fuera de la CROM, basada en las resoluciones del segundo congreso de la Internacional Comunista, surtía efecto. La llegada de Phillips, Fraina y Katayama, emisarios de la Internacional, a finales de 1920 y comienzos de 1921 vino a potenciar este trabajo.

Si la Federación Comunista planteó un serio desafío a Morones, no menos grave era la disidencia dentro de la propia CROM. Los marxistas tenemos que diferenciar cuidadosamente entre los dirigentes oportunistas de los sindicatos y los partidos de la izquierda y sus bases, entre las que a menudo se encuentran militantes honestos y combativos. Numerosas agrupaciones de la CROM se rebelaron contra los charros del Grupo de Acción, escorando drásticamente hacia la izquierda y estableciendo vínculos con los comunistas y anarquistas. Como explica Taibo:

“Sin embargo, aunque controlado por la CROM, el movimiento de la provincia era cualquier cosa menos conciliador. Conciliadoras podían ser a ratos sus direcciones y los aparatos mediadores que CROM y gobiernos estatales implementaban [...], pero los sindicatos luchaban violentamente, levantaban demandas que iban más allá de la lucha salarial, buscaban y a veces encontraban la solidaridad regional, rompiendo las trabas cromistas a la huelga solidaria, aplicaban la

*acción directa, enfrentaban el esquirolaje y la dureza patronal.”*⁷

LA CGT

La escisión del movimiento obrero mexicano estaba implícita en la situación a comienzos de 1921, siendo la Federación Comunista el embrión de una nueva organización nacional revolucionaria. El catalítico para la creación de la Confederación General del Trabajo (CGT), fue el congreso panamericano de Morones con la AFL gringa de Gompers, celebrado en la Ciudad de México a mediados de enero de 1921. Esta iniciativa indignó a la izquierda de la CROM, que trató de interrumpir el encuentro. La Federación Comunista convocó entonces un encuentro en la Ciudad de México para el 15 de febrero para discutir las siguientes cuestiones:

- La forma de organización obrera y campesina que mejor responda a las condiciones del momento.
- El proletariado mexicano ante los partidos políticos-democráticos y ante el Partido Comunista.
- El proletariado mexicano ante el panamericano y el mundial.
- El proletariado mexicano ante la Internacional Obrera de Sindicatos Rojos de Moscú.
- El proletariado mexicano ante el terror blanco en el continente americano.
- Huelga decir que la convocatoria excluía a las personas que desempeñaran algún cargo representativo en el Estado. El objetivo era combatir la tendencia, encarnada por la CROM, a la absorción del movimiento obrero por parte del nuevo régimen.

Los delegados estaban citados en el Museo de Arqueología, cedido por el rector de la Universidad Nacional de México, José Vasconcelos. La hostilidad de los rojos al régimen obregonista estaba plenamente justificada. Empero, la demagogia del bloque gobernante había atraído a elementos radicales al nuevo régimen, que se habían hecho hueco en el aparato de Estado. Tal era el caso de gobernadores como Felipe Carrillo Puerto, de Yucatán, Francisco Múgica, de Michoacán, o Adalberto Tejeda, de Veracruz. También, efectivamente, del intelectual iconoclasta Vasconcelos. Sus buenas relaciones con sindicalistas radicales y su simpatía hacia su causa le llevaron a ceder el espacio para la celebración del congreso.

Al “congreso rojo” asistieron 65 delegados, entre los que había 60 obreros industriales. Según Taibo, el número de trabajadores representados ascendía a 36,000, una cifra significativa, que incluía unos 9 mil obreros textiles, así como numerosos tranviarios, panaderos, telefonistas o cigarreros, empleados municipales e impresores de diferentes lugares del país. Había una veintena de anarquistas de

grupos de afinidad y una decena de miembros del PCM. La mayoría de asistentes, sin embargo, se movían en un magma de radicalismo confuso, anarquizante pero fuertemente pro-bolchevique.

El congreso declaró la guerra a la colaboración de clases y a la cooptación de los sindicatos por parte del Estado. Excluyó del movimiento a cualquier político o cargo público y vetó la intervención de los partidos en los sindicatos, con la excepción del PCM, considerada una organización genuinamente revolucionaria. Planteó como objetivo el comunismo libertario, al que se llegaría no con reformas y tratativas con los políticos sino mediante la lucha de clases y la acción directa. El tono, como vemos, era marcadamente libertario. El comité nacional electo en el encuentro estaba compuesto por anarcosindicalistas, y la CGT adoptó una estructura fuertemente descentralizada. Al mismo tiempo, reflejado el eclecticismo de los rojos y la influencia de los comunistas, el congreso afirmó su vínculo con el PCM, se afilió a la rama sindical de la Internacional Comunista e hizo suyo el concepto de la dictadura del proletariado basada en los soviets. El joven comunista Manuel Díaz Ramírez fue escogido para viajar a Moscú al congreso fundacional de la Internacional Sindical Roja, que había de tener lugar en julio de ese año.

En la primavera de 1921, la CGT realizó avances extraordinarios. Dirigió numerosas huelgas, de los ferrocarrileros, de hilanderos, de tranviarios, de petroleros y protagonizó paros generales en Tampico y Veracruz. Su política combativa, que engarzaba con la efervescencia que existía en las fábricas y lugares de trabajo, permitió a la CGT granjearse el apoyo de numerosos sindicatos y ganarse a diversas organizaciones de la CROM que se desprendieron de la madre nodriza. Ésta quedó comprometida, sus caudillos atrapados entre el abrazo de oso de Obregón, unas bases combativas y la CGT que la espoleaba desde la izquierda. En abril de 1921, según datos de la Internacional Sindical Roja, la organización contaba con 100.000 afiliados, cifra seguramente exagerada pero que no obstante indica la curva ascendente que traza el nuevo movimiento.

La creación de la CGT es de enorme trascendencia para la historia del proletariado mexicano, y hasta el día de hoy nos indica el camino a seguir. Representó un rechazo frontal al corporativismo propugnado por el Estado burgués con el objetivo de amordazar al movimiento sindical. Aquí, el movimiento obrero se reorganiza bajo las banderas de la independencia política y organizativa y con un programa que, a pesar de sus confusiones e imprecisiones, era de espíritu netamente revolucionario. La CGT es la conclusión

lógica de las experiencias de los trabajadores de nuestro país entre 1914-1920, que revelaron en la práctica los peligros de ceder ante los cantos de sirena de políticos demagogos y la necesidad imperiosa de la democracia sindical. Como explica José Valadés (1985, p. 99), delegado comunista en el congreso:

*“Se trataba de organizar a los sindicatos obreros con la esperanza de salvarlos de la ominosa tutela del Estado como se pretendía desde que, en 1918, el gobernador de Coahuila... fundó la Confederación Regional Obrera de México. Ya se veía desde esos días del 1921 el peligro de que el movimiento obrero sirviese de segundas partes a los políticos; de que los obreros fuesen conducidos a procesiones oficiales y formasen en el teatro del Estado.”*⁸

LA CGT Y EL COMUNISMO

El acercamiento entre comunistas y anarquistas en México en 1920-1921 no es exclusivo a nuestro país. El hecho soviético galvanizó a anarquistas de todo el mundo, en especial allí donde los libertarios tenían raíces profundas en el movimiento obrero. La pasión ácrata por el bolchevismo no era sencillamente en el plano emocional, hubo una verdadera revisión ideológica en base a la Revolución rusa que llevó a muchos libertarios a aceptar conceptos marxistas como la dictadura del proletariado.

Este proceso de reconciliación de los dos grandes bandos anticapitalistas se vio coadyuvado por la enorme conflictividad que sacudió a diferentes países tras la Primera Guerra Mundial, que forjó una unidad de combate de las diferentes facciones revolucionarias. La masiva Confederación Nacional del Trabajo de España, la Unione Sindacale Italiana o los Industrial Workers of the World de EEUU, formaciones de espíritu libertario, enviaron delegados a Moscú. Algunos anarquistas y sindicalistas acabaron integrándose definitivamente en el movimiento comunista, como fue el caso de Víctor Serge, Andreu Nin, Billy Haywood o Alfred Rosmer.

En México, el hermanamiento entre anarquistas y marxistas dio vida a la CGT. Aquí, la ausencia de una tradición socialdemócrata reformista, que ensuciase el nombre de Marx, y las posturas antiparlamentarias del PCM, ciertamente barrieron muchas de las suspicacias que existían en otros países. Como ya se explicó, el PCM era muy influyente en la CGT. Paralelamente a la creación del nuevo sindicato, el partido dio pasos importantes por cuenta propia en 1921, ganándose cientos de militantes e interviniendo en las luchas del momento. Bajo la autoridad de Charles Phillips, se organizó un Buró Latinoamericano de la Internacional Sindical Roja, al que se integró a diferentes cuadros anarquistas y sindicalistas como los españoles Sebastián San Vicente y José

Rubio, Rafael Quintero y el wobbly gringo Martin Paley, e incluso el cromista de izquierdas Felipe Leija Paz. El órgano de prensa del buró, El Trabajador, editado por Phillips, devino el periódico oficial de la CGT, proveyendo de la dirección política unificada de la que había quedado huérfana en su descentralizador y confederal congreso. En realidad, este buró “latinoamericano” apenas mantuvo contactos fuera del país. Su verdadero mérito fue el de proveer de orientación y perspectivas al sindicalismo rojo mexicano. Bajo la égida del buró y con fondos soviéticos, se despachó a diferentes agitadores a organizar las fuerzas de la CGT en provincia, con notable éxito.

El buró latinoamericano, y con él la alianza comunista-anarquista, sufrió un duro golpe en mayo de 1921. Tras los violentos enfrentamientos entre rojos y derechistas en las celebraciones del primero de mayo en Morelia y otras ciudades, Obregón creyó tener una excusa para reprimir a la CGT. Su crecimiento preocupaba al gobierno y a sus compinches de la CROM. Las autoridades deportaron a la mayoría de los cuadros extranjeros de la CGT, que jugaban un papel crucial en el movimiento. Los gringos Phillips y Paley, los españoles San Vicente y José Rubio, el colombiano Jorge Sánchez y otros fueron detenidos y expulsados de México. La partida un poco más tarde de Katayama, que permanecía en la clandestinidad, y el viaje de Manuel Díaz Ramírez a Rusia, supusieron un golpe adicional a las fuerzas del PCM y del buró.

En agosto de 1921, se empiezan a percibir tensiones entre libertarios y comunistas. Éstos, desorganizados y desmoralizados por la represión, han perdido influencia en la CGT. Entretanto, han llegado a México a través de España noticias desalentadoras sobre la persecución de los anarquistas rusos por parte de los bolcheviques. El congreso nacional de la CGT de septiembre de 1921 presenció ásperas polémicas entre las dos corrientes. En la asignación de credenciales, los libertarios ya privaron de voto a varios militantes comunistas, que quedaron en franca minoría. Las manzanas de la discordia eran dos, la relación entre los sindicatos y el PCM y el concepto de la dictadura del proletariado (aceptado sin problemas unos meses atrás). Los anarquistas recuperan su viejo arsenal ideológico bakuninista para golpear a los comunistas. A tal punto llegó la polémica que las juventudes comunistas acaudilladas por Valadés abandonaron airadamente el congreso. Esta deserción allanó el camino a los ácratas.

La batalla ideológica implicaba a una minoría de delegados, perteneciendo la mayoría a un bloque indefinido y poco ideologizado. Su consecuencia inmediata, sin embargo, fue la de desmoralizar a

los elementos anfibios. El debate quedó inconcluso, la CGT formalmente continuó adherida a Moscú. La ruptura no era aún total. Todavía en noviembre de 1921 el comité de la CGT emitía comunicados exaltando a Lenin y Trotsky, aunque sin el entusiasmo del periodo anterior.

El regreso de Díaz Ramírez de Moscú en octubre reavivó la polémica, tratando éste de mantener a la CGT en la órbita del comunismo internacional. Sin embargo, los comunistas mexicanos gradualmente abandonaron sus posiciones en la CGT. Esto reflejaba la mengua de sus efectivos, pero también su abatimiento y la falta de energía para dar una batalla política a los anarquistas en los sindicatos. En particular, las juventudes comunistas de Valadés, movidas por la impaciencia y la arrogancia, dieron la espalda a la CGT. El realineamiento anarquista de la CGT es fruto de la desertión comunista más que de una verdadera escisión.

Sería incorrecto presentar este enfrentamiento entre ácratas y bolcheviques como una cuestión estrechamente ideológica. La polémica debe contextualizarse en el ambiente enrarecido que se había formado en el verano debido al reflujo en la movilización obrera y el endurecimiento de la represión. En vísperas del congreso de septiembre, la CGT perdió a importantes sindicatos de provincia, como los de Veracruz, Orizaba y Tampico, algunos de los cuales se reintegraron a la CROM. Las huelgas cayeron de más de 300 en 1921 a 197 en 1922, 146 en 1923 y 136 para 1924. El optimismo revolucionario de meses anteriores, que había facilitado la confraternización de anarquistas y comunistas, daba ahora lugar al pesimismo y a una dolorosa resaca. Este reflujo coincidía con la atenuación a escala internacional de las agitaciones que siguieron al fin de la guerra. En este ambiente desalentador debe ubicarse el divorcio entre anarquistas y comunistas que partió a la CGT.

EL DECLIVE

La CGT dirigió algunas luchas importantes a finales de 1921 y comienzos de 1922. Si los dirigentes ácratas se iban desmarcando de la Revolución rusa, no era el caso todavía de las bases. En Puebla, los trabajadores textiles en huelga formaban “soviets” y asaltaban las haciendas al grito de “mueran los gachupines, viva Lenin”. La lucha con los amarillos de Morones alcanzaba ahora visos violentos y desesperados. Tras unos meses vagando por el desierto, los comunistas recuperaron la iniciativa al intervenir exitosamente en el movimiento inquilinario de Veracruz y el Distrito Federal. Sus vínculos con el agrarismo jarocho y michoacano les ofrecieron nuevos puntos de apoyo en provincia. Pero estos éxitos se daban al margen del mundo sindical.

“La labor iniciada por la CGT hace cien años sigue inconclusa: construir una organización sindical revolucionaria, internacionalista, democrática e independiente del Estado burgués, que, en alianza con el movimiento socialista, sea capaz de conducir al proletariado mexicano a su victoria definitiva sobre el capital y sus representantes políticos.”

A lo largo de los años 20, presenciamos luchas importantes y altibajos en las fortunas tanto de la CGT y el PCM. Sin embargo, las condiciones de fuerte radicalización y contestación social de 1920-1921, donde coincidían la onda larga de la Revolución mexicana con la influencia del bolchevismo, se habían disipado. La CGT, ya nítidamente anarquista y antisoviética, se vio diezmada por la represión y por las expulsiones. La implicación de algunos de sus miembros en la algarada de De la Huerta a finales de 1923 fue especialmente dañina, dividiendo a la organización e invitando a la represión.

Bajo la presidencia de Calles, en 1924-1928, el movimiento sindical queda casi totalmente fagocitado por la CROM, con pequeños oasis autónomos, comunistas o cegetistas. Calles y Morones imponen por la fuerza una verdadera dictadura sindical. Mediante sobornos, censura, demagogia, intimidaciones y asesinatos, Morones se enseñorea del obrerismo mexicano. Según las cifras oficiales, la CROM pasa de 150,000 afiliados en 1921 a 1,200,000 en 1924, a 2,000,000 en 1928, datos sin duda inflados pero que reflejan el incuestionable monopolio sindical de los amarillos. La fusión entre el Estado y los sindicatos charros deviene casi total. Tras la presidencia de Calles, la CROM perderá el apoyo del régimen. Las relaciones entre Morones y Obregón eran tensas en el momento en el que se produce el asesinato de éste, cuando ya había sido reelecto. La política del manco de Celaya buscaba dividir el charrismo obrerista del agrarista para debilitar a ambos, mientras que Morones ambicionaba adueñarse del movimiento campesino. Portes Gil, el sucesor de Obregón tras su muerte, adoptó una política decididamente anti-cromista. Morones cifraba sus esperanzas en recibir el apoyo de Calles, pero éste le dio la espalda, priorizando sus relaciones con la presidencia. Así comienza la rápida descomposición

de la CROM durante el Maximato, un fin ignominioso e inevitable para una central sindical que se había sometido absolutamente al Estado burgués y que quedaba pues expuesta a los cambios en la política presidencial.

Morones desaparecería de la escena, pero el charrismo se recompondría en los años 30. Al día de hoy, el sometimiento al Estado sigue siendo un peligro mortal para los sindicatos de México. Esta tendencia se agrava bajo el gobierno de la 4T con su política amistosa hacia los movimientos obreros y sociales, que, si bien facilita la conquista de nuestras demandas también genera ilusiones reformistas. La labor iniciada por la CGT hace cien años sigue inconclusa: construir una organización sindical revolucionaria, internacionalista, democrática e independiente del Estado burgués, que, en alianza con el movimiento socialista, sea capaz de conducir al proletariado mexicano a su victoria definitiva sobre el capital y sus representantes políticos.

1 Charles Shipman, *It Had to be a Revolution: Memoirs of an American Radical* (Ithaca: Cornell University Press, 1993), pág. 81.

2 Barry Carr, *El movimiento obrero y la política en México* (Ciudad de México: Era, 1987), pág. 81.

3 Paco Ignacio Taibo II, *Bolsheviks: Historia narrativa de los orígenes del comunismo en México (1919-1925)* (Tabasco: Planeta, 1986), pág. 81.

4 Informe de 1919 a la Comintern citado en: Rina Ortiz Peralta y Daniela Spenser, *La Internacional Comunista en México: Los primeros tropiezos. Documentos, 1919-1922* (Ciudad de México: INEHRM, 2006), pág. 72.

5 José C. Valadés, *Memorias de un joven rebelde*, vol. 2 (Sinaloa: Universidad de Sinaloa, 1985), pág. 101.

6 *Ibid.*, pág. 101.

7 Taibo, *Bolsheviks*, pág. 106.

8 Valadés, *Memorias*, pág. 99.

las obras de León Trotzki

LEA NUESTRA CRECIENTE COLECCIÓN
DE LIBROS ELECTRÓNICOS



VISITA: CENTROMARX.ORG